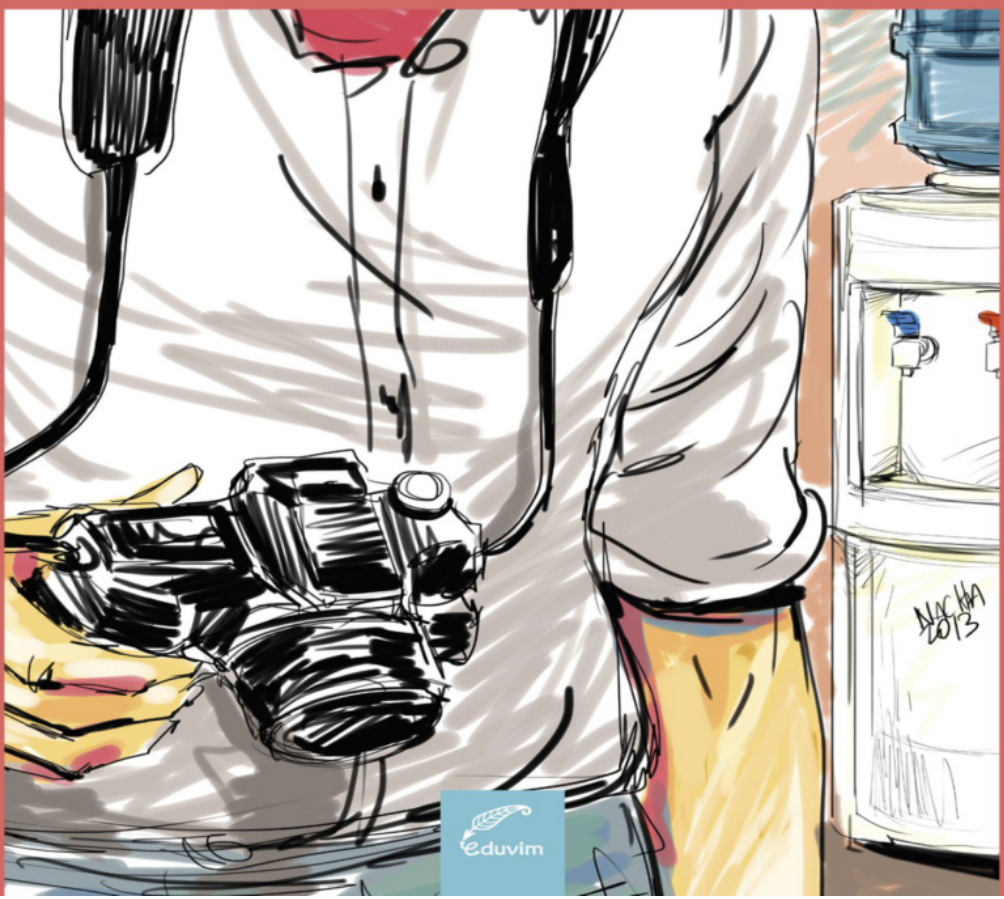
No llores, hombre duro

Mariano Quirós



NO LLORES, HOMBRE DURO

MARIANO QUIRÓS

Quiros, Mariano. No llores, hombre duro. - 1a ed. - Villa María: Eduvim, 2015. - (Tinta roja; 0)
E-Book.
ISBN 978-987-699-107-0
1. Narrativa Argentina. 2. Novela Policial. I. Título
CDD A863

© 2014

Editorial Universitaria Villa María
Chile 253 - (5900) Villa María, Córdoba, Argentina
Tel.: +54 (353) 4539145

www.eduvim.com.ar

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones publicadas por EDUVIM incumbe exclusivamente a los autores firmantes y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista ni del Director Editorial, ni del Consejo Editor u otra autoridad de la UNVM.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo y expreso del Editor.

Para Noé

1

Es como dicen de los esquimales: sólo ellos, que han nacido en el frío, pueden vivir en el frío sin volverse locos. “Acá pasa igual, pero al revés”, piensa Emilio Reyna y se limpia con una mano el sudor del cuello. *Acá*, es Laguna Fría, un pueblo perdido en medio del Chaco.

Hace ya tres meses que Reyna está en el pueblo, sin mucho que hacer salvo sacar fotos y dictar un raro —y sobre todo imprevisto— taller literario. Lo que más le molesta es la falta de agua. La pasó mal, hasta comprobar lo rápido que uno se las amaña.

No ha conocido mucha gente en estos tres meses, más que nada porque hay pocas personas para conocer. La mayoría se ha ido. En busca de trabajo, en busca de un mejor clima, en busca de cualquier cosa… Por eso, en el pueblo pareciera que no hay nadie. Las pocas construcciones se ven abandonadas como si alguna epidemia hubiese arrasado con la gente, dejando al pueblo así, medio vacío.

Tal cual, piensa Reyna mientras le saca fotos a un cadáver, es como dicen de los esquimales: acá cualquiera se vuelve loco.

* * *

Quedémonos con Reyna, él será, al fin y al cabo, nuestro héroe: al cadáver que fotografía lo encontraron temprano a la mañana, tirado a un costado de las vías. A Reyna lo hizo venir Bendini, el policía jefe de Laguna Fría. En la jefatura se habían quedado sin cámara de fotos y alguien tenía que darles una mano.

Hace mucho que por el pueblo no pasa ningún tren, así que las vías, cubiertas en tramos por yuyos quebradizos, ofrecen una imagen de abandono. Y el cadáver no hace más que añadir desolación al paisaje.

Tres chicos que daban vueltas por el lugar dieron la voz de alarma —siempre son chicos, piensa Reyna, siempre metidos donde nadie los llama. También fueron los primeros, los chicos, en manosear el cadáver—. Lo tocaron con una rama —en la cara, en la panza— hasta que uno se animó y lo tocó con un dedo. Después se animó otro y después el otro. Cuando llegó el primer adulto —Carranza, un

changarín— el cadáver había sido ya muy manoseado. Y Carranza también hizo lo suyo: tuvo el gesto cristiano de cerrarle los ojos. Después mandó a uno de los chicos a que avise a la policía.

Media hora más tarde llegó Bendini con otros dos oficiales, tan excitados y curiosos como los chicos. Estacionaron un patrullero a una distancia prudencial de las vías y bajaron haciéndose chistes. El changarín les hizo señas para que se apuraran.

—Tranquilo nomás —le contestó uno de los oficiales—, que irse no se va a ir a ningún lado.

Carranza dudó un segundo, hasta que decidió celebrar el chiste con una risa nerviosa. Le transpiraba la frente y usó un puño de su camisa para secarse. Era un hombre grande, Carranza, y no quería tener problemas. Los policías, se daba cuenta ahora, no eran gente de su agrado.

Cuando Reyna llegó al lugar los policías iniciaban una especie de interrogatorio. A excepción del changarín, todos —los chicos y los policías— se reían de algo, pero Reyna no llegó a saber de qué, porque se callaron cuando lo vieron acercarse.

—Menos mal que viniste mi Reyna —le dijo el oficial Bendini—, se nos descompuso la cámara y no hay con qué sacar fotos.

Reyna no contestó. Pensó que nomás eso le faltaba: hacerle favores a la policía.

Bendini se le vino encima y tomándolo de un brazo lo condujo hasta el cadáver.

—De paso fijate si te resulta conocido —le dijo, y Reyna no supo apreciar si se trataba de una broma o, efectivamente, de una sugerencia.

El cadáver, por supuesto, es de una mujer. Está de costado, con el torso desnudo; las piernas, enrolladas en posición fetal, también están desnudas. Las dos únicas prendas que la cubren son una bombacha y un par de medias de toalla. Medias de varón, piensa Reyna. Por la tierra y por unos manchones de sangre que se confunden con la tela, no es posible distinguir el color de la bombacha. “Aunque a esta altura no debe importarle a nadie”, se dice ahora, mientras escucha las instrucciones del oficial Bendini:

—Donde veas moretones, sacá sin dudar —le dice—; a las manos, sacales en primer plano.

—Que use zoom —dice otro de los policías, de nombre Leiva.

El tercer policía se llama Gonzaga, es el más joven de los tres y lo único que hace es reírse. Parece un idiota.

Antes del primer clic, Reyna vuelve a mirar el cadáver: la cara está muy estropeada, es evidente que alguien se ha ensañado en esa parte; tiene marcas, como arañazos, en una teta, y una gran franja morada a

la altura de las costillas del lado derecho. La franja se extiende hasta la cadera y ahí se confunde con un tatuaje. Un tatuaje muy berreta, juzga Reyna. Cuesta distinguir dónde empieza el tatuaje y dónde termina la franja. Las piernas, por su parte, están especialmente mugrientas, sobre todo las rodillas. Visto de refilón, el cadáver parece esos falsos marcianos que se ven en las revistas.

—Eh, que se nos enamora la Reyna —dice Leiva, y todos ríen.

No todos en realidad, porque Reyna y el changarín se quedan serios. Reyna apuntando con su cámara al cadáver y el changarín con la vista perdida, los ojos achinados por el sol.

II

Emilio Reyna, ya lo dijimos, llegó a Laguna Fría hace tres meses. Lo mandaron del diario para que cubriera la desaparición de dos integrantes (un hombre y una mujer) de una tal Fundación VIDAS, dedicada al cuidado del medioambiente. Laguna Fría fue el último lugar de rasgos urbanos donde se tuvo noticia de ellos. Después, como suele decirse, se los tragó la tierra. A Reyna, desde luego, muy poco le importaba lo que hubiera pasado con estas personas. Y de no ser por él, por Reyna, tampoco a nosotros nos importarían.

Lo cierto es que Reyna no es una persona a la que podamos llamar alegre. Apenas si pasa los treinta años y ya vive con la sensación de ser un hombre viejo, alguien que ha hecho mucho y que no ha conseguido nada. Y las cosas no cambiarán en Laguna Fría, como mucho si ha podido celebrar su encuentro con Sara (aunque "celebrar", lo que se dice "celebrar", ya suena exagerado).

¿Quién es Sara? Bueno, Sara fue la primera mujer que no se rió ni se ofendió cuando, después de unos besos y unas cuantas caricias, Reyna se desplomó a un costado y se excusó diciéndole que estaba borracho. Pero no estaba borracho. Estaba, sí, bastante deprimido.

Su novia —su mujer en realidad, habían llevado una vida juntos, varios años bajo un mismo techo— se había cansado precisamente de eso, de la depresión y de la precaria energía de Reyna. Se llamaba Olga.

—Soy una mujer apasionada —había dicho en medio de una discusión.

—Una puta de mierda sos —fue lo único que a él le salió contestar.

Y entonces todo se fue al carajo. O más bien, Olga se fue. Y a Reyna le entró pánico.

Empezó a llamarla a toda hora (con énfasis en la madrugada), le llenó de mensajes el celular, la casilla de correo electrónico, le dedicó un par de poemas (Reyna estaba seguro de ser buen poeta), y fue a esperarla, durante toda una semana, a la salida del trabajo. Nunca encontró respuesta. Pensó, cada vez, que le correspondía emborracharse, manifestar su caída con patetismo. Si finalmente no lo hizo fue por una nota que había leído en Internet: el alcohol, decía la

nota, disminuye la potencia sexual.

Pero dediquemos un par de líneas a Olga: digamos de ella que era una linda mujer —bello rostro, ojos color almendra, buenas tetas y buen culo—, una mujer más segura de sí misma que apasionada, cualidades que pueden confundirse sin mayor problema. El problema, en todo caso, era para Reyna. Si el sexo con Olga era todo un trauma, con cualquier otra podía ser simplemente una desgracia. Sin Olga, pensó, se acababan las mujeres. Entre otras cosas se reprochó no haberle hecho un hijo.

Cuando unos meses después supo que ella salía con otro tipo, Reyna intuyó que, de no conseguirse urgentemente una mujer, su angustia sería completa.

Salió con varias, en su mayoría chicas desafortunadas, chicas de vida disipada que —según decían— sólo buscaban divertirse. Se llevó dos a la cama. Cuando vio que las cosas no iban bien, la primera de ellas se disculpó y dijo que no estaba para cargar problemas de otro; la siguiente intentó salir del paso con una broma, pero algo —el tono en la voz, alguna mueca— la traicionó y el chiste sonó más bien como una burla. Reyna le dio un sopapo y la chica se fue diciéndole que si no lo denunciaba era por simple lástima. También le dijo que era un puto reprimido.

Reyna se quedó solo, sentado al borde de la cama.

Unos días después, alguien habló en el diario de Laguna Fría y de la Fundación VIDAS.

—Habría que instalarse una semana como mucho —estimaron.

Reyna pidió —casi rogó— hacerse cargo. Salió al día siguiente pensando que una semana fuera de Resistencia le haría bien.

* * *

A Sara la conoció a los dos días de estar en Laguna Fría. Artemio Ibáñez, el intendente, lo había invitado a El Cerquito, el cabaret del pueblo, para que Reyna descansara, para que se olvidara por un rato de la Fundación VIDAS y sus desaparecidos. Pero a Reyna no le gustaban los cabarets, no la pasaba bien con mujeres más curtidas que él.

—Estoy cansado —fue la única excusa que le vino a la cabeza, una excusa muy pobre para frenar el ímpetu de Ibáñez.

—Dejate de joder y andá con los muchachos —le dijo el intendente y lo empujó dentro de un Citröen C3 que manejaba Bebo, su hijo, acompañado por otros dos tipos.

El auto apestaba entre sudor y olor a porro. Aunque era de noche, Bebo y sus amigos llevaban anteojos de sol, pero a diferencia de sus

amigos Bebo no estaba borracho. Reyna iba atrás, despanzurrado.

—Escuchá esto —gritó Bebo dirigiéndose a él, y activó el estéreo: el interior del auto se llenó de folclore. Una chacarera. Bebo la cantó a grito pelado. El que iba atrás junto a Reyna empezó a pegar con su mano al techo del auto, como siguiendo el ritmo. Reyna hizo un esfuerzo por mostrar entusiasmo y copió el compás moviendo la cabeza. Pero no, esta música no era lo suyo.

El Cerquito, más que un cabaret, era un enorme tinglado en ruinas. Quedaba en las afueras del pueblo, pegado a la ruta, lugar de esparcimiento para camioneros, viajantes y algunos otros con tiempo de sobra.

Por cómo entraron —en fila india, todavía motivados por la chacarera— Reyna pensó en una película de matones. Matones que acaban mal.

Apenas una pobre luz roja instalada sobre lo que, se deducía, era la barra, le otorgaba a El Cerquito su condición de cabaret. Además de la barra, había unas diez mesas de plástico muy mal dispuestas, ocupadas por hombres de aspecto roñoso y poco amigable; de fondo se veían unas cortinas oscuras que pretendían ser la decoración del lugar. Y detrás de las cortinas, Reyna lo descubriría un rato más tarde, estaban las putas, instaladas como actrices tras bambalinas. A Reyna tampoco le gustó la música, una cumbia mortecina y mal ecualizada.

Bebo se desparramó sobre una silla y mandó a sus amigos a que buscaran cerveza, pero antes de que pudieran moverse apareció una chica en bombacha y corpiño y les preguntó qué querían tomar. De a poco fueron apareciendo más chicas y —a Reyna le dio esa impresión — aparecieron también algunos hombres (aunque los hombres, como bien pudimos apreciar cuando entramos a El Cerquito, ya estaban allí desde mucho antes).

Reyna, sentado en la silla frente a Bebo, hizo un paneo sobre las chicas que iban apareciendo: la mayoría tenía cara de india y los cuerpos un tanto fofos. Ninguna podía gustarle. Pero entonces apareció Sara.

Y no es que Sara fuese muy diferente a las demás chicas de El Cerquito, pero Reyna la sintió —o quiso sentirla— así. Sin que mediaran palabras, Sara se le sentó en el regazo y le pidió que la invitara con un ferné.

—Es que estamos tomando cerveza, no ferné —le respondió Reyna, y ella primero lo miró incrédula y después soltó una carcajada. Los otros, Bebo y sus amigos, también se rieron.

—Está con vos —le dijo Bebo—, invitala.

—Bueno, dale —dijo Reyna—, pero te traigo cerveza. No ferné.

Sara se despegó de Reyna con la sensación de haber elegido el

regazo equivocado. Se quedó mirando cómo él iba hacia la barra, pedía la cerveza y esperaba a que se la trajeran haciendo pianito con los dedos. Por alguna razón, cuando Sara lo vio volver con la botella en una mano y con dos vasos en la otra, sosteniéndolos como si fueran copas, Reyna acabó por caerle simpático.

—Un caballero el tipo —dijo Bebo para sus amigos, pero sus amigos no lo escucharon, estaban en otra cosa.

Sara hizo lugar para que Reyna se siente y después volvió a su regazo. Apenas si le dio un par de sorbos a la cerveza. Puso todo su empeño en hamacar suavemente sus nalgas sobre el regazo de Reyna, que al cabo de un rato admitió para sí que el movimiento de Sara le gustaba, que era cuestión de esperar un poco para excitarse en serio. Se entusiasmó con el descubrimiento y se animó a apretarle las caderas con las manos. Ella, entonces, aceleró el movimiento de sus nalgas, sin dejar de ser suave. Después lo invitó a pasar a una de las piezas.

—Venite atrás conmigo —le dijo.

La invitación fue suficiente para que Reyna perdiera el entusiasmo y en cambio se dejara ganar por una mezcla de miedo y ofuscación.

—Llevátela nene —le dijo Bebo—, está con vos te digo.

Reyna finalmente se la llevó, pero de mala gana. Atravesaron el cortinado oscuro y se metieron en un cuarto, una habitación pequeña como un cubículo. Había una cama, una mesita de luz y olor a encierro.

Reyna se acostó boca arriba y clavó los ojos en el techo de chapa. Se llenó la cabeza de imágenes sexuales, pero no hubo caso. Entonces sucedió aquello de los arrumacos y de las excusas por sentirse cansado y borracho.

Durmieron pegados más de media hora, en posición cucharita —ella apretándose contra la espalda de él—, hasta que los despertaron unos gritos de afuera.

—Me tengo que ir —dijo Reyna.

—Mentira, a dónde te vas a ir a esta hora.

—En serio, me tengo que ir.

—Andate entonces, pero volvé mañana.

Reyna se fue con la idea de que nunca volvería a El Cerquito, pero a la noche siguiente estuvo ahí, como muchas otras noches en los últimos tres meses. Hasta que de pronto, una mañana, se encontró fotografiando el cadáver de Sara junto a las vías.

3

Después de tomar cuantas fotos le indican, uno de los oficiales, Gonzaga, le quita la cámara y le dice a Reyna que pase a buscarla una hora más tarde. Reyna ve apenado, y sin decir nada, cómo Gonzaga se cuelga la cámara al hombro y cómo sube al patrullero sin prestar atención al pendular de la cámara, que entre idas y venidas roza la puerta del auto.

Ahora, sin los policías de por medio —que se van llevándose a Carranza y al cadáver de Sara—, Reyna se queda en el lugar con los tres chicos que encontraron el cuerpo. Les pregunta el nombre.

—Eh —dice uno—: ¿y por qué te vamos a decir a vos?

—¿De dónde saliste? —pregunta otro.

Son chicos pobres. Tienen la ropa muy sucia y descuidada, los ojos hundidos y las caras pobladas de tierra. Chicos pobres y odiosos. Reyna les dice que no pasa nada, que les quiere preguntar un par de cosas nomás.

—¿Y por qué puta te vamos a decir algo a vos? —le contestan.

—Este era el novio de la muerta.

A Reyna le impresiona que lo reconozcan así (“el novio de la muerta”), y se queda de piedra, sin poder articular palabra.

—Con razón quiere saber —siguen los chicos, como si Reyna no estuviera ahí.

—¿Te mataron la minita?

Mientras hablan, los chicos reculan, dan pasitos replegándose.

—Váyanse a cagar —dice Reyna finalmente. Lo dice casi en voz baja. Le duele, sobre todo, que los tres chicos se hubieran estado riendo con los policías y que con él, en cambio, se muestren tan hoscos. “Como unos pendejos de mierda”, piensa.

Los chicos se alejan sin darse por completo la vuelta, como si lo vigilaran. Y él no hace nada, se queda quieto mirando cómo se alejan. Hasta que al fin se dan vuelta y le dan a Reyna las espaldas. Una vez que lo hacen, emprenden una carrera con gritos y todo. Entonces sí, piensa Reyna, esos chicos se parecen a niños de verdad.

Ahora está acuclillado en el lugar exacto donde estaba el cuerpo de Sara. Se mantiene así un largo rato, como tres minutos, hasta que

siente dolor en las piernas y el ruido de los músculos y de las articulaciones le pide un cambio de postura. Se mueve, y el ruido es más fuerte. “Mi estado físico”, piensa entonces Reyna, “la vida tan sedentaria”.

También piensa que de ser un buen poeta se le ocurriría algún poema que dedicar a su amiga muerta. Pero el paisaje es espantoso, mucho calor, no hay manera de concebir algo digno. “Capaz más tarde”, piensa, “cuando me caiga la ficha”.

Dibuja una silueta en el lugar con el pie derecho, apretando el talón de la zapatilla contra la tierra. La silueta, comprueba de un vistazo, no se parece a nada. O mejor dicho, se parece a cualquier cosa. La borra con el talón del pie izquierdo y después empieza a caminar rumbo a la seccional. Teme que los policías rompan su cámara fotográfica.

* * *

¿Pueden oírlo? Son las cotorras. Con sus graznidos cortan el silencio de la siesta. Se arremolinan entre las copas de los árboles, sin elegancia alguna, pájaros histéricos y atolondrados. El oficial Bendini, sentado a horcajadas sobre una silla, cubriéndose del calor en la galería de la seccional, eleva la mirada hacia los pájaros y pone cara de asco. La de hoy fue una jornada extenuante, y el mate que está tomando ahora no aplaca el cansancio.

—Ya no viene más el fiscal —dice para sí mismo, o para nosotros que estamos aquí, junto a él, aunque él no quiera vernos.

A un costado, cubierto por una frazada, yace el cadáver.

A Bendini le llevó un buen rato decidirse, hasta que les ordenó a Gonzaga y a Leiva que levantaran el cadáver para traerlo hasta la seccional. Lo acostaron en el patrullero, en el asiento de atrás, y para poder entrar Leiva tuvo que levantar la cabeza del cadáver y apoyársela sobre las piernas. Al changarín Carranza también lo hicieron subir, y el changarín, antes que ponerse alguna parte del cadáver encima, prefirió sentarse casi en el borde del asiento, apretando las piernas del cadáver contra el respaldo.

Iban incómodos, el changarín y Leiva, pero en cierto modo a Leiva la situación le gustaba. Incluso se animó con un chiste —“Me la podría chupar, ya que estamos”— que Bendini y Gonzaga celebraron escandalosamente.

Este Leiva. A Bendini le gusta; tanto le gusta, que cierta vez llegó a preocuparse. Fue después de un sueño. Se despertó con el corazón latiéndole con fuerza y con la imagen de Leiva, muy nítida, fija en la cabeza. Leiva en cueros, el torso moreno y sin un solo pelo, tal como

él, Bendini, lo había visto tantas veces. Pero esta vez era distinto. Desde entonces, desde aquella mañana, se había propuesto cambiar el trato hacia Leiva y fijar su preferencia en Gonzaga. Tal vez era eso: tanta atención a Leiva había hecho que terminara metiéndosele en los sueños.

Ahora, de pronto, pasa por alto los comentarios del muchacho —porque Leiva no es más que eso: un muchachito—, por la mañana no lo saluda y por la tarde no lo despide, le encarga las diligencias más odiosas —pagar los impuestos, poner orden entre los indios—, lo hace ir atrás en el patrullero.

Pero la indiferencia de Leiva ante el cambio en el trato lo desorienta. El chico —ahora le decimos así: chico— no se da por aludido y mantiene su rutina de policía de pueblo, un muchacho feliz como cualquier otro. Además, por supuesto, Gonzaga está muy lejos de cubrir el espacio que Leiva llenaba. Gonzaga, piensa Bendini siendo amable, es un chico —otro chico— de pocas luces. Se ríe nomás, y para colmo se ríe de las cosas más estúpidas.

Observando el cadáver con recelo, Bendini piensa en dos cosas: en Leiva —en las ganas de tomarse unos mates, un par de cervezas con Leiva, hablando los dos de cualquier cosa— y en Carranza, qué hacer con Carranza. Hasta ahora, lo único que se le ocurrió, una vez que llegaron a la seccional, fue esposarle una muñeca a las patas de una mesa —"A modo de prevención", le explicaron. Por eso Carranza está ahora en una posición incómoda, como inclinado. Quiere aguantar las ganas de llorar pero no puede; el llanto, las lágrimas, le brotan como en cascada.

—No pasa nada —quiere consolarlo Bendini, y le alcanza un mate. Carranza, sin dejar de llorar, dice que no con la cabeza. La cara se le deforma por el llanto, y las lágrimas y los mocos se le acumulan en los surcos que dejan las arrugas. Pobre Carranza.

Bendini sabe eso, sabe que el changarín es un pobre diablo incapaz de joder a nadie, pero no puede decirle que se vaya, que ya todo está arreglado. Pero, piensa Bendini, tampoco se puede tenerlo así.

—Viene el fiscal, te hace dos preguntas y te vas a la mierda —vuelve a tranquilizarlo. Pero Carranza no puede dejar de llorar. Sabe que no está por venir ningún fiscal. Su lamento se mezcla, ahora, con el escándalo de las cotorras.

"Puta que lo parió", suspira Bendini. Camina hasta un archivero y hurga entre papeles hasta que sus manos encuentran una honda. Vuelve a la galería y busca cascotitos en el suelo, entre la tierra. Elige unos cuantos. Acomoda uno en el trozo de cuero de la honda y estira el caucho, primero hacia abajo, apuntando al suelo. Entonces siente otra vez el llanto de Carranza, una cosa de lo más molesta. Levanta la honda y apunta en dirección al changarín:

—Eh, Carranza —dice.

El changarín lo mira y, tras el susto inicial, corta su llanto en seco, queda duro como una estatua. Bendini, en cosa de un segundo, gira sobre sí mismo y suelta el cascotito. En su trayecto, el proyectil emite un chiflido agudo que se corta en seco. Tiene buena puntería Bendini, porque el graznido de las cotorras primero se hace más fuerte pero muy pronto se dispersa. Alguna habrá caído.

Por un momento, unos cuantos segundos, hay silencio en el ambiente, pero al rato están otra vez las cotorras con su escándalo y Carranza, esposado, que no deja de llorar.

IV

—Mirá lo que es este celular, una joyita —dijo el intendente.

Ibáñez era un hombre raro. Había nacido en el pueblo y ya de joven se había puesto al hombro la pelea para que Laguna Fría abandonara su condición de simple paraje y pasara a ser un municipio. Ahora llevaba quince años como intendente y estaba feliz de tener un periodista de Resistencia en Laguna Fría.

—Lástima que vengas por estos giles —le dijo a Reyna—, son buena gente pero también son bastante pelotudos. Mirá el celular, hasta GPS tiene incorporado.

Reyna había llegado a Ibáñez después de hablar con la policía de Laguna Fría y con el dueño de la pensión donde, le dijeron, los ecologistas de Fundación VIDAS que él buscaba estuvieron alojados. No consiguió en ningún lugar datos que le sirvieran de algo. En la seccional —una construcción pequeña y terrosa custodiada por cuatro perros gordos, casi deformes— no le llevaron el apunte, ni siquiera lo maltrataron.

—Mirá amigo —le dijo uno, que Reyna identificaría más tarde como el oficial Bendini—, acá tenemos mucho trabajo, así que pegate una vuelta mañana y hablamos más tranquilos.

No parecía que los policías tuviesen mucho trabajo, pero a Reyna no le dio el ánimo para ponerse insistente. Tampoco tuvo ganas de indagar mucho con el dueño de la pensión, un alemán viejo y de pocas palabras. Se llamaba Lemper y lo único que Reyna consiguió sacarle en claro fue que las dos personas que él buscaba eran unas degeneradas.

Si después llegó hasta la municipalidad, fue sólo porque descubrió que estaba cerca, en la misma manzana que la pensión. A Reyna le sorprendió el parecido de la municipalidad con la seccional de policía, como si las dos reparticiones hubiesen sido concebidas por un mismo cerebro, cosa que muy probablemente haya sido así. Pero una vez adentro descubrió una diferencia importante: en la municipalidad había aire acondicionado central, un placer que los policías reservaban a una oficinita.

—Es que en esta zona el aire dejó de ser un lujo —le explicó el

intendente Ibáñez—: ahora es una necesidad. De otro modo no se puede vivir acá.

El intendente había salido de su oficina para servirse agua de un dispenser, y entonces se encontró con Reyna, que boyaba medio perdido en la sala de entrada.

—El señor es… —preguntó Ibáñez, y apenas lo supo metió a Reyna en su oficina y lo tuvo ahí casi una hora. En esa hora hablaron de todo —mejor dicho, Ibáñez habló de todo, Reyna se dedicó a escuchar— pero lo que más llamó la atención de Reyna fue el empeño del intendente por meter a su hijo, a Bebo, en cada tema.

—Este celular lo trajo Bebo de Ciudad del Este. Allá está todo más barato. Cuatro celulares trajo, y este me tocó a mí.

Reyna no tuvo más remedio que agarrar el celular. No pudo más que admitir que se trataba de un aparato llamativo —sobre todo si lo comparaba con el celular que le habían dado en el diario, un bodoque anacrónico que de a ratos perdía la señal—, pero no le hizo ningún comentario a Ibáñez. Tampoco dio la impresión de que el intendente lo esperara.

Lo dicho, Ibáñez era un hombre raro. Reyna lo comprobó cuando el intendente, de súbito, entre habladurías sobre el celular y sobre las virtudes de Laguna Fría, soltó un lloriqueo y le dijo que no daba más.

—Estoy cansado, tengo muchas presiones. Y Bebo no ayuda en nada.

Reyna no respondió, qué se puede responder a semejante confesión. Quedó más bien duro, Reyna, mirando cómo Ibáñez se fregaba los ojos colorados y le pedía una mano.

—Ayudame —le decía—, vos sos de la ciudad, algo sabrás.

Reyna miró, otra vez, a Ibáñez: flaco, vestido con una elegancia insólita —la camisa violeta abierta lo suficiente para que del cuello del intendente asomara una cadenita de oro— y con la extravagancia del llanto. Lo estudió con atención y se dijo que trabajando con ese tipo no había nada que perder.

* * *

El problema de Bebo eran sus modales: era un chico muy amanerado. Y para ser amanerado en Laguna Fría había que tener dos cosas que Bebo tenía de sobra: respaldo y personalidad. El respaldo, por supuesto, se lo daba Ibáñez; nadie se iba a mofar así nomás del hijo del intendente, menos aún si ese intendente es como era Ibáñez. Y la personalidad venía, claro está, de ese respaldo. Bebo sabía que Laguna Fría, por decirlo de algún modo, estaba a sus pies.

Era tan esmirriado como Ibáñez, pero quizá su manera de vestir —

colores chillones, talles unos cuantos números por encima del necesario y siempre zapatillas blancas— lo hacía parecer algo más grandote. Y la cabeza rapada, redonda y pequeña, abonaba a la idea general de que Bebo, además de amanerado, era también medio idiota. Pero no, podemos dar fe que no.

Las mujeres del pueblo —las pocas mujeres que había— hablaban con él, lo saludaban y le contaban de sus cosas. Los hombres, en la medida de lo posible preferían evitarlo. Cuando no les quedaba otra, esperaban incómodos a que fuera el propio Bebo quien tomara la iniciativa. Y Bebo no era una persona fácil: elegía hablar siempre de sexo. Hacía chistes obscenos, comentarios vulgares o más bien de tipo pervertido. Los hombres lo escuchaban, y si les daba el ánimo, sonreían. Muy pocos se animaban a sumar un nuevo chiste, más que nada por no sentirse a la altura de Bebo, en humor y en perversión.

Los indios de Laguna Fría eran los únicos que se reían de él. Pero los indios no eran como el resto de los hombres, así que Bebo no le daba mayor importancia a esa impertinencia. Al contrario, se reía con ellos. Fueron dos indios, incluso, quienes le señalaron, una tarde, que los anteojos de sol que llevaba puestos eran anteojos de mujer. Bebo lo sabía, pero qué problema podía haber con eso, quién más —a no ser un indio hincha pelotas— iba a decir algo.

La llegada de Reyna a Laguna Fría le había despertado un nuevo interés: la poesía. Para darse aires delante de Ibáñez, Reyna había hablado de su afición literaria. Nombró algunos autores que para el intendente no significaban nada, pero para Bebo, que estaba ahí, formando parte de esa improbable reunión, representaron de pronto un cielo, un anhelo, algo en qué creer.

—Yo también soy poeta —le dijo a Reyna.

Entonces Reyna sintió vergüenza. No le gustaba embaucar a la gente, pero si el intendente le había pedido ayuda, él quería sentir que podía darle una mano.

—Por quinientos pesos te doy clases —le propuso a Bebo.

Como el dinero no le representaba ningún problema, Bebo dijo que sí, que de acuerdo, y desde atrás Ibáñez, que había escuchado la conversación, soltó un suspiro largo y aliviador.

Ahora el asunto era encontrar un lugar donde alojarse.

—No necesito mucho —dijo Reyna—: un bañito, una cama, un anafe y conexión a Internet. Con eso estoy hecho.

Bebo lo condujo entonces hasta el que sería su alojamiento por los siguientes dos meses: un mini departamento construido en la parte trasera de una vieja casa. Para ingresar, había que abrir primero un enrejado que demandaba una vuelta de aceite, o en todo caso que se lo diera de baja. Después se atravesaba un largo pasillo, que Reyna

juzgó demasiado estrecho, hasta un patio interno. Ahí había una escalerita de madera que desembocaba justo en la puerta del departamento. A Reyna, de entrada, el lugar no le gustó, menos aún cuando vio que a la escalera le faltaban escalones. Pero si Bebo decía que ésa era la mejor opción, no iba a discutirle.

El dueño del departamento —y de la casa que lo antecedía— se llamaba Müller y no estaba nunca en Laguna Fría, lo que, según Bebo, era lo mejor: "Nadie te jode por los ruidos y la fiesta". Mientras se le depositara el alquiler en tiempo y forma, del tipo, de Müller, no se tendrían noticias.

El único problema del departamento era que estaba ocupado. Había una familia de indígenas —un hombre con su mujer y dos hijos, más una anciana que seguramente era la abuela de la familia.

Bebo abrió la puerta a los gritos.

—A ver, se me van todos de acá.

Los indios no opusieron resistencia, se largaron a juntar sus cosas en silencio pero lentamente.

—La puta, qué olor a mierda —Bebo los apuraba empujando trastos con los pies, mientras la familia entera se movía, los ojos clavados en el suelo, como un grupo de refugiados.

—No hace falta esto, busquemos otro lado —dijo Reyna mirando a un niño con la nariz sucia de mocos y con una bolsa llena de ropa entre las manos.

—Haceme caso papi, este es el mejor lugar.

—Pero acá no debe haber Internet…

Antes de salir, la anciana de la familia se detuvo frente a Bebo y le soltó una especie de maldición en un idioma incomprensible.

—Andate a cagar mami —le respondió Bebo—: bien limpio estoy yo.

Después le dio un empujón que tiró a la vieja contra Reyna. Éste la ayudó a incorporarse y cuando la vieja estuvo de nuevo en pie, repitió la maldición, esta vez dirigida a Reyna.

—Andate ya, vieja puta —dijo Bebo.

—Pará un poco —rogó Reyna, ya hastiado, pensando, más que nada, en lo difícil que se le haría quitar el olor a indio de la casa.

5

Estamos otra vez con Bebo: acaba de llegar al lugar donde encontraron el cuerpo —o el cadáver— de Sara. Hace una hora ya que Reyna se fue de aquí en busca de su cámara. Como Reyna, no es mucho lo que hace Bebo: baja del C3, se estira, putea por el calor y se hinca, apenas unos metros errado del sitio exacto.

Se acuclilla de un modo similar al que antes lo había hecho Reyna, pero a diferencia de Reyna, aun con el calor, aun con la brisa caliente que domina el aire, Bebo es capaz de improvisar un poema en nombre de Sara. Un poema, se dice a sí mismo, que sirva para exorcizar el lugar, estas vías tan viciadas.

El poema que cruza la mente de Bebo tiene, en realidad, muy poco que ver con el asunto de Sara. Pero Bebo no puede evitarlo. O no le importa.

Acuclillado, con los ojos entrecerrados apuntando al sol, garabatea unos versos apretando las teclas del celular, sin mirar la pantallita. El poema habla de Laguna Fría, de su cielo amarillo, y Bebo se esmera en hacer rimas con palabras como “soledad”, “maldad”, “realidad” y otras tantas. Después de la primera clase de poesía, Reyna le dijo que él, Bebo, tenía todas las condiciones para ser un excelente poeta; que piensa y que vive como un poeta, y que sólo es cuestión de darle un buen cauce a su vocación.

Termina de escribir en el celular y, aún acuclillado, lee en voz alta. Le gusta. Vuelve a leer y le gusta un poco menos. Siempre le pasa igual. Se pone contento con la primera lectura, siente que acaba de hacer algo importante, pero un instante después, apenas con la lectura siguiente, el entusiasmo se desmorona. Ve errores, cosas que faltan. Corrige y vuelve a leer en voz alta, siempre en cuclillas. El poema ya no es el mismo. Se complica, además, con el poco espacio que le da la pantalla del celular para expandir el poema. Lee por última vez y, más que satisfecho, se siente resignado.

Va hasta el auto y abre una de las puertas traseras.

—Dale, bajá —ordena.

Del auto baja un indio, un hombre viejo y flaco con la cara cubierta de surcos negros que parecen tatuajes. Viste un pantalón

grisáceo que alguna vez habrá sido blanco, y una musculosa rosada. Toda la ropa agujereada. Está descalzo y sostiene una bolsita de arpillera. Bebo lo conduce de un brazo hasta las vías.

—Acá Luján —dice—: haga nomás lo suyo.

El viejo dibuja con el pie derecho un círculo en la tierra, y con las manos le hace gestos a Bebo para que se aleje. Bebo le hace caso, aunque no muy convencido. Después, el viejo saca de su bolsita un sonajero de uñas de chancho, lo sacude como para medir el sonido y empieza una cantinela. El tono de su voz semeja un lamento. De acuerdo con los altos o bajos en la tonada, el viejo entorna los ojos o directamente los cierra.

Bebo, mientras tanto, observa la ceremonia con cierto rechazo pero a la vez con respeto. Quiere que el viejo termine pronto.

—Vamos Luján, apuresé —dice en voz baja. Pero en ese momento el viejo hace más intenso el ritual y empieza a dar saltitos, siempre dentro del círculo. “Puta madre”, piensa Bebo y se vuelve al auto.

Abre la puerta y se sienta a mirar desde ahí, con las piernas hacia afuera, en una posición más cómoda. Aguanta unos minutos, pero no parece que el viejo fuese a terminar pronto. Entonces prende el estéreo, cuidando que la música no se escuche más allá del auto. Sin dejar de mirar al viejo maniobra el dial hasta encontrar una canción de su agrado. Deja una chacarera, “Entre a mi pago sin golpear”. Le gusta el folclore, le recuerda su infancia, cuando su padre lo llevaba a las peñas de Laguna Fría o a las de pueblos vecinos. Pero ya casi no hay peñas. Tampoco quedan folcloristas que toquen chacareras, las pocas orquestas decantaron hacia el chamamé o la cumbia. “Yo soy buen letrista de chacareras”, piensa, “debería dedicarme más”.

—Está limpio el lugar —dice el viejo. Hizo una última cabriola, levantando una buena polvareda, y ahora está parado frente al auto, esperando que Bebo le diga qué hacer.

—Así sucio no te podés subir al auto —le dice. El viejo no se mueve.

Bebo se levanta y camina hasta las vías. El círculo que el viejo dibujó en la tierra sigue, pese a tanto baile y ritual, bien visible.

—Trate de no tocar nada de ahí —le grita el viejo, y después, contrariando la anterior observación de Bebo, sube al auto. Bebo se contiene: estuvo a punto de borrar el círculo.

Mira, una vez más, alrededor y vuelve al auto, tarareando “Entre a mi pago sin golpear”.

* * *

Reyna pasa junto a los perros cuidándose de no molestarlos. Un perro

dormido es una criatura traicionera, y él lo sabe: una vez, en una de sus primeras incursiones a la seccional, enfiló muy orondo hacia la puerta y uno de los perros, que parecía dormido como los demás, se le prendió de la botamanga del pantalón. Apenas alcanzó a rozarle la pantorrilla con los colmillos, pero el susto fue suficiente para que desde entonces Reyna se maneje con mayor cautela. De todos modos, ahora los perros se ven muy dispersos, retozando a la sombra de unos arbustos.

Cuando entra a la seccional, Reyna encuentra a Leiva y a Gonzaga jugando una pulseada china. Sentados frente a frente, separados por un escritorio sobre el cual apoyan sus respectivos codos derechos, los oficiales entrelazan sus manos derechas en una especie de puño de mono que les deja los pulgares libres y apuntando hacia arriba, pulgares que se arquean y se retuercen, se buscan como boxeadores mancos.

—Llegó la Reyna… —se burla Leiva, atento siempre a los movimientos del dedo de su oponente— ¿Qué viene a buscar? ¿Un principito?

—Mi cámara busco —contesta Reyna.

—Buscala más tarde. Todavía no bajamos las fotos.

—Pero tengo que trabajar…

—Pasá más tarde.

Reyna no se mueve, se queda mirando la disputa de pulgares, como absorbido por el juego. El pulgar de Leiva parece el más decidido, un pulgar lanzado al ataque, mientras que el de Gonzaga sólo se esfuerza por mantener distancia. Cada vez que consigue zafar de los embates de su adversario, Gonzaga celebra con una mezcla de carcajadas y palabras a medio decir.

La seccional, por dentro, es oscura y sucia. Alguien tapió las aberturas y la única luz proviene de un fluorescente cubierto de mugre; una vieja puerta de dos hojas da a la oficina del comisario, y una puerta igual, pero aún más vieja o quizá más maltratada, se abre a una sala que sirve tanto para el esparcimiento de los policías como para alojar detenidos. Desde ahí se puede pasar a la galería.

El calor del ambiente, la sensación de asfixia, hace que Reyna desatienda la pulseada china de Leiva y Gonzaga, y se fije en un ventilador de pie que los policías confinaron a un rincón. Es un ventilador de esos viejos, pesados, con aspas de chapa. Reyna les pregunta a los policías si el aparato no anda o si a ellos les gusta cagarse de calor. Ahora sí, Leiva lo mira y le dice:

—¿Vos te creés muy vivo?

Gonzaga aprovecha la distracción de su compañero para lanzar por fin su pulgar al ataque. Leiva siente el apretón sobre su pulgar y

vuelve desesperado a la pulseada. Pero Gonzaga ha iniciado ya la cuenta del nocaut:

—Uno, dos, tres…

—Pará puto, contá más despacio.

Reyna deja a los policías con su contienda y se escabulle, ahora sí, hacia una de las puertas, la que da a la sala. Estuvo ya unas cuantas veces en la seccional; aunque reconoce lo mortecino del ambiente, el destrato de los policías, no la pasa del todo mal aquí. De hecho, casi debería admitir que se siente seguro y a gusto, como en ningún otro lugar de Laguna Fría.

Pero esa sensación, ese extraño bienestar, empieza a desmoronarse una vez que abre la puerta.

VI

—Nooo viejo —había empezado a explicarle el intendente Ibáñez con el diario en la mano—, la Fundación no tiene nada que ver con los alemanes del pueblo. Son todos porteños los tipos.

Después de una semana en Laguna Fría, apenas si Reyna había mandado al diario una nota cargada de imprecisiones. Decía, la nota, que el hombre y la mujer desaparecidos eran parte de la colectividad alemana —para tal aseveración Reyna se basó principalmente en el apellido del varón, Wozcik ("¡Pero Wozcik es apellido polaco, papá!", se le burló Ibáñez), y se distrajo ante el apellido de la mujer, el más elemental Reinoso—; también planteaba tres hipótesis: por un lado, que Wozcik y Reinoso podrían haber sido víctimas de los cazadores furtivos de la zona, o víctimas, también, de los productores de soja, o de arroz, o de otros cultivos que la Fundación denunciaba. Y por otro lado, como tercera hipótesis —una hipótesis propuesta con cierta cautela— Reyna insinuaba en su nota la posibilidad de que Wozcik y Reinoso hubieran huido con algo —dinero— perteneciente a la Fundación. Por último, la nota aseguraba que la Policía de Laguna Fría, con asesoramiento de las reparticiones de Sáenz Peña y Resistencia, seguía "rastrillando" (esa expresión usó Reyna) los terrenos aledaños en busca de los dos desaparecidos ("¿Vos viste…?", le preguntaba Ibáñez, socarrón, "¿…que algún policía del pueblo se esté moviendo?").

Ibáñez, ahora, se le burlaba en la cara ("¿Dónde estudiaste para periodista?", le decía) y a la vez le daba cátedra:

—Mirá: los porteños vienen con plata y con buen manejo de papeles. Saben de documentos. Mientras hacen sus cosas del medioambiente, van juntando plata por otro lado para financiar la actividad. Acá en el pueblo, todo lo que da un poco de plata lo administran ellos.

—¿Y qué es lo que da plata acá? —lo interrumpió Reyna, sin percatarse de que acompañaba la pregunta frunciendo la cara. Un gesto como de asco que Ibáñez prefirió pasar por alto para poder continuar su explicación:

—Donde hay poca agua, lo que más vas a necesitar va a ser agua.

Va a ser lo más caro también. Capitalismo puro. Vos serás de la ciudad pero sos medio nabo también, ¿eh?

Reyna pensó en la cantidad de dispénseres que había visto en esos días, muchos para un pueblo tan chico. También había visto aljibes en desuso, con las bocas tapadas o haciendo las veces de inmensos maceteros para los yuyos silvestres.

—Los aljibes ya fueron, mi Reyna —le dijo Ibáñez—. No se puede negar el progreso: con un dispenser, la Fundación nos está ofreciendo eso: progreso. Más allá del negocio que ellos hagan, que te puede gustar o no, este pueblo tiene que avanzar. ¿Y con un aljibe querés avanzar? Fijate bien, fijate cómo te cambia la cara un dispenser.

En cierto modo, pensó Reyna, lo que decía el intendente era verdad: en esos días había visto un dispenser en un rancho ocupado por indígenas. Había ido hasta el rancho en busca de un hombre que, le dijeron, había servido de guía a Wozcik y a Reinoso en sus incursiones por el monte. Con sólo asomarse al rancho, Reyna sintió otra vez el olor espeso de los indios y ya no pudo concretar la entrevista que había previsto. No pudo ni siquiera distinguir al hombre que buscaba. Todos los indios que vio, incluidos los niños, le parecieron iguales, las mismas caras, los mismos gestos. Desde el quicio, dijo apenas cuatro palabras (“Buen día, ¿señor Escobar?”), y casi al mismo tiempo dio vuelta la cabeza, como si quisiera esquivar un puñetazo, y alcanzó a ver, antes de emprender la retirada, el dispenser instalado en un rincón, apoyado sobre el piso de tierra. Un objeto por completo ajeno al paisaje.

Ahora, escuchando al intendente, Reyna pensó también en las cuatro horas diarias que en el pueblo había agua corriente (al abrir un grifo la canilla soltaba primero una especie de gemido, como si tuviera asma, y escupía después unas gotitas terrosas); y pensó, más que nada, en la diarrea que se había agarrado por tomar de esa agua.

—La Fundación te alquila el dispenser y los botellones —siguió Ibáñez—, o si no, te venden directamente botellas de litro y medio, dos litros, lo que uno quiera. Tienen arreglo con una marca nacional y distribuyen a todo el interior. Toda el agua que se toma en el Chaco es la que reparte la Fundación.

Reyna sintió sed, pero consideró inoportuno ir por un vaso de agua. En cambio, carraspeó antes de preguntar:

—¿Y tanta plata se puede ganar vendiendo agua?

—No, no se gana un carajo, qué mierda vas a ganar acá. Pero bueno, algo es algo.

* * *

Extrañaba mucho a Olga. Arrastrado por la nostalgia, Reyna olvidaba los momentos penosos. Recordó cierta vez, en medio de una de sus tantas crisis, en que ella le propuso una sesión de fotos eróticas.

—Eso te va a relajar —le aseguró—, nos vamos a divertir: vos hacés de fotógrafo y yo hago lo que vos quieras.

Lo dijo con voz melosa, como adelantando la intensidad de la sesión.

Esa misma noche hicieron la prueba: Olga acondicionó el dormitorio cubriendo las bombillas de luz con celofán rojo; desparramó almohadoncitos por encima de la cama; consiguió un pequeño biombo, que colocó por delante de un espejo que reflejaba, precisamente, todo cuanto hiciera quien se escondía tras el biombo; puso una música suave, en teoría sensual; encendió velas aromatizantes y llenó frascos con cerezas. A él apenas le correspondía traer su cámara de fotos, la cámara del diario en realidad, una semiprofesional que todavía no manejaba con pericia.

Pero le dio gracia cuando llegó y vio los arreglos de Olga; sintió primero deseos de burlarse, y después se sintió vulgar y ridículo. Olga no le dio tiempo a seguir pensando: salió de atrás del biombo, desnuda, con sólo una cofia de monja en la cabeza y un rosario colgándole entre las tetas.

—Me porté mal, padre —le dijo—: castígueme.

Reyna dudó, pero al cabo de un segundo comprendió que le correspondía ocupar su rol y, aunque torpemente, se acomodó la cámara y empezó a sacar fotos: Olga en cuatro patas, de frente a la cámara y sosteniendo el rosario con la boca; Olga de rodillas, las manos levantándose las tetas; Olga otra vez en cuatro patas, pero ahora con el culo al frente; Olga cubriéndose los pezones con cerezas; Olga desparramada sobre los almohadoncitos, bocabajo; otra boca arriba, con una mano acariciándose el pubis; y otras tantas fotos así.

Reyna, contra lo que hubiese imaginado, estaba excitadísimo. Entre una pose y otra, espiaba las fotos que iba tomando y pensaba en las tapas de las revistas eróticas. Le sorprendió que fuese tan sencillo conseguir un resultado similar, en la casa y con la mujer de uno.

—Ahora acérquese, padre —le ordenó finalmente Olga. Y Reyna le hizo caso. Pero en la escasa distancia que lo separaba de ella, la excitación se fue diluyendo y, en cambio, le fue ganando el miedo de siempre, algo así como acidez estomacal. Ante su ofuscación, Olga volvió a provocarlo (“¿Qué pasa padre? ¿Me tiene miedo?”), y empezó a desprenderle el cinto y a bajarle la bragueta.

—Usted me pone loca, padre.

—Estás hermosa —dijo él, y ya en calzoncillos, con los pantalones abajo, dio unos pasos hacia atrás.

—Probemos de otra forma —sugirió Olga, dejando por un momento el tono meloso y provocador; asumiendo, podríamos decir, una postura en cierto modo ejecutiva.

Mientras ella elegía su nueva indumentaria, de nuevo escondida tras el biombo, él la esperaba sentado al borde de la cama, en calzoncillos y con la cámara de fotos colgando del hombro.

Se pasó una mano por la entrepierna, como para darse una ayuda; respiró hondo y observó con atención cada una de las fotos que había sacado. Le gustaban, eran buenas fotos, y más le gustaron cuando notó que surtían efecto.

En eso estaba cuando Olga reapareció, esta vez disfrazada de enfermera. El ritual fue básicamente el mismo que el anterior, con idéntico resultado. Pasaron la noche probando diferentes alternativas.

Una linda noche, pensaba Reyna ahora, en Laguna Fría.

7

—¡Zurraspa! —dice Bendini—: este hijo de puta tiene los calzones sucios.

El changarín Carranza, volcado bocabajo sobre un escritorio y con una muñeca esposada a una pata del mueble, tiene los pantalones caídos y un trapo metido en la boca, a modo de esparadrapo. Bendini, con la frente y los sobacos cubiertos de sudor, le da con una cincha en las nalgas. Por el trapo en la boca, la mezcla de llanto y gemido de Carranza suena como en sordina.

—Te das cuenta, periodista, las cosas que tengo que soportar. Vení, acercate.

Reyna acepta la invitación, aunque involuntariamente: las piernas se le mueven solas. Bendini le indica el lugar donde debe pararse, pegadito a las nalgas de Carranza, y le muestra los calzoncillos del changarín. Es cierto: se ven restos de inmundicia manchando la tela del calzón. Reyna tuerce la boca en una mueca de asco, una forma, piensa, de acompañar los comentarios de Bendini. Después, una vez que supera el impacto, se acomoda a horcajadas sobre una silla y le pregunta al policía por su cámara de fotos.

—Termino con esto y me ocupo de tu cámara.

—¿Y cuánto más le va a llevar *esto*? Tengo que mandar fotos al diario, y entre que las bajo a la computadora y hago el envío…

Bendini corta la frase de Reyna con un nuevo cinchazo, un relámpago que surca el aire (Carranza, nota Reyna, notamos todos, frunce las nalgas, un movimiento instintivo, y emite luego un largo gemido: “mmmm”). Tras secarse el sudor de la frente, Bendini le dice:

—Qué fácil tu trabajo: sacás un par de fotitos, escribís unas cuantas boludeces y después te rascás a cuatro manos.

—El suyo tampoco parece difícil. Además uno diría que le gusta.

El graznido repentino de las cotorras se mezcla con la carcajada con que Bendini responde a la observación de Reyna. Sin dejar de reírse, el policía dice:

—Me tienen podrido las cotorras, no me dejan pensar.

—Son animales simpáticos —opina Reyna.

—Simpáticos hasta que se hacen plaga. Son unos pájaros de

mierda.

—A mí me gustaría tener una cotorra, mucho más que un perro.

—Yo quiero ver hasta dónde te bancás una cotorra. No hablan un carajo y hacen mierda todo.

—En Resistencia vi cotorras que…

Reyna deja de hablar para prestar atención a los movimientos del policía, a la premura repentina con que Bendini toma la honda —la misma que le vimos usar hace unos minutos— y empieza, otra vez, a hacer blanco sobre las cotorras que alborotan en las copas de los árboles. Con el caucho de la honda estirado casi hasta su extremo, el policía cuenta en un susurro "uno, dos, tres" y suelta un proyectil apenas visible. Su buena puntería, esta vez, no deja lugar a las dudas: las siluetas de dos cotorras se desprenden de entre el ramaje.

—Yo voy a ver —Reyna se levanta apurado para llegar hasta los árboles. Detrás de él, mucho más lento, va Bendini.

—Vos quedate acá —le dice a Carranza, que sigue desparramado sobre el escritorio, gimiendo—, no sea cosa que te sigas cagando encima.

La respuesta del changarín es un "mmm" más largo que los anteriores.

—Vení mirá —grita Reyna desde abajo de un árbol—: acá hay una medio herida.

Bendini apura el paso. Hay dos cotorras en el suelo, tendidas sobre el pasto. Una con media cabeza, como si alguien se hubiera tomado el trabajo de cercenar el pequeño cráneo con excesiva prolijidad, dejándole a la cotorra un perfil impoluto y otro inexistente; la otra cotorra tiene los ojos muy abiertos y respira como pidiendo ayuda.

—Ahí tenés tu mascota —dice Bendini—: un regalo mío para vos.

El policía alza la cotorra por un ala. La sostiene un rato en el aire, bamboleándola, y después agarra el pequeño cuerpo con una mano mientras con la otra, con la mano que sostiene el ala, da un rápido tirón que separa el ala del resto del cuerpo.

—Toda tuya —le dice a Reyna, y tira hacia arriba la cotorra, que dibuja una pirueta en el aire antes de caer en las manos del periodista. Reyna la ataja con una mezcla de instinto y de repulsión. A la otra cotorra, la del medio cráneo, Bendini le da una patada que la aleja unos cuantos metros del lugar donde ellos estaban.

—Para qué… —dice Reyna.

—Para que no se nos pudra cerca, para qué va ser —es la respuesta de Bendini.

Emprenden ahora el camino de regreso hacia la galería de la seccional, el policía adelante, satisfecho por su actuación, y Reyna detrás, sin poder agarrar del todo bien a la cotorra.

—Che Carranza —grita Bendini—: saludá al pajarito.

El changarín está muerto. Muerto y desparramado sobre el escritorio, tal como lo dejaron. Quedó con los ojos abiertos y la cara en una mueca de susto. De la boca, embutida del esparadrapo, le desbordan unos hilos de baba. Pareciera que Carranza quería decir algo y por tener la boca así, tan cubierta, no pudo; quedó congelado en mitad de una frase. Y con esa de cara de susto. Abajo además, alrededor de sus pies, se formó un charco de pis.

—Puta madre —dice Bendini—: qué ganas de joderle a uno la vida.

* * *

Vayamos un momento junto a Bebo, para ver en qué anda. Busquemos un poco por aquí, otro tanto por allá. Y… muy bien, ahí está Bebo, mírenlo: estaciona el auto delante de un rancherío y le dice a Luján, el indio, que se quede adentro, y baja batiendo palmas.

—¡Hola! —grita Bebo—, a ver gente, quién anda por ahí.

Dos perros y una gallina salen a su encuentro. La gallina es muy flaca y parece enferma. Bebo le sonríe como si le sonriera a un niño, y piensa en la posibilidad de escribir algo, unos versos, sobre las gallinas. Animales nobles y graciosos.

Recorre el frente de los ranchos espiando entre los huecos que dejan las chapas y los cartones mal engrapados. Retazos de sombras movedizas le señalan que sí, que hay gente adentro.

—¡Hola! —vuelve a gritar Bebo, pero apenas recibe como respuesta un cacareo de la gallina. Le enternece el animal y se inclina para tomarlo en brazos. La gallina no opone ninguna resistencia y se acomoda sobre los antebrazos de Bebo como si se tratara de un nido.

—Se llama Cocó —le dice un niño que aparece de pronto, tan de pronto que parece haber estado todo el tiempo ahí. Es uno de los chicos que encontró el cadáver junto a las vías.

—¿Están tu mamá o tu papá? —le pregunta Bebo.

—Están trabajando.

—Qué puta van a estar trabajando —dice Bebo, y con la gallina en brazos enfila directo hacia la puerta del primer rancho que tiene enfrente. La abre de un empujoncito.

—¿Alguna de ustedes es la mamá o algo del pibe que está afuera?

Las tres mujeres que están adentro se quedan mudas ante la irrupción de Bebo y le responden a coro —un coro mudo— moviendo negativamente las cabezas. El rancho, por dentro, es como todos los ranchos de Laguna Fría: piso de tierra, instalaciones mínimas y enseres precarios. Las mujeres —que representan una escala de abuela-madre-nieta— están sentadas sobre cajones de verduras, desplumando

gallinas muertas. Bebo mira instintivamente a la gallina que tiene en sus brazos, acurrucada como un bebé, y pregunta si se les ha escapado. Le responde la mujer más grande, la que parece una abuela. Pero responde otra cosa:

—Damián se llama el chico, yo soy la tía.

—Lo llevo conmigo cinco minutos —anuncia Bebo.

La mujer se encoge de hombros y vuelve luego al desplume de gallinas. Antes de irse, Bebo presta una mínima atención al trabajo que hacen las mujeres y vuelve a considerar la idea de escribir poesía para esos animales tan inofensivos.

Afuera otra vez, llama al chico, a Damián, y le dice que lo acompañe. Le pasa también un billete de veinte pesos.

—Por la gallina —le dice—: me quedo con Cocó.

VIII

Damos por sentado que a ustedes les gustaría saber algo acerca de Sara. Muy bien, hay una pequeña historia que la mismísima Sara supo contarle a Reyna alrededor de la cuarta noche que él visitó El Cerquito. Es la historia de su llegada —la llegada de Sara, claro está— a Laguna Fría.

Tenía dieciséis años. Un remisero fue a buscarla hasta Alberdi, Paraguay, y desde ahí cruzaron en balsa hasta Formosa, donde el remisero había dejado su auto. En Formosa buscaron a otras dos chicas, dos chicas que, como Sara, también creyeron que iban a Laguna Fría para trabajar de empleadas, pero no como empleadas de El Cerquito, sino como empleadas domésticas de la Fundación VIDAS. Reyna escuchó la historia, en principio, con desinterés; creyó que Sara le mentía, que una mujer como ella —tan lanzada, pensó Reyna, pero Sara no era para nada lo que se entiende por "mujer lanzada", si es que existe tal categoría—, que una mujer como ella, decíamos, no podía dejarse embaucar de semejante manera. Pero cuando Sara habló de la Fundación prestó los oídos y se dispuso a tomar nota: algo tal vez podría sacar de esa historia.

Comoquiera que sea, Sara llegó a bordo de un remís. El remisero se llamaba Uriarte, un tipo joven, no mucho más que treinta años, un poco cara de nene, cosa que le hacía ganarse fácil la confianza de la gente. Por recomendación de sus empleadores, Uriarte debía cuidarse de hablar, no decir más que lo estrictamente necesario hasta que llegaran a Laguna Fría. Pero el remisero apenas pudo mantener la boca cerrada. Una vez que subieron las otras dos chicas, ya no paró de hablar. Primero de cosas más bien peregrinas, el calor insoportable, lo difícil que se estaba poniendo conseguir buenos trabajos, esas cosas. Pero al cabo, ya lanzado —de Uriarte sí podemos decir eso, que era un hombre lanzado—, se puso en papel de consejero, les dio ideas, pequeños consejos a tener en cuenta al momento de ponerse a trabajar: cómo tratar a los hombres, cómo mantenerlos a raya, cómo hacer para que no las maltrataran. Aunque joven, Uriarte parecía saber mucho acerca de todo, y se mostraba preocupado por las chicas.

Sara, sentada atrás, iba en silencio, la vista clavada en el monte

aledaño a la ruta y captando muy poco de lo que Uriarte hablaba. Sus nuevas compañeras —Mecha y Sandra— parecían más compenetradas en la charla del remisero, como si tomaran nota de cada uno de sus consejos. En cualquier caso, pensó Sara, más tarde les pediría a ellas que repitieran las palabras de Uriarte.

Pero fue entonces, en medio de esas cavilaciones, que el remisero condujo el auto a un costado de la ruta, lo camufló tras un cartel publicitario, y le habló a Mecha, que hacía las veces de copiloto:

—Esto te lo van a pedir siempre —le dijo, bajándose la bragueta y tomando a Mecha, suavemente, del cuello. A Sara le sorprendió la docilidad con que Mecha se dejó llevar y respondió al pedido de Uriarte. Miró a Sandra, sentada junto a ella, y notó que tampoco Sandra se escandalizaba o ponía reparos. Todo en ese remís era de una naturalidad que abrumaba. Entonces Sara se sintió un poco tonta. Por primera vez, desde que salió de Alberdi, tuvo ganas de llorar. Pero no lloró. Se limitó a poner la cabeza en blanco y a esperar que el remís volviera a la ruta.

Cuando eso pasó, cuando estuvieron de nuevo en camino, Uriarte volvió con los consejos. Las conminó a que aprendieran a bailar. A los hombres siempre les gusta ver cómo las mujeres se menean, dijo. Iban con las ventanillas abajo y el calor se metía en ráfagas violentas adentro del auto.

—Yo bailo bien —aseguró Sandra, desde atrás.

—No —la corrigió de inmediato Uriarte—, vos no sabés qué cosa es bailar.

Fueron hablando un rato más acerca del baile y de otras buenas maneras de sobrellevar el trabajo que les esperaba en Laguna Fría, hasta que Uriarte condujo, otra vez, el remís afuera de la ruta. Pero ahora ya no se preocupó en camuflarlo, quedaron estacionados simplemente entre unos arbustos.

A Sara el corazón empezó a latirle con fuerza. Mecha y Sandra, en cambio, intercambiaron lugares riéndose bajito, un poco histéricamente. Uriarte —evaluó Sara— fue con Sandra un poco más brusco de lo que había sido con Mecha, pero Sandra no se quejó. Hizo lo que debía con soltura, como una mujer experimentada. En los diez o doce minutos que demandó la operación, Mecha no paró de soltar risitas y de lanzarle a Sara miradas que buscaban complicidad, miradas nerviosas que demandaban que alguien confirmara que las cosas iban bien.

Pero la inquietud de Sara se había vuelto inmanejable. Entre la imagen de Sandra, subida a horcajadas sobre Uriarte, y la histeria de Mecha, la habían dejado muda y estupefacta. Quiso devolverle a Mecha una de sus sonrisitas, pero sentía la cara como de piedra, incapaz de una sola mueca.

Uriarte y Sandra acabaron su faena y se desplomaron, al unísono, en sus respectivos asientos. Con la respiración aún agitada, el remisero soltó un nuevo consejo para las chicas:

—No se vayan a hacer las lindas ni las malas, porque las mandan al sur y no vuelven más.

Mecha quiso saber un poco más del tema, pero Uriarte estaba ya muy cansado como para seguir hablando. Les dijo, simplemente, que le hicieran caso.

—Hace un calor de cagarse —dijo después—, vamos a comer algo.

Pararon en una parrilla, una construcción vieja pegada a una estación de servicio, un parador habitual de los camioneros. Uriarte pidió cuatro sándwiches de milanesa, una cerveza para él y una Sprite para las chicas.

—No les conviene tomar alcohol —dijo.

En vez de Sprite les dieron Chat Lima, una marca alternativa de gaseosa.

—Más barata y con el mismo gusto —dijo el chico que les pasaba el envase plástico tras un mostrador, haciéndose el simpático.

Comieron en silencio. Sara no tenía nada de hambre, así que debió ayudarse con la gaseosa para hacer pasar cada bocado.

—Sos muy callada vos —le dijo Uriarte de repente—: seguí así, que te van a joder menos.

Sara, como cumpliendo con ese nuevo precepto, no contestó nada.

Cuando comprobó que la historia había llegado al final, a Reyna ya no le quedaban ánimos para andar indagando. Ya casi no le quedaban ganas de andar jodiendo con el periodismo.

* * *

Llevaba diez días en Laguna Fría cuando Reyna sufrió, por primera vez, el rigor de la sed y la falta de agua. Había comido empanadas de carne, media docena que les compró a dos indias que habían improvisado un puesto junto a la municipalidad. Aunque el relleno de carne le supo en exceso grasoso, y el repulgue mostraba ribetes crudos, comió vorazmente. Con el último bocado atravesándole la garganta, sintió el primer ardor de la acidez. Abrió la heladera pero no encontró nada que tomar. No encontró nada de nada en realidad, apenas la luz mortecina que irradiaba el foquito de la heladera. Sabía que de la canilla tampoco podía esperar mucho —ya comentamos, de hecho, el gemido asmático y las gotas terrosas que soltaba la grifería —, pero aún así hizo la prueba. Y nada. Nada de nada.

Muy a su pesar, salió del departamento en busca de un almacén o de algo parecido a un kiosco. Pero era la siesta, y la siesta no es el

mejor momento para deambular por Laguna Fría. Todo estaba cerrado. Las casas daban la impresión de estar abandonadas, con el sol que pegaba tórridamente, como con un látigo, sobre las paredes, sobre las calles de tierra, sobre la vegetación amarilla que circundaba al pueblo, un sol que pegaba duro sobre el mundo.

Reyna movió la boca, hizo chasquidos con la lengua, en un vano intento de conseguir un alivio, aunque sea una brisa que le refrescara el buche. Pero sólo consiguió que se le colaran unas minúsculas partículas de tierra, polvillo levantado por el viento, que terminaron por aumentar la sequedad.

Golpeó puertas y batió palmas en la municipalidad, en la seccional, en las pocas casas y en los pocos ranchos que había visitado en esos días; se asomó a las bocas abiertas de un par de aljibes que ya eran puro polvo. Llegó incluso hasta El Cerquito, casi afuera del pueblo. Y otra vez, nada.

A su regreso, vio una pareja de ancianos, un hombre y una mujer, sentados a la sombra de un árbol, junto a un ranchito. Una zanja seca, cubierta de yuyos, lo separaba de ellos. Les pidió, por favor, que le convidaran un vaso de agua (articular palabras con la boca seca también formó parte del suplicio). Pero los ancianos parecían no entender o no querían saber nada con Reyna. Se levantaron sin mirarlo, el hombre moviendo una mano en una mezcla de saludo y negación, y se hundieron dentro del rancho.

No había caso. Estaba solo, a punto de llorar, más por la estupidez que por la falta de agua. Hasta cotejó la posibilidad de tomar su propia meada. Alguna vez había visto por televisión gente que lo hacía como práctica terapéutica. También recordó un programa en el que alguien enseñaba a drenar la orina para obtener agua, pero los detalles del procedimiento se le escapaban. La cantidad de agua que se obtenía, además, era muy poca. Comoquiera que sea, se trataba de una idea absurda. Reyna sabía —y nosotros con él— que en modo alguno tomaría su propia meada. Al menos no esta vez.

Sacudió la cabeza como quitándose la idea de encima, la idea y el sol, y enfiló hacia el departamento con la esperanza de que ahora, al abrir la canilla, recibiría al menos las gotitas terrosas.

Arrastraba los pies por sobre la tierra, y el ruido —una cosa así como “frac-frac-frac”, un “frac” por cada paso— le aumentaba la sensación de colapso. La inminencia de un colapso. El rapto de lucidez —o de lo que podríamos llamar lucidez dado el caso— le vino ante la casa de Müller, el dueño del departamento. Recordó las palabras de Bebo: “El viejo, Müller, no está nunca”. Se paró delante de la puerta y la estudió. Puerta de madera, vieja, no le pareció gran cosa. Buscó en la calle un cascote de buen tamaño —comprobó, de paso, que el movimiento dirigido, la posibilidad de una idea concreta, le hacía,

sino olvidar la sed, sí al menos atemperarla—, un cascote que le sirviera para romper la cerradura, o, de ser necesario, para abrir un boquete. Cuando se decidió al fin por uno —de tan grande, el cascote le lastimaba las manos—, lo alzó ante la puerta y midió al picaporte; pero antes de lanzar el golpe, algo, una intuición, una corazonada, hizo que probara abrir la puerta sin necesidad de ser violento. Y la puerta se abrió. La sed, los latidos del corazón y las ganas de llorar, no le permitieron quedar pasmado ante el insólito golpe de suerte. Tampoco le permitieron apreciar el interior de la casa una vez que traspasó la puerta, con el enorme cascote aún entre las manos. El cascote, a su vez, no le permitió caminar más rápido, caminaba como un zombi apurado.

Había olor a comida en mal estado dentro de la casa. Como buscaba un dispenser, Reyna tardó en percatarse de la heladera, una heladera gorda marca SIAM. Antes, incluso, de abrir la heladera, probó suerte con la canilla: nada. Cuando al fin abrió la heladera —recién entonces apoyó el cascote sobre una mesada— sintió en todo su esplendor el olor a comida en mal estado, a comida podrida. Había restos de lo que, dedujo, era pollo; había también una bandejita con huevos y medio sándwich de milanesa, todo descompuesto. Aunque el olor le provocó arcadas, las reprimió para poder agarrar la botella de agua que relucía entre las inmundicias. Era una botella de vidrio, de esas que originariamente cargan leche o alguna salsa. Reyna la sacó de la heladera con un movimiento rápido y no exento de asco. Cerró la puerta como quien cierra a último momento la jaula de un monstruo —el olor era realmente monstruoso—, y depositó la botella en la mesada, junto al cascote.

La miró, estudió el color del agua (no parecía cristalina) y la olfateó. Tenía impregnado el olor a podrido. Reyna hizo de tripas corazón, contó hasta tres y se mandó un trago largo, sin dejar que el agua le recorriera las cavidades bucales, cosa que hubiera disfrutado con un agua menos viciada.

No tan saciado como libre de la desesperación de un momento atrás, se dedicó a revisar más a fondo, con la botella de agua en la mano, la casa de Müller. No había mucho que llamara la atención: pocos muebles, algunos libros, diarios y revistas apilados en diferentes rincones, y dos cabezas de puma clavadas en una pared, como trofeos o como adornos. Había también mucha mugre, estaba todo cubierto de polvo.

Reyna se echó entre dos pilas de diarios y se acodó como un boxeador que cae derrotado en su rincón —podríamos decir ahora que Reyna estaba en la lona. Dejó pasar un rato, que mermaran el calor y el miedo que había sentido, hasta que se fijó en un sobre papel madera que estaba ahí, a su lado, sobre los diarios. El sobre tenía

impreso en el dorso el logo de la Fundación VIDAS (dos palmeras inclinadas, una hacia un lado la otra hacia el otro, formaban la V; un chorro de agua pura y cristalina disparado hacia arriba, era la I; la D la formaba un tatú mulita, con su caparazón haciendo la panza de la letra; tres troncos —¿de quebracho, de algarrobo, de cualquier cosa? — formaban la A; y la S parecía formada por una lombriz, aunque bien podía tratarse de una víbora cualquiera del monte chaqueño.

Reyna abrió el sobre y hurgó dentro: fotos, muchas fotos, de mujeres desnudas. Mujeres jóvenes que posaban sin convicción, como con miedo. “Todas feas, encima”, pensó Reyna. De fondo se veía una pared verde manzana, sucia de humedad, la misma pared en todas las fotos. Entre el montón también estaba Sara, fea como las otras mujeres. El fotógrafo, se dijo Reyna, era malísimo; con Sara él hubiese hecho un mejor trabajo.

Pero había una foto que desentonaba: los dos ambientalistas perdidos, Wozcik y Reinoso, sonreían a cámara, vestidos con ropas de exploradores, como salidos de un documental. Reyna se guardó esa foto junto con la de Sara. Antes de salir, botella de agua en mano, dio un par de vueltas por la casa, a la espera, quizá, de toparse con alguna otra sorpresa, otra foto, algún documento. Pero no puso empeño en la búsqueda. Estaba exhausto.

Abrió la puerta y se paró bajo el umbral. Mirando hacia el cielo, hacia el tórrido sol de la siesta, se echó el último trago de agua. Sintió que bebía grasa de pollo.

9

Bebo camina alrededor de la fogata que acaba de armar con el indio Luján y los tres chicos. Va lanzando aquí y allá las ramas y tronquitos que le traen los chicos cuyas conciencias, piensa Bebo, debe limpiar con fuego.

—Don Bebo —lo llama Luján—: habría que darle un poco de aire por este lado.

De los chicos sabemos que uno se llama Damián. Los otros dos se llaman Lucas y Luisito. Mientras van y vienen, de la fogata a las puertas del monte, de donde traen las ramas secas con que Bebo mantiene vivo el fuego, Cocó, la gallina, los persigue como un perro.

—No me pierdan la gallina —les grita Bebo.

Luján, mientras tanto, se acerca a la fogata, se acerca tanto que daría la impresión de querer quemarse, hundirse en el fuego. Se quita la remera musculosa y se quita los pantalones. Parece una víbora cambiando la piel. Queda solo en calzones, sosteniendo otro de sus sonajeros de uña. La flacura de su cuerpo es despampanante. Las costillas se le marcan como hierros y todo el lomo está cruzado por cicatrices que responden más a la dejadez, a la mala vida, que a posibles maltratos o trifulcas con terceros.

Los chicos —Damián, Lucas y Luisito— se quedan azorados cuando lo ven semidesnudo; más aún cuando Luján pone los ojos en blanco y apunta con las manos hacia arriba, sacudiendo el sonajero. También la gallina se queda dura, como si fuera capaz de concebir una situación, digamos, extraña.

—No se asusten —les dice Bebo—: que ahora viene lo importante.

Pero la danza de Luján se hace monótona, pierde sorpresa. Como para no decepcionar las expectativas que él mismo cree haber despertado en los tres chicos, Bebo les propone que se unan todos a la danza, que se quiten la ropa, se acerquen a la fogata y pidan —nadie sabe muy bien qué, pero a esta altura qué más da— y bailen alrededor del fuego. Y él, Bebo, es quien da el ejemplo: queda en cueros y en calzones, como Luján, improvisa una especie de danza de la lluvia y se larga a tararear una chacarera.

Los chicos, en principio, dudan. Pero basta con que uno se decida y

se mande —Luisito, que pese al diminutivo da la sensación de ser el más avispado—, para que los otros dos pierdan el temor, la vergüenza o lo que sea que los mantenía contenidos, y se unan a la ceremonia. Cocó, que tanto los acompaña, tampoco se queda afuera y corre y persigue a los danzantes con un cacareo desquiciado.

Y así es como todos danzan alrededor del fuego.

* * *

Bendini llama a Leiva y a Gonzaga y les dice que lo ayuden con el cuerpo de Carranza, el changarín. Gonzaga responde al llamado con prestancia, cualquier orden de Bendini forma parte de su trabajo y él, Gonzaga, la cumple sin miramientos. Pero a Leiva, uno vaya a saber por qué, el changarín le caía simpático.

—Qué le pasó… —pregunta, en tono afligido.

—Andá a saber —le responde Bendini. Está por agregar algún otro comentario, arriesgar una hipótesis, pero entonces recuerda su encono hacia Leiva, hacia la indiferencia con que Leiva responde a sus atenciones. Ensaya ser algo autoritario:

—Movelo para allá, no te quedés papando moscas.

—Pobre tipo —dice Leiva, cumpliendo con la orden de Bendini de un modo mecánico, como si no se tratara precisamente de una orden —, me hacía reír.

Reyna, que con la cotorra en mano siguió el procedimiento de los policías desde un costado, se consterna cuando ve —recién ahora ve— el cuerpo de Sara, que siempre estuvo ahí, envuelto en una frazada; y más se consterna cuando advierte cómo entre Gonzaga y Leiva arrastran el cuerpo de Carranza hasta dejarlo pegadito al de Sara.

Gonzaga destapa una parte del cuerpo de la chica, cosa que una teta quede al aire, y le pone encima una mano del changarín.

—Mirá Leiva —dice—, tu amigo es un sátiro.

Pero el chiste no hace reír a nadie. Más bien hace aumentar el malhumor de Bendini. Por no comerse el enojo, el policía vuelca su atención sobre Reyna:

—A ver periodista, no estés al pedo y sacale fotos al muerto.

—Pero no tengo mi cámara.

—Puta madre… ¡Leiva! Dale la cámara al boludo este.

—Se están descargando las otras fotos, las de la chica —le explica Leiva—. Lleva tiempo la descarga.

—¡Pero la concha de su madre! Traé la cámara y después descargan todo.

Es Gonzaga quien va en busca de la cámara. Se asustó con el grito de Bendini. Y es que Bendini no es un hombre de maltratar a sus

subalternos —ya lo hemos visto, sus castigos son básicamente irrisorios, tienen que ver con mostrarse a veces más y otras veces menos atento y deferente con ellos, con Leiva y con Gonzaga. “Como un padre”, contesta Gonzaga cada vez que alguien le pregunta por Bendini, exagerando en varios puntos lo que Bendini representa en su vida, en la vida de Gonzaga.

Comoquiera que sea, está claro que al jefe le pasa algo, que no es el mejor de sus días, así que conviene no contrariarlo. Al fin y al cabo todos tenemos días de mierda, por qué no los tendría Bendini.

Así es que Gonzaga, convencido de ser el oficial que su puesto y su jefe demandan, se apura en busca de la cámara, que está conectada a una computadora. En eso está cuando ve, refulgente en el monitor, una secuencia de fotos que llaman su atención —la suya y la de cualquiera que llegara a toparse con fotos así. Porque lo que Gonzaga ve es una considerable cantidad de fotos en las que Sara, la misma Sara que está muerta en la galería con la mano de un changarín muerto sobre una teta, aparece en distintas poses, más o menos sensuales, aparentemente eróticas. Son muchas fotos, y pasa un buen rato hasta que la secuencia fotográfica de Sara termina y da lugar a una nueva serie, ahora fotos del pueblo, de Laguna Fría. Gonzaga ve paisajes y caras conocidas, desde el intendente y su hijo compartiendo un asado, pasando por rancheríos indígenas, hasta los almacenes alemanes con sus dueños de caras gordas y rosadas.

Pasa rápido aquellas fotos que son puro paisaje, fotos del monte que no le mueven un pelo.

Pero se alegra, se le escapa una sonrisa, cuando se reconoce a sí mismo y a sus compañeros —a Bendini y a Leiva— en una secuencia. Mira las fotos con atención, sobre todo aquellas en las que se considera favorecido. En una sola están los tres policías posando, las otras parecen haber sido tomadas de prepo. La foto posada, piensa Gonzaga, es la más fea, están los tres muy serios.

Desconecta por fin la cámara, asegurándose de que las fotos hayan quedado guardadas en la computadora, y vuelve a la galería. Reyna, piensa Gonzaga, está bien jodido con las fotos que tiene ahí, ya Bendini se lo hará saber.

Sin embargo, el panorama que Gonzaga encuentra en la galería es de lo más desalentador: Bendini llora, desconsolado, sobre un hombro de Leiva. “No doy más”, dice entre sollozos, lo dice muchas veces: “no doy más, no doy más”. La escena provoca en Gonzaga sentimientos encontrados, pero los más evidentes —para nosotros, que vemos todo desde afuera— son los celos: también él, Gonzaga, quisiera formar parte del abrazo que se están dando sus compañeros. Incluso llega a pensar que le corresponde sumarse. Pero entonces ve a Reyna, quieto a un costado y todavía con la cotorra herida entre las manos, y se

contiene. Gonzaga se contiene.

Y resuelve que mejor esperar un poco para hablar de las fotos.

X

—La verdad que es una foto horrible —dijo Ibáñez cuando Reyna le mostró la foto de Wozcik y Reinoso que había encontrado en casa de Müller—. Y es raro —agregó—, porque el alemán ese da la impresión de tener buen gusto.

Pero no era eso lo que Reyna buscaba mostrándole la foto al intendente.

—A mí lo que me preocupa es Bebo —siguió Ibáñez—: yo no veo que mi hijo haya cambiado algo desde que estás acá.

Bebo no había cambiado nada, era muy cierto, pero a Reyna tampoco le importaba. Además, Bebo parecía contento así como era, un chico excéntrico.

—Pero mirá bien la foto… —quiso insistir Reyna. No había caso, Ibáñez estaba concentrado en otra cosa:

—Primero y principal —empezó diciendo—: somos amigos, yo te dejo estar a gusto en mi oficina, casi que te entrego en confianza el bienestar de mi hijo y todo lo que quieras… Pero te pido: no me tutees… no faltés el respeto. Que vos vengas de Resistencia y que yo haya nacido en este pueblo de morondanga, no te hace más que yo…

Reyna quiso interrumpir, pero el intendente lo paró en seco con una mano en alto, algo parecido a un saludo fascista:

—Segundo, pero no menos importante: Müller… qué problema se puede tener con Müller. Es un buen hombre, buena gente, y esta foto tuya es una cagada…

—Pero tenían el logo de la Fundación, por eso…

—Te marco un tercer punto, ya que hablás: la Fundación. Te preocupás más de la cuenta. Mirá las caras de pelotudos que tienen estos dos —Ibáñez levantó la foto, cosa de que Reyna volviese a tener ante sus ojos las caras de los ambientalistas. Y sí, eran caras risueñas, cualquiera se burlaría—. ¿Sabés lo que querían estos dos? Que la Fundación dejara de vender los dispenser. Que se repusieran los aljibes, que los aljibes son más sanos. Los hijos de puta se la pasan bien en Buenos Aires y te quieren ensartar de vuelta un aljibe. Que se pongan de acuerdo…

—¿Pero al final quién maneja la Fundación? —preguntó Reyna.

—Y yo qué mierda sé. Y a vos qué mierda te importa. A estos dos —Ibáñez puso la foto de los ambientalistas casi en la nariz de Reyna —, a estos dos se los comieron los indios o se los comió uno de los tigres que tanto cuidan. Se la pasan jodiendo, viven al pedo y así les va.

A Reyna se le fueron las ganas de hablar. Por un momento, después de haber encontrado las fotos en lo de Müller, se había ilusionado, se había sentido como un periodista de verdad. Pensó que podía hacer algún tipo de investigación, que podía sorprender a sus compañeros del diario. Pero el intendente lo intimidaba, de un plumazo echaba por tierra todas sus expectativas. Con la foto de los ambientalistas todavía en la cara, Reyna pensó en otra gente para hacer consultas. No se le ocurrió nadie. Ya no tenía ganas de hablar con nadie en realidad.

—Lo único cierto —concluyó Ibáñez—, es que no estás atendiendo a Bebo.

Y para reforzar su idea —o vaya uno a saber para qué— el intendente se dobló sobre su escritorio y empezó a sollozar: “No me estás ayudando, te doy todo, a mi hijo te doy, y vos no hacés nada”.

Reyna salió de la municipalidad confundido pero también con la certeza —y si no con la certeza, sí al menos con la presunción— de que el intendente sabía sobre los ambientalistas perdidos mucho más de lo que anunciaba. Incluso, pensó con temor, el tipo está metido en el tema. Hizo un intento por atar cabos, puso en relación los seis o siete nombres que aprendió desde que había llegado a Laguna Fría, pero no consiguió más que eso: nombres unidos por un pueblo.

“El calor”, se dijo, “no te deja pensar”.

Después entró a un almacén y compró un pack de agua mineral, seis botellas en total. Desde la puerta del local quiso calcular los metros que lo separaban de su departamento, pero tampoco pudo: “Mierda”, pensó, “calor de mierda”.

Alzó el pack y empezó a caminar, las zapatillas arrastrándose por las calles de tierra. A medio camino se frenó y dejó el pack en el suelo, como para darse un respiro antes de seguir. Con las manos en la cintura respiró hondo y recordó, de súbito, la foto de los ambientalistas: se la había dejado a Ibáñez. El resto del camino lo hizo diciéndose a sí mismo que era un pelotudo y pensando en las palabras que usaría para pedirle al intendente que le devolviera la foto. Pero al final, y como era de suponerse, no pediría nada.

* * *

Recordó su viaje de egresados, a Bariloche, muchos años atrás. Fueron

diez días, quizá un poco menos. Los que hayan sido, los pasó bebiendo mucho alcohol y fumando mucha marihuana. Bariloche quedó en su memoria como una mancha fugaz, una mancha que iba del rosa viejo a un fucsia intenso. El fucsia se correspondía con las imágenes nocturnas, bares y boliches de la ciudad, todo moviéndose al ritmo de una cámara lenta y placentera.

Pero lo que más recordaba de Bariloche era su compañera Rocío. Todos tuvimos ese tipo de compañeras en algún momento de nuestras vidas: chicas, por llamarlas de algún modo, desordenadas, dispuestas a lo que las otras chicas tal vez no estuvieran tan dispuestas. Además, Rocío era una chica hermosa, linda cara, buenas tetas…

Era el comentario de todos, en los escasos momentos de sobriedad, o aun en los vahos de la intoxicación, la inusitada cantidad de experiencias —principalmente sexuales— que Rocío venía acumulando en Bariloche. No importa la edad, hombres y mujeres serán siempre habladores y en buena medida celosos de quienes se atreven a pasarlo mejor que el resto.

Como sea, la última noche del viaje de egresados se avecinaba y, a contrapelo de Rocío, Emilio Reyna y otros tres compañeros no habían podido experimentar nada. Les habían hecho creer que Bariloche sería un paraíso sexual, que las mujeres se les entregarían sin reparos. Pero es sabido: así como hay hombres que tienen un don especial para hacerse de mujeres, en el lugar y en el momento que fuera, hay otros que no cuentan con esa suerte, ni aquí, ni allá ni en ningún lugar. A ellos les toca un trabajo mucho más duro. Reyna y sus tres compañeros quisieron ahorrarse el trabajo.

El ambiente ayudaba, y el aburrimiento —para entonces, una semana de intoxicación se había vuelto una cosa monótona— también. Invitaron a Rocío a que pasara con ellos a una habitación del hotel donde paraban, y aunque Rocío, como sugerimos, no tenía problema alguno con las orgías y otros tantos procedimientos sexuales, adivinó que cuatro chicos inexpertos, aburridos y alcoholizados eran una mala idea.

Dijo que no, que gracias, que tenía otros planes. Pero puede ser que lo haya dicho sin la convicción suficiente, o bien puede ser —y es lo más probable— que a Reyna y a los otros tres muy poco les importaran los planes que Rocío pudiera haber tenido. Así es que la fueron llevando, primero suavemente, como caballeros, pero al cabo casi a los empujones, rodeándola con las manos y cada vez más proclives al manoseo.

Ya dentro de la habitación, Rocío intentó poner algo de orden, que los muchachos no se comportaran con brusquedad. Besó a uno, al que más le gustaba, mientras los otros tres se enardecían, daban alaridos.

Eufórico, Reyna fue en busca de más cervezas. Si pasaban, como

tenían previsto, la noche —y si por él hubiese sido, el resto de la estadía— sin salir de la habitación, iban a necesitar más alcohol. También algo de comida, pensó, y por eso mismo compró sándwiches de miga y unas tabletas de chocolate patagónico, el mejor chocolate del mundo, según el dueño de una fábrica de chocolate que habían visitado en esos días.

Cuando volvió, sus compañeros habían dado pasos gigantescos en su relación con Rocío: ella estaba ahora completamente desnuda, en cuatro patas. Uno de ellos arremetía por atrás y otro por delante, como empujándole la cabeza para que Rocío le practicara sexo oral.

Si bien la escena le resultó un tanto violenta —y más aún viendo que a un costado el compañero que había quedado afuera se masturbaba con entusiasmo, como esperando su turno— Reyna sintió una excitación instantánea. Abrió una lata de cerveza y tomó de un tirón hasta la mitad. Observaba el espectáculo con recelo, pero más que nada con fascinación. Era, bien visto, una mala película pornográfica. El cuerpo de Rocío no emitía más sonido que el que podía salir del roce y de las arremetidas de los dos chicos que, a esta altura, eyaculaban groseramente sobre ella.

Cuando le llegó el turno, Reyna se posó desnudo ante la boca de Rocío. Ella lo miró, todavía en cuatro patas, y le pidió un minuto de respiro. “Dame un toque”, le dijo, y estiró el brazo para alcanzar una lata de cerveza. Pero el compañero de Reyna que hasta ese momento no había hecho más que masturbarse, no esperó. Tomó a Rocío por atrás y con un par de sacudidas le hizo soltar la lata. Reyna quiso imitar la brusquedad de su compañero y la tomó de la mandíbula haciendo tenaza con el índice y el pulgar de una mano. Rocío protestó, dijo que estaba cansada, que así no estaba bueno. “Qué no va a estar”, dijo Reyna, y acercó su boca a la de ella, como para darle un beso. Pero Rocío no quería besos. No quería nada de nada, se había hartado ya de esos cuatro pendejos inútiles. Cuando tuvo la cara de Reyna a pocos centímetros de la suya, hizo un esfuerzo, un esfuerzo último, y le estampó un soberano sopapo en la boca.

Reyna abrió los ojos como los abre cualquiera que recibe una sorpresa semejante: como platos. “Epaaaa”, dijeron sus compañeros, los dos que acababan de satisfacer sus expectativas sobre Bariloche, y el otro, el que sostenía a Rocío por las caderas. El comentario de sus compañeros no le cayó bien. O bien puede que el sopapo le gustara y que le despertara alguna idea medio atravesada. Porque Reyna se tomó un segundo, como para despejarse, y devolvió el sopapo. Lo devolvió una vez con el dorso de una mano, y la siguiente con la palma de esa misma mano; y lo hizo una vez, dos veces, y cada vez le gustaba más y más, y la excitación que sentía era ya una cosa de otro mundo. Rocío parecía un muñeco, la boca entreabierta y las mejillas

coloradas, volviendo la cara hacia un lado y hacia el otro, como dirigiendo los sopapos. Así hasta que Reyna eyaculó.

Rocío no dijo nada. Sus compañeros tampoco. Reyna pasó el resto de la noche acurrucado en la cama de al lado, mirando cómo Rocío y sus compañeros ensayaban diferentes formas sexuales.

Años después, cuando las cosas con una mujer se le ponían difíciles, Reyna apretaba los ojos con fuerza y pensaba sólo en la cara de Rocío, en su boca y en sus mejillas moviéndose hacia un lado y hacia el otro, al ritmo de los sopapos. A veces le servía.

11

Otra vez, respiremos hondo. Estamos hasta acá de problemas y el clima no ayuda. Bendini lo entiende. Por eso es que se seca las lágrimas, las lágrimas que dejó caer sobre los hombros de Leiva, y pone manos a la obra.

—Muy bien —dice, y señala con el mentón hacia los dos cadáveres tendidos en la galería—, acá tenemos al asesino y a la asesinada.

—Pero este tipo es un pobre diablo… —quiere interceder Reyna a favor de Carranza.

—Un asesino —repite Bendini, separando en sílabas la palabra "asesino": a-se-si-no—, y sacá fotos periodista de mierda, que para eso te pagamos.

En realidad, a Reyna no se le paga para eso. Nadie puede decir, ya que hablamos del tema, para qué se le paga. Por otra parte, lo que se le paga no lo paga la policía. Quién lo paga entonces. Porque desde el diario hace ya un mes que se han olvidado de él. Como si se lo hubieran quitado de encima. En todo caso, la pregunta sigue siendo: Qué hace Reyna, qué hace en Laguna Fría hace más de tres meses, por qué no vuelve a Resistencia, si ahí podría vivir más cómodo. En fin.

Lo cierto es que ahí está: hace lugar en su mochila para recostar con delicadeza a su cotorra herida y se pone con las fotos, fotos que saca con su cámara y para la policía.

—Andá y prepará un mate —le ordena Bendini a Leiva. Pero Leiva no se mueve, ni lo mira al comisario, está duro y no deja de mirar, en cambio, el cadáver de Carranza.

—Hoy nomás lo traíamos en el patrullero —dice en un susurro—. Y ahora…

La congoja de Leiva se contagia, de nuevo, a Bendini, que hace un intento por reprimir el llanto. Pero es inútil. Ahora están los dos, Leiva y Bendini, puro sollozo ante los cadáveres. Lloran con espasmos. Gonzaga, que todo el tiempo los estuvo mirando desde un costado, se lanza e intenta sumarse a la aflicción.

—Rajá de acá, hincha pelotas —se lo quita de encima Bendini, que ahora inspira profundo, como si quisiera chupar todo el aire de Laguna Fría, y vuelve a su pose de hombre resuelto. O sea, vuelve a

ser el oficial Bendini.

A Gonzaga el desaire le cae mal. “Que le pida favores a la concha de su madre”, piensa ofendido. Aun así, se mete dentro de la seccional y dispone las cosas como para preparar un mate.

Al que se ve ahora medio atravesado es a Reyna. Lejos del aplomo que mostró por la mañana mientras fotografiaba el cadáver de Sara, el de Carranza —el cadáver de Carranza—, por alguna razón le provoca arcadas. Una arcada, dos arcadas, un intento por retener lo que se viene del estómago hacia la boca, una tercera y feroz arcada, y ya no aguanta más: vomita como un borracho. No lo hace, por suerte, sobre el piso de la galería —cosa que molestaría mucho a Bendini—, sino que tiene el buen tino y el buen reflejo de moverse unos metros y vomitar sobre el piso de tierra: el vómito se esparce como un estallido blanco y sordo. Pura flema.

Los policías ahora se ríen. Aprovechan el malestar de Reyna para liberarse de su extraña congoja ante los cadáveres. Lo que en los funerales viene a ser como el minuto de recreo que se toman los deudos para reírse de cualquier cosa, por más ínfima que sea, antes de volver a llorar y volver al desconsuelo.

Pero Bendini y Leiva ya no vuelven a ese estado. Al menos no esta vez. Cuando Reyna les pide un poco de agua para limpiarse los restos del vómito, se ríen más fuerte, como si no existiera cosa más graciosa en el mundo que un hombre chorreando flema. Aunque admitamos, un poco de gracia tiene el asunto.

Recién con el agua caliente del mate que trae Gonzaga, consigue hacer unas gárgaras, limpiarse la boca y aminorar el feo ardor que siempre dejan las arcadas flemáticas. Y para colmo, suda como chivo.

—Dale periodista —lo apura Bendini—, terminá con las fotos que hay que ir a buscar a los pendejos.

Restablecido, Reyna apunta de nuevo la cámara al cadáver de Carranza. Nadie le indica esta vez qué tipo de fotos sacar, qué partes del cuerpo, qué poses. Así que hace como se le ocurre. Echa una mirada de soslayo a su mochila, donde la cotorra descansa como un enfermo en una habitación de hospital. Para no pensar tanto en Carranza y en el cadáver tan nuevo y ya tan hediondo del changarín, aprovecha el momento y entre una y otra foto piensa posibles nombres para la cotorra.

Los policías ya fueron al baño, ya prepararon otro termo con más agua caliente para un próximo mate, y ya están listos para salir.

—Bueno, está bien ya con las fotos —le dice Bendini a Reyna—, alistate que venís con nosotros.

“Frida, Rosa, Aurora…”, piensa Reyna, hasta que se decide: Coto, ése nombre le gusta. Así se llamará su cotorra.

* * *

Bebo está acostado boca arriba, la cabeza apoyada sobre su ropa, que está hecha un bollo. Igual que la ropa de Luján y la ropa de los tres chicos. Nadie habla, pero al menos Luján —los ojos en blanco y los párpados tembleques—, mantiene un murmullo constante, una especie de mantra cuya intensidad sube y baja.

De la fogata apenas si queda una bruma.

El primero que se incorpora es Luisito, que se queda sentado y mira alrededor. El humo de la fogata lo dejó medio pavote. Se pasa la mano por el cuerpo para secarse el sudor y para desprenderse unas hojas y ramitas que le quedaron pegadas al cuerpo. Mira a sus dos amigos, a Lucas y a Damián, que tienen la vista clavada en algún punto perdido. También Cocó, la gallina, está en reposo a los pies de Bebo.

De repente, a lo lejos, se levanta una polvareda. Luisito se friega los ojos para ver con más claridad. Se asusta, en principio, porque no entiende qué son las dos luces que se asoman desde esa nube de tierra. Parecen los ojos de un monstruo. Pero un instante después ve todo más claro y se tranquiliza: son los faros de un coche. Los faros del patrullero de Laguna Fría, para ser más precisos.

Una vez que frena, del patrullero bajan, al unísono, Bendini, Leiva, Gonzaga y Reyna.

—Qué mierda hicieron acá —más que enojo, lo de Bendini es hastío.

Bebo se incorpora y, tambaleándose, va al encuentro de los policías. Sigue en calzoncillos y una sonrisa gigante le cubre la cara. Los policías se apartan, como si Bebo pudiera pasarles alguna enfermedad.

—Mirá este tipo, jefe —dice Gonzaga—: hay que meterlo en cana y que se cague.

Leiva, mientras tanto, se acuclilla frente a Luisito. Le habla en susurros, como si le hablara a un bebé.

—¿Estás bien? ¿No te duele nada?

Luisito no contesta. Le sonríe nomás.

A un costado, Bebo se agacha para alzar a la gallina y, cuando la tiene en brazos, Bendini se la tira de un golpe. Aun así, la sonrisa de Bebo no desaparece, está como dibujada en su cara.

Leiva, más bien frustrado con la apatía de Luisito, apunta ahora hacia Luján. Intenta alzarlo por los sobacos, pero apenas lo roza el indio arremete con unas convulsiones. Se sacude en el piso, se arquea en toda su flacura, arma un remolino de tierra. Leiva se asusta y da un

paso atrás, entonces Gonzaga acude en su ayuda y ahora sí, entre los dos, consiguen levantar al indio, que de todos modos no deja de sacudirse.

Es tanta la agitación de Luján, que una de sus manos se estampa en la cara de Leiva. Justo en la nariz. Aunque se tapa con las dos manos, Leiva no puede evitar que le brote sangre.

Quizá por fastidio, tal vez por defender a Leiva, o bien por puro acto reflejo, Bendini saca la reglamentaria y dispara. El tiro no sólo que acaba con las convulsiones de Luján, sino que además le deja marcado un punto rojinegro en la frente. El indio cae torcido, como un muñeco destartalado. A unos pocos metros queda Bendini, pistola en mano, para dar fe, para que nadie guarde duda alguna: él siempre ha tenido buena puntería.

Por lo demás, el estruendo del disparo ha hecho que todos se encorven, que por cosa de un segundo parezcan jorobados.

Ahora sí Leiva y Gonzaga pueden levantar el cuerpo de Luján sin mayor problema —uno por los sobacos, el otro por las piernas— y llevarlo hasta el patrullero.

—A ver mi Reyna —grita Bendini—: ayudá en algo y abrí el baúl.

Pero Reyna está aturdido. El disparo repentino, el cuerpo de Luján desplomándose como un muñeco, no le permiten reaccionar de inmediato. Bendini tiene que repetir la orden.

—Dale periodista, la gran puta.

Una vez se cerciora de que Reyna le haga caso y abra el bendito baúl, Bendini se vuelve hacia Bebo y le dice que se mueva. Le molesta, entre tantas cosas que le molestan, ver que Bebo está otra vez con la gallina en brazos, acariciándole la cabeza.

“Es al pedo”, piensa Bendini y opta por el camino más fácil: se acerca a Luisito, imposta una sonrisa, como para que el chico no se asuste, y lo alza. Luisito no parece asustado: se abraza al policía con fuerza, con brazos y piernas. A Bendini le gusta sentir que el chico le tiene confianza, que en cierto modo se siente seguro con él.

Gonzaga, que junto a Leiva acaba de meter el cuerpo de Luján en el baúl del patrullero, le pregunta a Bendini qué más hay que hacer, si hace falta que busquen a los otros chicos. Como Bendini no le contesta, da por sentado que sí.

—Vamos —le dice a Leiva—: hay que traer a los pendejos.

Menos Reyna, que está quieto junto al patrullero, al rato están todos con un chico —o con una gallina, en el caso de Bebo— en brazos. Reyna siente que está de más, que ayuda muy poco. Bendini se lo corrobora:

—Periodista la concha de tu madre: molestás nomás.

Como pueden, van subiendo al patrullero. Por un momento Reyna

teme que lo dejen ahí, pero una vez se han acomodado todos, Leiva le hace un lugar en el asiento de atrás. Bendini arranca y Bebo larga un sapucai que hace que el auto parezca aún más lleno de gente y también más tumultuoso.

XII

¡Ah, la poesía!
Tan díscola, tan subversiva.
Qué sería de nosotros
sin poesía.
Tan ingenua, tan idiota.
La poesía…

Eso había escrito Reyna; hasta esa mañana, esos versos era lo único que había podido garabatear en un mes viviendo en Laguna Fría. Un asco, pensaba. De todos modos se lo iba a leer a Bebo.

Iban a dar inicio al taller literario. Un par de horas antes de que Bebo llegara, Reyna había advertido lo absurdo del asunto. Para empezar, no tenía libros a mano; para seguir, era muy poco lo que él mismo había leído; y para terminar, era un poeta muy malo. Se lo habían hecho saber en unos cuantos talleres literarios. Siempre le decían que, antes de ponerse a escribir, había que leer un poco.

Pero ahora, con Bebo, había quinientos pesos de por medio. Tenía tres o cuatro consignas que recordaba de los talleres, consignas que no podían fallar. Podía usarlas para romper el hielo, y después improvisar. Lo mejor era preguntarle al interesado —Bebo en este caso — qué poesía le gustaba. Por lo general, en esos casos la gente se largaba a dar nombres de autores, a lo sumo alguno decía "me gustan los poemas que hablan de amor" o "los poemas que hablan de la vida". Pero Bebo lo confundió:

—Me gustan las chacareras —le dijo.

—Eso no es poesía —respondió Reyna, más por acto reflejo que por convicción.

—Y qué cosa es…

Entonces Reyna no supo qué decir. Salió del paso agradeciéndole a su alumno el buen gesto de llevar torta parrilla.

—Con mate queda riquísimo —aseguró Bebo.

—Preparemos mate entonces.

Sin embargo, Reyna no podía entender que con semejante calor la

gente se empeñara en tomar tanto mate. Desde que estaba en Laguna Fría nadie le había convidado algo fresco, ni siquiera tereré. Siempre mate.

—Pero no tengo porongo —dijo, después de poner el agua al fuego. Le apenaba gastar su reserva de agua mineral en cosas que no le gustaban.

—Yo traje porongo, y también traje yerba. Me imaginé que no ibas a tener. Y de paso ya te los dejo, la yerba y el porongo, así nos queda acá para las próximas clases.

Reyna le sonrió, pero con una sonrisa amarga. De verdad, no quería tomar mate. Para cambiar de tema, le preguntó a Bebo por los dos ambientalistas, si los conocía.

—Unos pelotudos. Creen que pueden venir acá y hacerse los dueños de todo.

—Está bien, pero el tema es saber qué les pasó…

—Qué me importa, los indios se los habrán cogido.

Mientras daba la primera chupada a la bombilla —una chupada cuidadosa, por cierto, no quería quemarse con el agua caliente—, fue que se le ocurrió retrucar a Bebo:

—Y para vos —le preguntó— qué es la poesía.

—Bue… —fue lo único que obtuvo como respuesta, pero un "Bue" que fue acompañado por gestos (ojos en blanco, manos y brazos abiertos como si esperaran un abrazo) con los que, tal vez, intuía Reyna, Bebo le estaba diciendo que la poesía lo era todo.

—Sí, está bien, pero si me lo tuvieras que definir con palabras…

—Hay cosas para las que no hacen falta palabras.

Reyna se sintió frustrado, pero insistió:

—Hacé un intento, dale…

Bebo cerró los ojos con fuerza, cosa de hacer evidente su empeño, y tras pasar un par de segundos así —segundos que Reyna aprovechó para mirar a su alumno con cara de asco—, empezó a decir:

—Para mí, la poesía es aquello que está dentro de uno…

—Uf —lo interrumpió Reyna—, eso es muy trillado.

—…Dejame seguir… te decía: la poesía es el color del cielo a la tarde, es el agua, es un vaso de agua bien fría… no, un vaso no, es un bidón de agua bien fría, y es la cara de mi mamá el día que se murió, y es las lágrimas de mi papá llorando por mi mamá… y es la concha de su madre. ¡Qué mierda sé yo! Se supone que te pago para que vos me digas qué mierda son las cosas.

Bebo, de repente, estaba a punto de llorar.

—No viejo, pará —quiso calmarlo Reyna—, es un recurso nomás, como para que entremos en tema.

—Un recurso de mierda, decime a ver por qué puta no podemos

escribir chacareras.

Reyna no contestó. Qué podía saber de chacareras, qué podía saber, incluso, de poesía.

* * *

¿Estaba Reyna enamorado de Sara? Eso ni por asomo. Apenas sentía por ella lo que podríamos llamar, gratitud. Inmensa gratitud, si quieren verlo así… Quizá un poco más adelante podríamos volver a hablar, pero ahora, cuando se imaginó caminando con Sara por las calles de Resistencia, de la mano, Reyna hizo a un lado la idea de llevársela con él. Le dio vergüenza: qué podían pensar sus conocidos al verlo con una mujer así. Eran personas distintas, Sara y él. Laguna Fría era lo único que los unía. Además, la misma Sara le marcó ciertos impedimentos:

—A mí no me conviene salir de acá —le dijo, refiriéndose no sólo a Laguna Fría, sino más bien a El Cerquito.

Así se percató Reyna de que nunca había visto a Sara fuera de ese tugurio, ni siquiera dando vueltas por el pueblo.

—¿Y te pasás todo el día acá adentro? —le preguntó, medio asombrado.

—Y si es más horrible este pueblo… acá por lo menos tienen aire…

En eso tenía razón Sara. Para qué podía uno querer salir, si afuera en la calle —aunque "calle" era un término que a Laguna Fría le quedaba un poco grande— no se podía respirar.

En El Cerquito había aire y también estaba Sara. Una hora cada noche con Sara, a veces dos horas y, de ser posible, dos y media. Qué más pedir. Que la cosa funcione, claro. Y Sara consiguió que funcione, después de muchas noches de pasar el rato acurrucados, durmiendo cucharita.

"Es cuestión de no pensar", pensaba Reyna. "Dejarse ir, ponerse en blanco. Pensar, a lo sumo, en el trabajo. En esos dos ambientalistas que están perdidos por ahí. Dónde. En el monte. Cogidos por los indios. Empalados por los indios. Comidos por los cazadores o por los monos tití. Si tanto les gustan los monos, se habrán quedado a vivir con los monos. Y con Müller, el alemán… sí, sí, todos putos…"

Y cuando quiso acordarse, tenía el pene duro, como sólo conseguía tenerlo por las mañanas, cuando despertaba. Su única erección diaria, la matinal, una erección que le daba ganas de correr en busca de una mujer, de cualquiera, para mostrarle no sólo a las mujeres sino ya al mundo entero, que podía, que todavía podía.

Pero a excepción de Sara, que pasaba la vida dentro de El Cerquito, yendo de la cama al comedor, del comedor a la barra, de la

barra otra vez a una habitación, y, a lo sumo, de la habitación al baño, y no muchas opciones más, Reyna no tenía mujeres cerca. Y puestos a ser realistas, no hay muchas mujeres dispuestas a celebrar, porque sí, una erección matinal.

Igualmente, Sara lo fue ablandando —aunque si se nos permite el chiste, sería más correcto decir que lo fue "endureciendo"— sin que él se diera cuenta.

Reyna lloró de alegría, y lloró aún más la primera vez que acabó. Lloró mirando el enchastre de semen que había dejado impregnado a las sábanas. Tanto fue lo que lloró, que a Sara no le quedó más remedio que unirse al llanto.

Lloraron con espasmos, cada uno por su lado. Reyna, con la cara vuelta hacia la pared húmeda de la habitación; Sara, mirando el techo, ese techo de chapa tan feo, un techo que para ella era el cielo, un techo estreñido por efecto del sol, un techo a punto de pudrirse.

13

No se confundan. No es otra mala —ni siquiera otra buena— película de asesinos. Son Leiva y Gonzaga que no pueden sacar el cadáver de Luján. Fue una mala idea la de meterlo en el baúl del patrullero. No contaron con el enchastre de sangre. Y menos contaron con el olor.

—Y ahora que el hijo de puta está muerto es peor —dice Gonzaga, haciendo barbijo con una mano sobre boca y nariz.

—A mí me da lástima —dice, en cambio, Leiva.

—¿Lástima…?

—Y sí… a quién jode este viejo. Miralo: todo flaco y doblado ahí.

—Eh… pero mirá también cómo te dejó la nariz.

—Bueno, pero eso porque nosotros le jodimos a él.

—Es un indio puto, qué es eso de andar desnudo con los pendejos.

—No…

—No qué… putísimo. Indio putísimo.

—Vos pensás mal de todo el mundo. Pero eso es porque vos tenés un problema…

—Qué problema… los putos tienen problema. Miralo a este y miralo al puto del Bebo. En el quilombo que se mete ahora por andar con pendejos y con indios putos. Igual de puto que el periodista.

—Bue… ya estás mezclando todo… el periodista es un nabo…

—Otro puto es. Vos porque no viste las fotos que tiene en la cámara…

—Sí vi.

—No viste. El hijo de puta tiene fotos de todo el mundo. Tiene fotos de nosotros que vos ni sabés que te estuvo sacando.

—Qué fotos tiene…

—Fotos… de vos, de mí, del jefe. Y tiene fotos de la putita ésa… para mí que el periodista puto la hizo cagar.

—Bue, ¿y le dijiste ya al jefe?

—No… con todo el quilombo que hay… que hay que hacer esto, que hay que ir a buscar esto otro… y ahora este indio putazo.

Gonzaga toma aire y se sumerge en el baúl del patrullero. Agarra a Luján por las pantorrillas y, tras tironear un poco, le deja las piernas

colgando fuera del auto. Después pega un salto hacia atrás, a la vez que larga todo el aire que tuvo contenido.

—Qué asco, esto no se puede hacer sin guantes.

—¿Por qué decís vos que tienen tanta baranda?

—¿Los indios? Por sucios, por qué va ser.

—Para mí tiene que ver con algo de la religión.

—No se bañan por religión, lo tienen prohibido los hijos de puta.

—No… yo creo que se deben pasar algo por el cuerpo. Tipo protección.

—Una crema…

—Ponele…

—Pero una crema de mierda.

Gonzaga se friega las manos y vuelve sobre el baúl. Quiere mover el cadáver, pero no se decide, no sabe por dónde agarrar.

—Ayudame un poco…

—Tendrías que haber sacado primero este lado y después recién ir por las piernas.

—Aha, y me quedaba toda esta otra parte del cuerpo, que es el doble de grande, colgando afuera.

—No, porque ahí ya iba a estar yo para agarrar el otro lado.

—Qué puta vas a estar, si no me estás ayudando ahora. Dale…

—Habría que dedicarle unas palabras —a medida que va arrimándose al baúl, Leiva pronuncia con más dificultad, como si le costara mantener la respiración—, igual que a Carranza y que a la minita.

—Pero con este es distinto. Por lo de la religión.

Leiva tirando de un brazo y Gonzaga alzándolo desde la base del cráneo, levantan el cadáver hasta dejarlo sentado en el baúl, con las piernas que siguen colgando hacia afuera. Desde la frente de Luján empieza a caer un hilito de sangre, un hilito entre rojo y borravino.

—Agarrá bien, que se me cae —dice Gonzaga.

—Parece un borracho.

—Y si vivía en pedo.

—Vamos a recostarlo acá y vos andá a buscar un balde y agua para darle una trapeada al baúl.

—Al final hago todo yo nomás.

Los policías vuelcan el cadáver, Gonzaga metiéndole sus antebrazos por debajo de los sobacos y Leiva sosteniéndolo por las pantorrillas. Lo sacan por fin del baúl y lo recuestan a un costado, sobre un montículo de pasto. Ahora tienen, Gonzaga y Leiva, las manos y los brazos cubiertos de sangre.

—Si agarré de las patas casi —dice Leiva—, de dónde toqué tanta

sangre.

—Ya está, no me jodas más —Gonzaga se da vuelta y se mete en la seccional a buscar balde y trapos. Leiva aprovecha que su compañero se va y, mirando el cuerpo de Luján, empieza:

—Padre Nuestro que estás en los cielos…

A medida que avanza en la oración, pispea, mira de reojo. No quiere que Gonzaga lo agarre *in fraganti*.

* * *

Los animales no entienden de respeto hacia los muertos. De otro modo no se explica que Cocó, la gallina, dé vueltas e incluso se atreva a lanzar picotazos alrededor de los cuerpos de Sara y del changarín Carranza.

—¿Qué le tengo que decir yo a tu viejo? —le reprocha Bendini a Bebo.

Pero Bebo todavía se siente mareado, no está para sermones.

—Agradecé que te encontré yo…

Los tres chicos están dormidos, despanzurrados en un rincón. Los policías tuvieron el detalle de taparlos con unas mantas. De todos modos, el calor en el ambiente lleva a pensar que mejor hubiese sido que los dejaran al descubierto, acostados en el suelo, que estará siempre un poco más fresco.

—Sos pelotudo Bebo… —sigue Bendini—…pelotudo grande.

En la cara de Bebo, que está recostado contra una pared, empieza a dibujarse lentamente una sonrisa.

—Cuántas cagadas ya en tan poco tiempo… —le dice Bendini—. Mirate: todo drogado.

—No, no —balbucea Bebo—. Drogado no…

Después toma aire y se larga a hablar con más ímpetu:

—Limpio estoy. Limpio como esos tres que están ahí tirados. A vos te vendría bien una limpieza Bendini. Pero ahora te jodiste. ¿Y sabés por qué? Porque me lo hiciste cagar al pobre Luján. Al único que te podía limpiar.

—Drogadicto y puto —le retruca Bendini—: pobre tu padre.

—Puto pero limpio. A vos se te ve la mierda hasta en las orejas.

Bendini amaga tirarle una piña y Bebo cierra los ojos, como si quisiera atajarse con los párpados.

—Ves que sos mariquita —le dice Bendini. Después enfila hacia donde están los chicos. Se agacha y los mira de cerca. Tres cuerpos ínfimos, frágiles como un yuyo, pegaditos entre sí. Bendini los recorre con la mirada en una especie de paneo. Desde ahí, acuclillado y sin

dejar de mirarlos, le grita a Bebo:

—¿Y los manoseaste también, che Bebo?

La sonrisa con que Bendini acababa de cubrirse la cara —una sonrisa de tipo sobrador, de tipo que tiene todo bajo control— se desmorona cuando gira apenas la cabeza, y sus ojos —que hasta esa milésima de segundo acompañaban la sonrisa con un brillito pícaro— se encuentran con Bebo, que de pronto está parado ahí, a centímetros de su cara, de la cara de Bendini. Y para colmo sigue en calzoncillos, Bebo.

—Ey, la gran puta —es lo único que le sale decir al policía. Se acaba de pegar un susto grande.

—Ahí tenés vos quién es el puto —Bebo no mira al policía cuando habla. Mira a los chicos:

—Estos están mejor que cualquiera. Habría que ir levantándolos.

Bendini se aparta con disimulo. Le molesta Bebo. Le provoca desconfianza. Igual que esa gallina de mierda, piensa, por qué puta hay que meter una gallina en la seccional.

Cocó, que sigue dando vueltas alrededor de los muertos, parece leerle el pensamiento e interrumpe un cacareo para clavarle su mirada de gallina enferma. Bendini se estremece y vuelve sobre los chicos dormidos:

—Sí —dice—, ahora los levanto.

XIV

La amiga de Sara se llama Miriam. Reyna la conoció, por supuesto, en El Cerquito. Fea, pensó, dándole dos besos: uno por mejilla. Tampoco le gustó su olor: como olor a flores podridas. Para colmo la conoció tomando mate, con lo que el aliento de Miriam se sentía caliente y rancio.

Sara pensó que ella y Miriam podían tomarse una noche, a lo sumo un par de horas, de respiro. Aprovechar la docilidad de Reyna y tenerlo ahí, en la pieza, como se tiene a un marido: quieto y en silencio. Por eso preparó mate y llamó a Miriam para que se les uniera.

—Y este es medio como tu novio ya —fue lo primero que dijo Miriam, acomodándose en un banquito y sin preocuparse por la presencia de Reyna. Sara le pasó el mate y llevó la charla para otro lado:

—Hoy está feo. Para no hacer nada está.

—Un calor hace… —contestó la otra.

Sara movió la cabeza asintiendo, al tiempo que fijaba la vista en una cucaracha muy gorda que parecía dormir en un rincón. Más que un insecto, la cucaracha era un adorno, un elemento más de El Cerquito. Desde la cama, Sara levantó lentamente una sandalia y midió con los ojos entrecerrados, pero justo cuando se decidió al lanzamiento, la cucaracha salió de su letargo y se escabulló entre un desorden de ropa tirado en otro rincón. La sandalia quedó como un zapato viejo, estampada contra la pared.

—Lleno de animales está este lugar poronga —dijo Miriam—. Ayer el agua tenía gusto y era por una cotorra que se fue a morir en el tanque.

—¿Una cotorra? —preguntó Reyna—, ¿tipo un loro?

Antes de contestarle, Miriam se dirigió a Sara:

—Ah —dijo—, también habla.

Después sí, le confirmó a Reyna que una cotorra sedienta había caído al tanque y que, bueno, no había podido salir.

—Andá saber la cantidad de agua podrida que tomamos por culpa de ese bicho hediondo —dijo.

—A mí me gustan las cotorras, da para tenerlas de mascotas —fue la opinión de Reyna.

Entonces Miriam se lanzó a marcar las contras: dijo que las cotorras son animales sucios, que hay que cuidarlas mucho, que se hacen plaga muy fácil y que, al fin y al cabo, para mascota mejor un perro.

—Los perros te sirven para todo —aseguró—, cuando yo era chica y vivía en el campo teníamos montón de perros.

Reyna intentó imponer otro argumento: "Perro tiene todo el mundo…", pero no pudo continuar porque Miriam elevó el tono de voz para contarles la historia de la India, una perra que había tenido en su infancia.

—Era más la perra de mis hermanos —dijo—, que la llevaban siempre a cazar vizcachas.

Y con el mate en la mano, entre chupada y chupada, les explicó a Sara y a Reyna cómo se caza una vizcacha:

—La vizcacha —dijo—, hace muchos agujeros, muchos pozos en el piso, y el perro, o la perra, tiene que ir y hundir el hocico en el agujero —para graficar la explicación, Miriam se llevaba las manos abiertas a la altura de las orejas y hacía luego una especie de cabeceo, como si sus manos representaran un umbral en el que su cabeza se hundía—, ahí la vizcacha se espanta y entonces quiere salir por otro agujero. Y ahí tenés que estar vos, con un palo suponete, y pegarle justo a la vizcacha apenas se asoma.

A Reyna le pareció un procedimiento demasiado sencillo:

—Una huevada cazar vizcachas —dijo.

Miriam no le llevó el apunte. Lo que ella quería contar era lo que sus hermanos, que se llamaban Lucio y Nerón, hacían con la India, la perra:

—Mis hermanos eran pendejos, viste, entonces mandaban a la perra que metiera la cabeza en el agujero y como el culo del animal quedaba para arriba los guachos la agarraban y la ensartaban por atrás.

Reyna se sonrojó con la historia, además de vergüenza le dio impresión. Quiso disimular hablándole a Miriam del nombre de su hermano: "Nerón, como el que incendió Roma". Sara, en cambio, había escuchado muchas veces la historia de la India, y dijo lo que acostumbraba decir cada vez: "Pobre perra".

—No, qué pobre —la corrigió Miriam—: era la preferida de mis hermanos, la que más comía. Contenta andaba.

Después repitió aquello de que los perros, como mascotas, sirven para todo.

—Así aprendieron mis hermanos a coger, con la India. No

perdonaban a nadie los guachos.

Alguien, de repente, pegó un grito desde afuera y Miriam se levantó con urgencia, como si le hubieran dado un susto.

—Me voy a trabajar nomás —dijo—, si quieren mañana seguimos.

Reyna la saludó como con admiración. Ahora la veía de otra manera, casi que Miriam le gustaba.

—La puta —se quejó Sara—, esta guacha se llevó el mate. No lo devuelve más.

* * *

Lo de las fotos fue la noche siguiente, cuando Miriam se metió en la pieza de Sara para devolver el mate. Reyna estaba feliz, con Sara hundida en su entrepierna. Tan feliz, que ni siquiera le preocupó que Miriam entrara así, de sopetón.

—Acá te dejo esto —le dijo a Sara.

Sara se incorporó sonriendo y le hizo señas para que se acercara a la cama. Cuando la tuvo a tiro le estampó un beso en la boca.

—Pará, sucia —dijo Miriam, pero el beso le gustó, así que se quedó inmóvil, como esperando que Sara hiciera otra cosa.

Por primera vez en Laguna Fría, Reyna sintió que estaba ante mujeres bellas. Les pidió que se besaran otra vez:

—Y nos sacamos fotos —propuso.

Sara y Miriam no se hicieron esperar: Miriam trepó a la cama y Sara se le puso enfrente. Las dos de rodillas y a los besos. Reyna, mientras tanto, les sacaba fotos como si fuera un fotógrafo artístico.

Pero entonces recordó, una vez más, a Olga. Ella, su mujer, le había enseñado lo de las fotos. Sintió primero el ardor estomacal de siempre y después ya no pudo retener la erección. Ya no había nada divertido en Sara y Miriam besándose arriba de la cama. Reprimió un sollozo y se sentó a un costado. Trató de pensar en otra cosa. En Ibáñez, el intendente. Esa misma tarde habían hablado.

—No me jodás más con la Fundación, mi Reyna, por favor… —le había dicho el intendente. Y aunque Reyna buscó la manera de no alejar la charla del tema, acabó escuchando lo que Ibáñez quiso contarle. El intendente habló, con pena, de su viudez:

—Sabés hace cuánto que no cojo… —dijo.

Su mujer había muerto por tomar agua podrida. Algo funcionaba mal en las cañerías de la casa, había menos agua que de costumbre. El bañito del fondo, que a través de un motor chupaba el agua de la mísera red local, era el único lugar donde las cosas funcionaban. Ibáñez se había propuesto solucionar la cuestión, y sin recurrir a nadie. Apenas si dejó que un par de indios le dieran una mano. “El

intendente tiene que dar el ejemplo", se dijo.

Rompió los pisos del baño y del patio hasta la cocina, y conectó entre sí caños dispersos, caños muy viejos; algunos, sucios de hongos, los cambió por otros nuevos que se hizo traer desde Resistencia (aprendió, de paso, que los caños eran de algo llamado polipropileno, un aprendizaje que lo hizo sentirse un sabio). También agregó otro motor, otra pequeña ilegalidad por la cual nadie iba a decirle nada. Aun así se preocupó y construyó una casilla que cubriera no sólo el motor, sino el ruido que el motor hacía.

Fue un trabajo duro, más aún para un hombre que, en cierto modo, improvisaba en el tema. Cuando la canilla de la cocina y, sobre todo, la de la ducha, empezaron a ofrecer las primeras gotas, Ibáñez sintió que era capaz de cualquier cosa. Hasta pensó en hacer extensiva esa solución a todo Laguna Fría ("Motores, así de fácil", se decía).

Su mujer también estaba contenta. Se permitía pequeños derroches: un aspersor que aplacara la tierra del jardín, dos sesiones de enjuague al lavar la ropa, baldeo de la vereda… La vida, con agua, se le hacía más llevadera.

El único tema era que el agua tenía gusto y cierta turbidez. Se lo comentó a su marido, pero Ibáñez estaba muy entusiasmado con su éxito. "Todo a su tiempo", le respondió. Se había juntado con un grupo de ingenieros para hablarles de su caso, de los motores y del polipropileno, al que nombraba por sus siglas: PPM, como le dicen los expertos. Había, también, averiguado sobre los distintos tipos de tuberías, se puso al tanto de los precios y hasta pidió audiencia con el gobernador de la provincia. Por primera vez Ibáñez sentía que trabajaba de intendente.

Pero entonces su mujer se descompuso. Empezó con mareos y náuseas —un embarazo, arriesgó la pobre, un hermanito para Bebo—, hasta que la diarrea la dejó flaca y de una tonalidad verdusca. En medio de una comida, algún encuentro que Ibáñez consideraba importante, la asaltaban retortijones y no tenía reparos en agarrarse la panza y empezar a gritar como una loca.

Para cuando asumieron la gravedad del asunto, la mujer ya no tenía retorno. Deliraba en medio de su cagadera, daba gracias al cielo porque, pensaba, aunque ella no estuviera, su hijo Bebo viviría en un pueblo con agua. Seguía creyendo, también, que lo suyo era un embarazo: "Pensá nombres para tu hijo", le dijo a Ibáñez.

Pero Ibáñez ya no pensaba en nada. La euforia se había apaciguado. Más aún cuando trajo a un plomero de Sáenz Peña para que revisara las conexiones que él mismo había hecho. "Pura mierda", le dijo el plomero, "tiene que mandar en cana al que hizo esto": le mostraba, el plomero, rajaduras en los caños —los caños del bañito y los de polipropileno— con sus filtraciones y socavaciones. El motor

para el agua chupaba y mezclaba todo: inmundicias y agua.

A Ibáñez no le dieron el ánimo ni la cara para asumir la culpa. “Estos indios brutos”, dijo. El agua se unía en algún punto con las inmundicias del baño y esa mezcla era lo que uno bebía, lo que uno usaba para lavarse, lo que usaba para la vida.

Su mujer, entusiasmada, había hecho a un lado el agua del dispenser y se había entregado a beber el agua de la canilla, que aun turbia y olorosa le había abierto una especie de nueva vida.

Y de pronto la mujer agonizaba. A Ibáñez —así se lo contó a Reyna aquella tarde—, no le quedó ni siquiera el consuelo de ahorrarle a Bebo esa imagen de su madre. “La tuvo que ver así, pobrecito, toda podrida”, dijo. Después mostró su congoja con un llanto de los que Reyna ya le conocía pero que aún así no dejaban de incomodarlo.

—Hace doce años fue eso —dijo el intendente—: todo ese tiempo sin coger.

Ahora, en El Cerquito, Reyna miraba el techo de chapa como sometiéndolo a una inspección; en la cama, Sara y Miriam seguían enredadas, diciéndose cosas que ni siquiera ellas alcanzaban a entender.

15

—¡Qué linda foto! —dice Bebo.

Gonzaga está pasando en la computadora las fotos que había en la cámara de Reyna. La que le gustó a Bebo es una en la que está junto a su padre, durante un asado que habían hecho en honor a Reyna. Para celebrar los talleres literarios que Reyna impartía. En la foto Ibáñez está sentado, levantando los brazos y con los dedos en V. Tiene la cara rozagante y los ojos brillosos por el vino. Bebo está de pie, detrás suyo, cruzándole los brazos por sobre los hombros y dándole a su padre un beso en la mejilla.

Los policías no dicen nada. La foto les provoca ganas de hacer chistes, pero se cuidan de hacer alguno.

—Pero miren estas otras —dice Gonzaga—, acá está la minita. Por eso digo que el periodista la habrá hecho cagar.

Sin embargo, mientras las fotos de Sara desnuda van pasando lentamente, una tras otra, nadie sigue el comentario de Gonzaga. Más que atentos, los policías están absorbidos por las imágenes. De hecho, una vez que se acaban las fotos de Sara, siguen prendados de las secuencias siguientes: el pueblo, su paisaje, las caras conocidas. Y de pronto aparecen ellos, Bendini, Leiva y Gonzaga.

—Mirá jefe —Gonzaga señala el monitor de la computadora con una indignación exagerada—, el puto nos estuvo espiando todo este tiempo.

Al decir "puto", el policía mira involuntariamente a Bebo, como pidiendo perdón. Bebo sonríe y le guiña un ojo.

—Ésa me gusta —dice Bendini. En la foto que señala está junto a Leiva, saliendo los dos de la seccional. Uno, Leiva, mira hacia un costado —el izquierdo—, y el otro, Bendini, mira hacia el frente, como si ambos estuvieran en busca de algo. Lo que le gusta a Bendini son las caras, esas expresiones de hombres de armas tomar.

—Qué decís Leiva —insiste Bendini—, hay que hacer algo con esa foto ¿eh?

—Un cuadrito puede ser —propone Leiva.

—Un cuadrito, sí, pero también cuadros grandes, como que las paredes de este lugar están vacías —Bendini mira alrededor, las

paredes sucias, pintadas de un celeste grisáceo: un espacio sofocante. Mira, Bendini, como miran esas mujeres que proyectan cambios en la casa.

Gonzaga se exaspera ante la dispersión de sus compañeros y retrocede las fotos hasta dar con las de Sara. Señala al monitor con insistencia, como para que los demás vuelvan su atención a lo que de verdad importa. Pero qué es, en verdad lo que importa, quién es capaz de saber tal cosa. Porque es bien cierto: las paredes de la seccional están vacías, horribles, deprimen, y hacer algo por el bien de esas paredes resulta apremiante. Para Bendini, en este momento, esas paredes, embellecer esas paredes, es el trámite más urgente. Si hasta piensa en eso y nada más que en eso: "Habría que pintar un poco. ¡Cómo falta vida en este lugar!".

Entonces Gonzaga ensaya otro intento por llamar la atención:

—¿Lo vamos a buscar al periodista o qué? —pregunta.

—Eh, qué amargo —es Bebo quien hace este último comentario, Bebo metido entre los policías, como uno más, en calzoncillos y con Cocó anidada sobre uno de sus brazos, mientras con la mano libre acaricia el plumaje de la gallina.

—El periodista no jode a nadie —agrega—, y saca buenas fotos parece.

Comoquiera que sea, cada uno en esa seccional, ya sea con paredes, periodistas o gallinas, está perdido en sus propias cavilaciones. Afuera, en la calle —pero una vez más, ¿podemos llamar "calle" a ese desierto que se aprecia fuera de las casas en Laguna Fría? — el viento se levanta y levanta con él una polvareda infernal.

Cúbranse, cubrámonos todos, entremos a las casas, que este viento lo ensucia todo a su paso y después ya no quedarán ganas de seguir.

* * *

Pero Reyna no se cubre. Él sigue su camino a pie, como si no pasara nada, con las mismas zapatillas maltrechas con que llegó a Laguna Fría tres meses atrás. Tres meses. Muchas cosas pueden pasar en tres meses. O puede que no pase nada. ¿Y ahora? ¿Pasa algo o simplemente no pasa nada? Qué importa, Reyna está ahí. Lo único nuevo que tiene encima es esa cotorrita herida, Coto. La lleva en la mochila. Espera que se pueda, más temprano que tarde, curarle el ala, cosa que el ave recupere su capacidad de vuelo; o al menos que pueda llevar una vida plácida dentro de una jaulita bien acondicionada.

Pero mírenlo ahora, se está metiendo a El Cerquito. Tipo imprudente Reyna. Y claro, está buscando a Miriam, quiere que Miriam le diga algo sobre Sara, que le tire algún dato sobre esa muerte

tan violenta y tan rara.

Pero siendo las 16 horas con 12 minutos no hay gente con ganas de atender, y mucho menos de abrir, las puertas de El Cerquito. De día, el inmenso galpón-tinglado que hace las veces de cabaret resulta un lugar desolado. Reyna lo rodea golpeando la puerta del frente, la del fondo, y golpeando también las ventanas laterales. Son aberturas de chapa, que hierven a esa hora a causa del sol. Reyna acompaña los golpes con silbidos y también con llamados tímidos que, viendo las cosas con una mínima atención, nadie podría escuchar. Esos llamados suenan como susurros, y dicen, por ejemplo: "Miriam… Miriam… Hola, ¿hay alguien por ahí?".

Van a pasar sus buenos minutos hasta que alguien se asome a una de las puertas y le pregunte a Reyna qué quiere, y le diga, también, que hoy se abre más tarde, o que capaz que no se abre. El hombre que pronunciará esas palabras es un urso de cara rosada y de rasgos aindiados, algo así como un indio toba alemán. Reyna lo conoce, el toba alemán es el responsable de los gritos y bramidos que supo escuchar en estos tres meses en sus merodeos o, si prefieren, en sus andanzas por El Cerquito. No sabría decir, Reyna, cómo es el nombre de este tipo; nunca se lo entendió a Sara las veces que ella lo pronunciaba, pero si alguien lo obligara a decir cómo se llama este hombre, este toba alemanoide (o este alemán toboide), Reyna diría, bajito, cosa de que no se perciba muy del todo su ignorancia, que el hombre se llama Hank. O "Janc" en todo caso. "Es un buen tipo", le decía Sara, "te cuida y te da consejos".

Ahora, con Hank apenas asomándose a una puerta, Reyna trata de hacer en su cabeza la imagen de un hombre bueno. Pero Hank no ayuda:

—Qué tal —dice Reyna, tímido y miedoso, insoportablemente miedoso—: yo casi todas las noches ando por acá…

—…

—Esteee… suelo estar con Sara…

—…

—…Sara, la chica de Alberdi.

—No está más acá —la voz de Hank, descubre Reyna, cuando suena en esa especie de medio tono, puede parecer una voz amable. Hasta la voz de un posible hombre bueno.

—Claro, ya sé que no está —responde Reyna—: pero la buscaba a Miriam, la amiga.

—Y para qué pregunta por la otra si está buscando a la amiga.

Reyna titubea. Piensa que para qué fue a nombrar a Sara, que el nombre de Sara es un nombre que, ahora, conviene no decir.

—A ver, entre —le ordena Hank.

Entrar no entrar, Reyna da un paso hacia delante y otro hacia atrás, uno diría que juega con fuego al poner tan a prueba la paciencia del toba alemanoide.

—Dale chamigo, entrá —lo apura Hank— no ves que se llena todo de tierra acá.

Y tiene razón el hombre: el viento ya se ha vuelto una cosa por demás molesta, una asquerosidad. La tierra, el polvo, aprecien ustedes, ya ni mantener los párpados arriba se puede.

Reyna se permite una última vacilación, podría decirse que un último acto de coquetería —o de histeria ya—, hasta quedar a tiro de Hank, que de un manotazo lo mete dentro de El Cerquito y da por concluido tanto circo.

XVI

Finalmente, Bebo escribió una chacarera. Si era una chacarera buena o mala, Reyna no tenía modo de saberlo. Nunca había prestado atención a la letra de las canciones folclóricas. Así fuesen chacareras o chamamés o zambas: todas le molestaban. Lo deprimían. Sin embargo tuvo que comportarse amablemente y escuchar.

Bebo llegó al departamento con una guitarra y contento como nunca.

—No sé tocar —aclaró—, pero me acompaño dando golpes en la caja.

También le advirtió a Reyna que la letra no estaba completa, que le faltaba trabajar un par de estrofas.

—Pero estoy ansioso por mostrarte.

Después Bebo tomó aire y, antes de soltarlo, le mostró a Reyna una sonrisa un tanto infantil. Y por fin cantó:

Mi pueblo es un silencio que por las noches se siente
Mis cicatrices son formas de un alma doliente
Mi pueblo y mi cicatriz son mi manera de sentir.
Hay que saber mirar para encontrar la belleza
Aquí donde yo nací eso se llama proeza
Mis ojos ven más allá y más allá quiero llegar.

Llegado a ese punto, Bebo se detuvo. Le había pegado a la guitarra con tanta fuerza, que el ruido había tapado algunas palabras, con lo que Reyna no alcanzó a descifrar del todo la chacarera.

—¿Te gustó o qué? —le preguntó Bebo.

—Es cortita —atinó a responder.

—Ya te dije que no está completa.

—Cantala de vuelta, a ver.

Bebo volvió a entonar las dos estrofas. Esta vez con un poco menos de enjundia, lo que le permitió a Reyna captar y entender toda la letra. No le pareció tan mala, en verdad estaba sorprendido.

—Se la dedicaste a Laguna Fría ¿nocierto?

—Y a mi novia no se la voy a dedicar…

—Y no, claro…

Después se quedaron en silencio, Bebo tamborileando sobre la caja de la guitarra y Reyna esforzándose en encontrar algo más que decir. Sabía desde un principio que ese momento podía llegar, sabía que para llevar adelante un taller literario —así ese taller estuviera dedicado a una sola persona— no podía uno quedarse sin palabras.

Entonces habló Bebo:

—Me tenés que ayudar a completar las estrofas que faltan.

—Sí, más vale —respondió Reyna, pero se arrepintió de inmediato.

—Vos ya llevás tiempo acá en Laguna y me podés tirar un par de ideas.

Reyna estuvo de acuerdo: llevaba mucho tiempo en Laguna Fría, más de lo que alguna vez hubiese imaginado. Ya casi no pensaba en la Fundación VIDAS y, mucho menos, en los dos ambientalistas perdidos; la última nota enviada al diario había sido apenas un reclamo por la falta de agua en el interior del Chaco, una nota prácticamente dictada por el intendente Ibáñez. La mandó por correo electrónico a tres direcciones —jefe de redacción, secretario y corrector del diario— pero nadie respondió. Tampoco se preocupó en verificar si la nota fue publicada, aunque estaba bastante seguro de que no se publicaría nunca. Después de todo tampoco le importaba: era una nota de mierda.

Bebo lo devolvió ahí, al departamento, con una especie de confesión:

—Te habrás dado cuenta —le dijo—: la melodía la copié de otra chacarera.

Por supuesto que Reyna no se había dado cuenta, para él todas esas canciones sonaban igual. Antes de contestar algo, pensó en la cantidad de veces que él mismo había escrito poemas a partir de otros poemas que le habían gustado. Y admitió para sí mismo que habían sido todas las veces, que más que inspirarse había, simplemente, copiado.

—Pero la letra es toda tuya —quiso consolar a Bebo, que de su inicial cara de contento había pasado a una expresión culposa—. Acá trabajamos la letra y vos después te fijás cómo hacés con la música.

—Sí, pero lo mismo me siento un poco mal por haber copiado.

—Todos los artistas copian, no se puede hacer algo de la nada.

—Ah, qué vivo, pero así va a ser siempre todo lo mismo.

Reyna no quiso seguir discutiendo:

—Cantá otra vez, así seguimos con la letra —dijo.

Y Bebo arremetió, la voz en alto y pegándole fuerte a la guitarra. Puede que Reyna no se diera cuenta, pero la melodía no era otra que la de “Entre a mi pago sin golpear”, la chacarera que a Bebo más le gustaba.

* * *

Los padres de Reyna. Con la vista clavada en el techo de chapa de El Cerquito, y con Sara durmiendo a su lado, Reyna pensaba en sus padres. Ellos, ella y él, eran los culpables de sus problemas en la cama. Reyna estaba convencido.

Con el argumento de que no hay mejor educación sexual que aquella presuntamente libre y desinhibida, sus padres se habían empeñado en demostrar las bondades del cuerpo humano de un modo, por decirlo de alguna manera, práctico.

Digamos, desde muy niño Reyna fue testigo de las relaciones sexuales de sus padres: sexo libre, instintos a la orden. Si bien en principio, y por tratarse de sus padres, asumió el asunto como algo natural —claro que se trata de una práctica natural, pero bueno, ustedes saben—, no faltó demasiado para que las cosas empezaran a confundirlo.

Su madre le hablaba sin tapujos: que el sexo es esto y esto otro, que el placer, que la procreación y tantas otras cosas. Pero qué puede hacer un niño con todo eso. Más aún cuando sus padres empezaron a llevar el asunto al extremo de entusiasmarse en cualquier lado y en cualquier parte, sin que les importara que él estuviera ahí, viendo todo. Se revolcaban en la cocina, en el comedor, en realidad no importaba dónde. Querían, simplemente, evidenciar su libertad.

Reyna niño los miraba con atención. Su padre era un hombre flaco y peludo, con una cara demacrada que en el acto sexual se desencajaba y adquiría, para Reyna, expresiones monstruosas; por temporadas llevaba pelo largo y entonces la impresión era más desagradable: Reyna lo veía muy parecido a Cristo, a la imagen del hombre crucificado que sus amigos del barrio —niños de familias creyentes y practicantes— le habían enseñado. Su madre, en cambio, era una mujer robusta, rozagante, de cachetes color rosa. Tenía, también, unas tetas enormes. Y hablaba mucho al momento de enredarse con su marido; era, digamos, la voz cantante. Si bien a Reyna todo esto le gustaba, lo cierto es que no entendía los gemidos ni las poses; había algo, en esa mescolanza que provocaban los dos cuerpos, que lo aturdía.

Una noche soñó con su madre. Tenía siete años. Soñó que él era su padre y que le hacía a su madre todas las cosas que le hacía su padre. Se despertó mojado y satisfecho. A la noche siguiente se acostó con la ilusión de repetir el sueño. Pero fue en vano, soñó cualquier otra cosa.

Recién un par de meses después descubrió que bastaba con pensar en ella, en su madre, y llevarse una mano a la entrepierna para

sentirse a gusto. Era una sensación indescriptible. Un placer, además, que podía experimentar en cualquier momento, a cualquier hora y sin culpas. Sus mismos padres le habían enseñado que así tenía que ser, que no había que andarse con miramientos en estos temas. Y es que qué otra cosa podían decir dos personas que se paseaban desnudas por la casa, dos personas que, por lo demás, parecían vivir excitadas y siempre bien dispuestas.

El problema vino cuando al niño Reyna se le dio por manosearse delante de ellos, mientras ellos, sus padres, arremetían en el comedor con su práctica habitual. Su madre, aquella vez, parecía un pulpo, abierta como una flor, y Reyna no vio que hubiera motivos para contenerse. Con un almohadón a modo de pareja, se plantó delante de ellos, que estaban enredados como luchadores en un sofá, y empezó a frotarse. Hacía subir y bajar el almohadón por su entrepierna; copiaba, además, los gestos de su padre: apretaba los dientes, abría los ojos como un desquiciado, gemía, todas las cosas que suele hacer un hombre en estos casos.

Pero sus padres, una vez que advirtieron la actuación de su hijo, no vieron con ternura ni alegría el deseo del niño Reyna por mimetizarse en aquella práctica. Lo tomaron como una afrenta, quizá como una burla, no hay modo de saberlo. Pero lo que haya sido, provocó que su padre se saliera por un momento del enredo en el que estaba metido con su mujer, y que aún con el miembro erecto —un miembro que entonces Reyna consideró inmenso y al que muchos años después, con su propio miembro ya crecido, seguía considerando igual— se parara delante del niño Reyna y, brazos en jarra, le preguntara: “¿Qué hacés? ¿Qué creés que hacés?”.

No había modo de que Reyna supiera entonces lo que estaba haciendo. Su padre le quitó el almohadón y lo tiró a un costado. Después tomó al chico, a su hijo, por un brazo, en un gesto por cierto muy común entre los padres, y lo encerró en su pieza para que piense, para que medite acerca de lo que había hecho. Reyna meditó, por supuesto. Es más, los años pasaron, sus padres se divorciaron, la libertad sexual nunca llegó a ser tal cosa, y Reyna siguió meditando. Una meditación que aquella noche con Sara, en El Cerquito, parecía de nunca acabar.

17

El departamento de Reyna, con lo poco que Reyna dispuso entre mueble y mueble, está desordenado. Fíjense en esa camita: sólo verla provoca dolor de espaldas, por eso es que el colchón está en el piso —es de esos colchones finitos que parecen apropiados para un bebé más que para un hombre. Miren las sábanas: son viejas, apenas retazos de tela, y sientan el olor a sueño que se desprende del conjunto… el paisaje transmite una sensación de tristeza que Bendini no consigue explicarse. Lo mismo que le pasa con las paredes de la seccional: ¡tanta dejadez!

Miren ahora la colección de botellas plásticas, botellas de agua de un litro o de tres; nunca se tomó el trabajo, Reyna, de tirarlas. Las botellas y los botellones están diseminados por cada rincón; Bendini patea una de las botellas, como si quisiera imponer así, a las patadas, un poco de orden, pero no hace más que alimentar el desbarajuste. Es notorio, también, el hecho de que Reyna se estuvo alimentando este tiempo de la comida —por lo general empanadas o tortillas— que hacen las indias del pueblo y que venden en un puesto roñoso, ahí nomás, pegadito a la seccional: las bandejas de cartón, grasientas, apiladas sobre la mesada lo señalan.

La ropa, sin embargo, aparece insólitamente ordenada. Hay remeras y camisas bien dispuestas sobre una silla, hasta podría apreciarse una especie de armonía en los tonos, en los colores, como si fuera la ropa de un hombre elegante. Pero no, es la ropa de Reyna. Bendini mira todo con desprecio.

—Mirá que hay que ser puto.

Después se planta frente a la computadora:

—¿Me querés decir para qué mierda deja esto encendido? Gasto de energía al pedo.

—O puede que haya estado bajando más fotos —opina Gonzaga—: es un trabajo largo, por ahí dejó bajando y salió a hacer otra cosa.

—A ver, fijate entonces las fotos nuevas.

Gonzaga sigue la orden y arremete sobre la computadora. No es que Gonzaga sea un experto en estas cuestiones, pero es el que más idea tiene.

Leiva, mientras tanto, queda prendado de unos cuadernos espiral; los levanta y los observa con fijeza, más que leer lo que tienen escrito en las hojas pareciera estudiar el material de que están hechos los cuadernos. Después dice:

—Capaz que acá hay algo que sirve.

—Dejame ver —Bendini le quita los cuadernos y en el preciso instante en que se los quita se da cuenta de que acaba de comportarse con brusquedad. Se arrepiente. Le da la impresión de que son esas cosas las que lo alejan de Leiva. Trata de pedirle disculpas, pero no sabe cómo.

—Estoy un poco nervioso —es lo único que dice.

—No se haga drama jefe —lo tranquiliza Leiva—: hay mucho trabajo, por eso es.

Bendini se concentra en los cuadernos. No hay mucho que ver ahí: apuntes sueltos, algún poema a medio terminar, los malos poemas que Reyna nunca lleva a ningún lado. Como sea, a Bendini le vuelve el humor:

—Escuchen esto… —y recita, mal, un fragmento.

Leiva y Gonzaga se ríen, aunque ninguno presta la debida atención a lo que lee Bendini, se ríen de nerviosos. Y más nerviosos se ponen cuando Gonzaga encuentra videos pornos en la computadora. Se queda prendado, Gonzaga, de una sesión de sexo oral, una chica rubia con pinta de alemana —Gonzaga identifica bien a los alemanes— que se la chupa a un negro enorme.

—Ah la puta —dice—: miren esta loca.

Leiva ya está ahí, pegadito al monitor y absorbido por la rubia alemana y por el negro, que ahora pasaron de la fellatio a una clásica penetración anal. Van y vienen, la alemana y el negro.

Pero Bendini no se entusiasma con la porno, prefiere los cuadernos, le resulta más divertido y revelador —y probablemente más perverso— ese costado de Reyna.

—Es re puto este tipo —masculla. Y después se acomoda en una silla para seguir leyendo.

A medio metro, Leiva y Gonzaga festejan las proezas de la alemana y del negro.

* * *

Otra vez Bebo está con esos tres chicos. El muy pícaro se las amañó para que los policías lo dejaran con ellos en la seccional, y Bebo aprovecha.

—Vamos che, que ya descansaron mucho.

—Tu hermana descansó —el maleducado que dijo eso es Damián,

quizá el más flaco y tristón de los chicos. Aunque a decir verdad, el chiste se le escapó. Porque Damián ya no siente ganas de decir esas cosas, de pronto no les ve la gracia. Después de la ceremonia, del baile sagrado que hicieron con el indio Luján, las cosas han cambiado, algo, que nosotros no sabríamos decir muy bien qué es, ya no es lo mismo. El chiste de Damián fue, quizá, como un último acto reflejo. Y Bebo lo entiende así, por eso es que sonríe y se limita a burlarse:

—Ay, el vivo.

Los chicos están sentados en el piso del patio, uno junto al otro, pegaditos y con las caras todavía adormiladas, recostados contra una pared. Luisito tiene a Cocó, la gallina, enredada entre las piernas, como si el ave estuviese empollando.

Bebo se arrima a los chicos y se agacha para quedar más o menos a su altura. Se impacienta por la modorra que manifiestan, así como están.

—Dale che, que ya es vicio lo de ustedes.

Por toda respuesta recibe una mezcla de gorjeo y convulsión por parte de la gallina, como si el ave le pidiera que se deje de molestar. Los chicos no hacen nada, ni siquiera el esfuerzo de levantar los párpados, que era lo que venían haciendo hasta hace un momento.

Entonces Bebo procede: se chupa un dedo y le pasa a cada uno —primero a Damián, después a Luis y por último a Lucas— el dedo húmedo por el entrecejo. Aunque se detiene un segundo en la gallina —que sí, que parece estar esperando que Bebo se chupe el dedo y se lo pase también a ella—, se limita simplemente a mirarla fijo. Es un buen animal, pero tampoco es para hacerla partícipe de todo.

Como sea, a Bebo se le mezclan este tipo de técnicas. Hasta ahora, siempre había dejado esos asuntos en manos de Luján, que era una especie de sabio —o al menos él, Bebo, creía que Luján era un sabio —; el resto lo había aprendido leyendo artículos dispersos en páginas de Internet. Lo del dedo chupado, por ejemplo, es una técnica hindú: se supone que la saliva con que acaba de humedecer a los chicos les va a limpiar *algo*, el aura, las conciencias, el alma, vaya uno a saber qué más, que los despabilará o que les permitirá retomar la vida después de una experiencia intensa. El indio Luján siempre lo miraba un poco desdeñosamente cuando Bebo le caía con alguna novedad como esa: “Indio celoso”, pensaba Bebo en esos casos.

—Arriba, que nos tenemos que ir.

El primero que se levanta —aunque lo hace después de un remoloneo, después de fregarse la espalda contra la pared y de bostezar como un gato gordo— es Damián: camina arrastrando los pies y se rasca la cabeza con furia, como si quisiera arrancarse el pelo —un pelo bien negro y también muy sucio—, y una vez que llega

junto a Bebo le toma una mano y ahí se queda, mirando hacia sus amigos que empiezan, muy de a poquito, a copiarle los pasos. Bebo aprieta la mano de Damián y sonríe conmovido.

El viento que se levanta de repente llena de polvo la galería de la seccional, y aunque el sol de la tarde es un poco más amable, no da para estar ahí, se hace difícil respirar. Por eso es que Bebo apura una vez más a Luis y a Lucas.

—La puta, ¿qué les pasa a ustedes? Ya no es para que sigan así. Vamos que este viento de mierda me ahoga.

Se van por fin, aunque se toman su tiempo. Que cuando uno arranca el otro se queda, que de repente uno se para y se rasca, se saca una zapatilla y se hurga entre los dedos, que el otro se queda prendado de alguna imagen —una mancha de humedad, por ejemplo —, o que la gallina se entretiene dando picotazos al aire… Bebo llega a pensar que, más que mareados, los chicos y Cocó simplemente lo están jodiendo. Pero no, salvo la gallina —de quien nos resulta difícil hablar en términos humanos— los otros tres no dan más de abombados.

La seccional queda vacía, pero sus puertas abiertas. Cualquiera podría entrar. Pero para qué. No hay nada que valga la pena. Ni siquiera los cuerpos de Sara y del changarín Carranza —a los que deberíamos sumar el del indio Luján, aunque este quedó en el frente de la seccional, cubierto por una lona—, que quedaron tirados en la galería, como si alguien se los hubiera olvidado.

XVIII

Müller, el viejo Müller. Un hombre aburrido. Un pobre hombre más bien. Ahí estaba Müller, tranquilo en casa, sin imaginar —sin que le importara imaginar— que tenía un intruso viviendo en el departamento del fondo. De todos modos tampoco era algo que le quitara el sueño: años de moverse por el Chaco, de ir y venir por esas rutas mal concebidas, rutas de tierra o de un asfalto que parece venir agrietado de antemano. Atropellando con su camioneta —una F100 descolorida y de apariencia ruda, con mucho trajín, mucha historia— tatús que se cruzan por el camino, burros que se juntan a comer el trigo caído de los camiones; años, décadas, sacando agua de los aljibes mugrientos, con la idea de conseguirse, algún día, un buen dispenser; cogiendo indias también, mujeres incapaces de pronunciar una palabra en buen castellano… Es cierto, él tampoco es de hablar mucho, ni en castellano ni en ningún otro idioma, pero es más que nada porque no tiene gente para hablar. Porque las veces que pudo, habló.

Cómo es que fue a caer al Chaco semejante alemán, ahora no importa. Lo que sí nos interesa saber, al menos en parte, es de qué vivía este tipo Müller. La respuesta, en realidad, no es ningún misterio: de changas vivía, de qué otra cosa. Y como la mayoría de la gente de aquí en Laguna Fría, sus changas son encargos de la Fundación VIDAS. Si Müller estaba descansando cuando empezamos a hablar de él, fue precisamente porque justo había terminado uno de sus trabajos, un encargo más bien elemental: sacar fotos. Fotos de chicas desnudas o vestidas apenas con bombacha y corpiño, que es otra manera de decir que son chicas desnudas.

Los amigos de la Fundación le tenían más confianza a él, a Müller, que a cualquier otro en este pueblo rasposo. O qué, ¿le iban a encargar fotos a los indios?… ¡pero si los indios de Laguna Fría todavía deben pensar que las fotos les roban el alma!

Qué mejor que este alemán entonces, que pregunta lo mínimo indispensable o que a veces incluso no pregunta nada. Mientras se le pague…

Reyna vio la puerta abierta y se acercó a saludar.

—Buenas tardes… —dijo.

Müller lo miró como si mirase algo más allá, una lejanía. Los ojos claros y rasgados del alemán aportaron lo suyo a esa impresión, la de una mirada perdida.

—Adelante…—invitó. Estaba mirando televisión y tomando cerveza, y cuando Reyna entró a la casa el alemán, antes que nada y en un movimiento que bien puede entenderse como instintivo, le pasó el envase para que se tomara un trago. Müller tomaba directamente del pico. Reyna hubiese preferido declinar la invitación, no le gustaba tomar del pico y menos aún compartiendo la botella, pero era su primer encuentro con Müller, no daba para ponerse melindroso. Contó hasta tres —de la misma manera que había hecho unas pocas semanas atrás, en esa misma casa, pero en vez de con cerveza con una botella de agua podrida— y se mandó un buen trago. El viejo Müller esbozó una sonrisa.

—A la flauta, que tenía sed el amigo…

En los dos segundos que le llevó bajar la cerveza y ponerla otra vez en manos de Müller, Reyna aprovechó para hacer un nuevo paneo sobre la casa y un primer paneo sobre la figura enorme del alemán, que estaba sentado sobre un viejo sofá mal emparchado. Poco había cambiado desde la vez anterior. El único cambio, de hecho, era la presencia de Müller, presencia que a su vez había permitido la entrada de unos tenues rayos de sol a través de las persianas. Pero el efecto de los rayos de sol, pensó Reyna, era sucio y deprimente. Para eso mejor la oscuridad.

—Estoy ocupando el departamento del fondo —dijo Reyna en tono culposo, como si confesara algún pecado—; el intendente me dijo que me acomodara ahí.

—El intendente… qué personaje —Müller no dio muestras de enojo por la intrusión en su propiedad, lo suyo al hablar era un gesto más bien ambiguo: podía ser que estuviera al tanto de todo, de que Reyna estaba instalado en su departamento, o bien que el intendente Ibáñez, una vez más, lo estaba jodiendo.

—Me llamo Reyna, soy periodista de Resistencia —el nuevo dato no hizo mella en Müller, apenas si movió un poco los hombros hacia arriba, una especie de elongación. Reyna lo miró de nuevo: parecía un paralítico el alemán. Un paralítico enorme y sudado, probablemente con escoriaciones. Después miró el televisor, que se robaba buena parte de la atención de Müller. Estaban pasando una película pornográfica. Nada raro: una mujer, un hombre y una penetración. Müller pareció leerle el pensamiento:

—A mí me gusta más lo clásico. Ahora algunos hacen cosas muy fuertes, como que compiten a ver quién es más bravo.

Reyna había dejado la pornografía a partir de, cuándo no, una nota de Internet: decía que ver muchas pornos alentaba la impotencia. Müller seguía explicando:

—Las películas me las vende un conocido de Lapachito. Tiene una colección impresionante. Lo que quieras. También me vendió el equipo de DVD.

Como no sabía qué decir, Reyna estiró la mano pidiendo cerveza.

—…Eh, así da gusto tener un compañero para tomar.

Esta vez Reyna no contó hasta tres, se zampó el trago sin pensar. Después se sentó en el suelo, a la derecha de Müller, y aunque el alemán le insistió con que se buscara una silla para que se estuviera más cómodo, se quedó ahí.

Al final, pasaron buena parte de la tarde viendo diferentes pornos, todas más bien aburridas. Fue recién hacia el final de su visita que Reyna le preguntó a Müller por la Fundación, si por casualidad sabía algo de los dos ambientalistas, de Wozcik y Reinoso.

—Buena gente —dijo Müller—: se ocupaban de que a las chicas de acá (al decir "acá" Müller apuntó con el mentón y con el índice en dirección a El Cerquito) no les falte nada.

—Nada como qué…

—Y… desde comida hasta ropa. Venían una vez por mes, o cada dos meses, y les traían de todo

—¿Y tiene idea qué les habrá pasado?

—Cualquier cosa les pudo pasar. Acá la gente es muy rara. ¿Tenés computadora? Puedo prestarte unas películas para que te grabes en la computadora.

Hablaron un poco más, básicamente de bueyes perdidos. Reyna no pudo hacer que la conversación volviera a lo que a él le interesaba, la Fundación, Wozcik, Reinoso, algo que le permitiera hacer periodismo con la desaparición de esta gente. Aunque en el fondo el tema le importaba ya un carajo. Müller era un pobre tipo, no daba para andar jodiéndolo.

Reyna salió de la casa con cuatro DVDs que más tarde bajaría en su computadora. Clásicos, al decir de Müller.

* * *

Si algo tuvo que admitir Reyna, es que chivito como el que comió en casa de Ibáñez no había comido nunca. El encargado de cocinarlo fue Rubí, uno de los amigos de Bebo que Reyna había conocido aquella primera noche —una noche que a esta altura, dos meses después, parecía tan lejana como su vida en Resistencia—, aquella noche que fueron de parranda a El Cerquito. Pero ahora, frente a la parrilla, Rubí

le caía mejor, un muchacho sereno y criterioso; de otro modo no se explica que cocinara tan bien.

—No hay que tocarle mucho —le explicó Rubí cuando Reyna se acercó a la parrilla para husmear en el proceso de cocción—; hay que dejar que se cocine solo.

Con un tenedor parrillero, Rubí desprendió un pedazo de carne de entre un costillar humeante y se lo ofreció.

—Una mantequita… —elogió Reyna, con la boca llena. Y antes de tragar dijo—: Esto no es así nomás. No debe ser que lo echás al fuego y listo.

Rubí recibió el elogio con aplomo, como quien está acostumbrado a que se le celebren determinadas cosas. Después, en un tono más jocoso, admitió:

—Son tres los secretos, pero no te los puedo decir: ya no sería secreto.

—Pero qué puto… —de a poco Reyna entraba en confianza, se permitía hablar con soltura y reírse un poco, algo que no hacía habitualmente. Un hombre serio, el héroe que elegimos.

Ibáñez se sumó a la parrilla, hablando a los gritos:

—Hay que reconocer —dijo—, que la gente de la ciudad sabe manejar las cosas.

Estaba contento por Bebo. Ibáñez veía un progreso en su hijo, lo veía compenetrado en el tema de la poesía: no había podido, Ibáñez, contener las lágrimas cuando su hijo le cantó la chacarera, su primera obra. Aun sin que estuviera completa, la letra se hacía popular entre los conocidos. Todos andaban tarareándola por ahí —aunque bueno, el tarareo sonaba muy parecido al de “Entre a mi pago sin golpear”, pero quién iba a poner objeciones—, la tarareaban a instancias de Ibáñez, que a su vez se la recitaba a quien tuviera enfrente. Poca gente a decir verdad, pero bastaba para que se hiciera canción oficial del pueblo, o algo así. Ibáñez, por lo menos, pensaba en esos términos.

—Algo bueno tenías que tener Reyna, tanto andar jodiendo con esa Fundación y con tu diario. Mirá ahora: sacaste un poeta.

Aunque sabía que sacar, él no había sacado nada, Reyna estaba orgulloso de su trabajo con Bebo. Era cierto, el chico seguía siendo brusco, en buena medida imprevisible, pero cuando quería también era una persona con la que se podía hablar. Pero sobre todo, la compañía de Bebo le inyectaba nuevos ánimos: también él, Reyna, había empezado a escribir. El entusiasmo de Bebo se le contagiaba y así, de a poquito, iba soltándose. Desde luego, lo que garabateaba era más bien copias de otros poemas, de otros versos, pero lo que fuera le hacía sentir mejor.

Por eso unos días antes, en medio de un taller, Reyna cortó para

contarle a Bebo sobre Sara: le dijo que se había enamorado. Al toque se arrepintió, pero lo cierto es que no aguantaba más, con alguien tenía que hablar del tema, a alguien tenía que decirle las cosas que le estaban pasando.

—Pero esa mina es puta —le observó Bebo.

—Ya sé, pero qué querés que haga…

—Que seas más inteligente, no tan regalado. ¿Te vas a poner de novio con una puta?

En su afán por explicarse, Reyna le habló de su funcionamiento sexual.

—A veces no sé qué me pasa —dijo—, pero con Sara está todo más que bien.

A Bebo le asomó una risa, pero la reprimió a tiempo. De pronto se sentía incómodo. Prefirió levantarse y calentar más agua para el mate. Como para relajar un poco el clima, ensayó recomendarle ejercicios respiratorios:

—Concentrate en respirar hondo —le dijo—: la respiración es todo.

Pero no era eso lo que Reyna necesitaba. O sí, quién sabe.

El asunto es que ya no volvieron a tocar el tema de Reyna enamorado, y mucho menos el de sus cuestiones sexuales. En principio porque Reyna no estaba en total desacuerdo con Bebo: la mina era una puta; pero más que nada —y visto el frustrante intento de Bebo por recomendar algo— porque no sabían cómo seguir, cómo remontar el pozo en el que se habían metido. Ni siquiera sirvió de ayuda que Bebo retomara la cuestión literaria:

—Tengo ideas para escribir otras cosas —anunció—: no solamente chacareras.

Por suerte para ellos, los días pasaron y no les quedó más remedio que ir aflojándose. Siguieron los talleres, siguieron, pese al calor, tomando mate —Reyna se alegraba, después de todo, con el mate: le había mejorado la digestión—, siguieron la rutina.

Fue Ibáñez quien propuso hacer el asado, lo entendía como una manera de ratificar la amistad entre su hijo y Reyna.

—Además te quiero agradecer —le dijo el intendente; los dos, el intendente y Reyna, seguían pegados a la parrilla junto a Rubí—: lo que hiciste con Bebo no tiene precio.

—Sí que tiene —respondió Reyna en tono de broma—: son quinientos pesos.

Se reían tanto entre ellos que cualquiera hubiese creído que aquella amistad era una cosa cierta. Después Reyna sacó la cámara de fotos y empezó a retratar a sus compañeros de asado, primero de a uno y después en fotos más bien grupales: Rubí en la parrilla, midiendo el progreso del chivo; Ibáñez y Bebo, abrazados y con los

tragos en alto; Bebo solo, pegándose en el pecho con un puño…

Se lució, Reyna, con el automático de la cámara: consiguió un plano ideal para que aparecieran todos, él incluido, en comunión, con la parrilla como fondo humeante.

El resto de la noche se fue entre chivito, porro y cerveza, y gritos de sapucai. Y por supuesto, la chacarera de Bebo, que cantaron entre todos a grito pelado, por lo menos cuatro veces.

19

Bendini reconoce que, como policías, no son muy buenos. Se dejan llevar por cualquier cosa, por fotos y videos pornos, por los escritos de un maricón, por las ocurrencias de un pervertido… mientras tanto, las horas se les escapan y lo que de verdad importa se resuelve en otro lado o directamente no se resuelve.

—Vamos che, apaguen ya.

—Espere jefe, que se termina.

—¡Pero qué pajeros, corten con eso!

Leiva y Gonzaga se apuran a cortar la película. El tiempo que han compartido con Bendini les alcanza para distinguir un simple fastidio de una crisis. Saben, además, que hoy han tenido más trabajo que de costumbre, mucho calor, muchos muertos y muchos accidentes.

—Ya estamos jefe —dice Gonzaga.

—Ya estamos, una mierda —Bendini se ha decidido a no dar más tregua. Siente un malestar intenso en el estómago, como si hubiera tomado mate y jugo de naranja, todo a la vez.

—¿Qué hacemos? —Leiva está de pie, se cuadra ante su jefe. Bendini, a su vez, quisiera enojarse, pero no con Leiva.

Levanta el cuaderno de Reyna que estuvo leyendo hasta hace un momento y lo sacude en la cara de sus subalternos.

—Este tipo será un enfermo, pero miren: hace algo con su vida.

Les dice también que el tiempo que han perdido paveando (usa esa expresión, “paveando”) ya no lo recuperarán.

—Piensen —les dice—, esta chica muerta: era una puta…

Leiva y Gonzaga asienten, a la vez que persiguen con los ojos inquietos el revoleo del cuaderno de Reyna, como si las respuestas a todo estuvieran metidas ahí.

—…Al único lugar que no fuimos es al lugar donde viven las putas.

—El Cerquito —dice Leiva; lo dice en un susurro, como quien acaba de caer en la cuenta de algo.

—Si me permite jefe —participa Gonzaga—: salvo a este lugar, casi que no fuimos a ningún otro.

Bendini detiene la sacudida del cuaderno y lo abre: lee y suspira.

—Que había sido bien puto este Reyna che…

Antes de salir, los policías se cargan en calidad de evidencia —pero "evidencia" de qué— la computadora de Reyna. Bendini agrega el cuaderno, que lleva apretado bajo el brazo y que probablemente, más que como evidencia, guarde como divertimento.

Y completan la faena, los policías, eligiéndose un par de camisas de entre las que Reyna tiene ahí, tan plegaditas sobre una silla. Dejan dos, como si esa moderación hiciera el hurto menos evidente.

Leiva, con una camisa a rayas azules y blancas, es el más contento:

—Con esto levanto sí o sí…

—Seguro que sí —le contesta Bendini. Le cruza un brazo por sobre los hombros y se paran juntos, Bendini y Leiva, ante la puerta. Cuando la abren sienten otra vez el golpe del viento, que viene bien sucio de tierra.

—Mierda —dice Bendini. Se cubre la cara con el cuaderno y le ordena a Gonzaga, que será el último en salir, que cierre urgente la puerta.

—…Se llena de tierra y por ahí nos echan la culpa.

Gonzaga le hace caso y se apura a cerrar, pero después mira con atención cómo Bendini y Leiva bajan juntos las escaleras —como una parejita, cubriéndose los dos del viento— y siente otra vez los celos de antes. No le importa que el viento le pegue de lleno en la cara y que los ojos se le cubran de mugre. Se queda ahí, mirando. Finalmente, se decide y abre de nuevo, de par en par, la puerta del departamento.

—A mí qué me importa —dice—; que venga a cerrar él si quiere.

Recién después baja.

* * *

—¿Este es tu amigo? —le pregunta Hank—: Este lagarto la mató a Peralta.

A Reyna le cuesta, pero al cabo comprende que "Peralta" es el apellido de Sara. El "amigo" por el que el toba alemanoide pregunta, no es otro que el viejo Müller, un alemán en serio. Lo tienen acostado boca arriba, brazos y piernas estirados hasta tensar bien los músculos, atado, a su vez, con unas tiras de cuero. Está desnudo además, y tiene algo, que Reyna entiende como un envoltorio de caramelo, metido en la boca. Pero no es un envoltorio de caramelo, es un trapo pegado a la boca con cinta de embalar.

Reyna mira el cuerpo inmenso del alemán: parece más grande así, más rosado también. Pero Reyna prefiere no mirar mucho, en parte por miedo, pero más que nada porque no quiere verse implicado en la cuestión. Le molesta escuchar los ruidos que Müller hace a través del

esparadrapo, una continuación de emes que exaspera, algo así: “Mmmm… Mmm”.

—¿Y? Lo conocés o qué —lo apura Hank.

Pobre Müller, piensa Reyna, qué cagada se habrá mandado. Pero si lo tienen así debe ser por algo.

Müller está, precisamente, en la pieza que usaba Sara.

Pero lo primero que vio Reyna cuando Hank lo metió de un tirón dentro de El Cerquito, fueron las caras adormiladas y feas de las putas. A todas las conocía, pero a excepción de Miriam —cuya cara se veía tan cansina y maltrecha como las demás, como si todas acabaran de salir de una gripe—, no había cruzado palabra con ninguna y de ninguna conocía el nombre. Las chicas estaban en ropa de recreo, shorts, remerita y ojotas, algunas en bombacha. Eran nueve y las nueve estaban muy despeinadas, con el pelo dividido en crenchas, pelos muy secos, como pelos de muñecas.

Ubicadas en ronda, entre sillas y la barra de bar, hacían circular dos mates. Parecía que estuvieran en reunión de trabajo, cosa muy probable por lo demás.

Reyna saludó con un movimiento de cabeza y frunciendo los labios, pero nadie respondió el saludo. En cambio, una de las chicas le habló a Hank:

—¿Y este? —le dijo.

—Venía siempre con Peralta —contestó el grandote.

Antes de que pudieran seguir hablando, de la mochila de Reyna salió un pitido, bien agudo y bien sonoro, que dejó a todos en suspenso.

—¿Te llaman? ¿Tenés un celular ahí? —preguntó la chica que había hablado antes.

Reyna dijo no con la cabeza y se dispuso a abrir la mochila. Las chicas, y también Hank, se pusieron en guardia, como si Reyna pudiera llegar a sacar un arma. Cuando Reyna sacó, finalmente, a la cotorra —sosteniéndola con un cuidado acaso excesivo, como si el ave fuera de vidrio y se le estuviera por caer de un momento a otro—, las caras y los ánimos se relajaron. Entonces habló Miriam:

—Sacá de acá ese animal hediondo —lo dijo con una sonrisa, cosa que ayudó a que también Reyna se relaje.

—Se llama Coto —dijo—, tiene un ala lastimada.

—A ver —Hank acercó una mano a la mano con que Reyna sostenía a la cotorra. Al lado de la suya, la mano de Hank era como un enorme pie. Un pie calloso. Reyna le pasó el ave temiendo que Hank la aplastara, más por la rusticidad de esas manos que por un posible acto de malicia. Pero al final, cuando vio cómo el dedo índice del gigante acariciaba la cabecita de la cotorra, acompañando el mimo

con una voz aguda y melosa que decía “pobre Coto, pobrecita Coto”, debió admitir que Hank tenía más experiencia o al menos más cuidado que él en el trato con las aves.

Pero el relajo se acabó pronto, porque al segundo las chicas ordenaron a Hank que le mostrara a Reyna lo que tenían en la pieza de Peralta. A Reyna le chocó que se refirieran a Sara de esa manera, por el apellido, pero tampoco se iba a poner a cuestionar.

Ahora está frente a Müller y todavía no ha decidido qué le conviene: decir que lo conoce o decir que no, que no tiene idea de quién es ese tipo. Hank se le adelanta y resuelve por él:

—No importa —le dice—: vení te muestro algo afuera.

Salen por la puerta de atrás. Reyna lo sigue como un nenito, como si Hank estuviera por mostrarle algo de lo que él, Reyna, es el culpable. De hecho ya se siente un poco culpable. Apenas si se pregunta si en algún momento Hank le devolverá la cotorra.

—Dale viejo —lo apura el gigante, que ya está afuera—, cerrá urgente la puerta, que si se llena de tierra las minas después nos cagan a pedos.

Reyna cierra y tapándose un poco los ojos del remolino de tierra levantado por el viento, se para junto a Hank.

—Tenés un problema vos con las puertas eh…

Reyna sonríe, pensando que Hank le habla en chiste, pero la cara del gigante no se mueve, parece de piedra.

—Mirá esto —le dice finalmente, y lo lleva hasta el aljibe que hay en el fondo del patio. Como todos los aljibes de Laguna Fría, este tiene aspecto de abandonado, con yuyos crecidos en los bordes y tierra, mucha tierra alrededor. Nadie diría que de ese lugar, alguna vez, se pudo haber sacado agua.

La boca del aljibe está tapada por dos chapones corroídos que se ven, además, pesadísimos. Hank, sin embargo, y con una sola mano —en la otra sigue con la cotorra— los hace a un lado como si fueran plumas. Después le ordena a Reyna que se asome y mire adentro.

—No se ve nada —dice Reyna—, hay olor a podrido nomás.

—Mirá bien. Esperá que se te acostumbren los ojos.

Un segundo después Reyna alcanza a distinguir dos pares de ojos que lo miran desde abajo. Siente un estremecimiento, siente miedo, más miedo que antes.

—Y a estos —le pregunta Hank—, ¿tampoco los conocés?

XX

Ibáñez volvió a hablar de Müller, pero con la misma irritante imprecisión que la vez anterior, cuando le había dicho a Reyna que el alemán era buena gente. Ahora decía otra cosa:

—La verdad que nunca se sabe en qué anda ese tipo.

Bebo los había reunido en un salón de la municipalidad para una clase de meditación. Con su padre no había tenido problema, pero a Reyna le costó convencerlo de que fuera; tuvo que apelar para eso al buen oficio de Ibáñez.

—No te cuesta nada —le dijo el intendente—, y Bebo se va a poner contento. Le va a hacer bien.

Pero era la cara de Ibáñez, su expresión, lo que más le señalaba a Reyna la conveniencia de estar ahí, en esa clase. Era, la de Ibáñez, la expresión de un loco.

En la clase también estaba el indio Luján. Hacía las veces de asistente de Bebo: colocaba en el piso unas mantas rojas mientras mascullaba alguna oración, versos que Reyna no alcanzó a comprender. De a poco empezaron a llegar más indios, que fueron acomodándose, lentamente y en silencio, sobre las mantas. Sentados como indios comanches, pensó Reyna. La mayoría eran mujeres, entre las que Reyna reconoció a unas cuantas que le habían sabido vender empanadas y tortillas. Aunque les hizo un ademán amistoso, nadie lo saludó.

—Acomodate al lado mío —le indicó Ibáñez.

Bebo apareció unos minutos después. Vestido como siempre, con remera musculosa y pantalón bien holgados, todo de negro, hasta las ojotas. Habló un par de cosas con Luján —en voz baja, como si definieran entre los dos la mejor manera de arrancar— y después cada uno fue a ocupar su sitio. Se percibía una especie de fastidio en Luján, la sensación de que no estaba muy a gusto.

—Luján mucho no cree en la meditación —explicó Ibáñez—, siempre discuten.

Lo primero que hizo Bebo fue agradecer la presencia de quienes estaban allí, y después pidió, simplemente, que cerraran los ojos y sintieran el silencio. Puso especial énfasis en la idea de “sentir”.

Más por hastío que por respeto, no soltaba Reyna una carcajada. Sentía que aquello no era más que tiempo perdido. Hasta pensó en el taller literario: lo habían suspendido para eso, para la meditación. Pispió de reojo a Ibáñez: el intendente seguía las indicaciones de su hijo, respiraba profundo, inhalando y exhalando por la nariz.

Reyna pensó que no aguantaría, que su ánimo no duraría mucho y que de un momento a otro mandaría todo a la mierda. Bebo les hablaba en ese momento de "abandonarse para abandonar el ego", de "ocupar un lugar en la rejilla interplanetaria". Les pedía, además, que cambiaran de posición, que se pusieran de rodillas, y mientras obedecía, Reyna pensaba en su rótula, en el dolor insoportable que le iba a provocar esa posición.

Pero en cosa de un segundo algo cambió. Bebo hablaba de amor.

—Durante cuarenta minutos —decía— sólo pronunciemos "soy amor". No digamos más que eso: soy amor.

Así, una y otra vez durante cuarenta minutos, el adagio "soy amor" llenó el salón como un canto gregoriano. La resonancia que provocaba la cantinela casi le hace doler la cabeza, pero entonces, sin quererlo y sin esperarlo, Reyna pensó en Olga, su ex mujer. La sintió ahí, con él, en plena meditación, los dos fundidos en un abrazo.

Bebo hablaba de la necesidad de perdonar.

—Figúrense una imagen —les decía—, una persona que les haya causado algún dolor. Y después perdónenla.

Y Reyna sentía entonces que podía perdonar a Olga —pero al mismo tiempo se preguntaba de qué habría de perdonarla, si ella no era culpable de nada—, que podía, digamos, deshacerse de ella, despedirse de una vez y terminar con el duelo.

Lloraba. Sentía cómo las lágrimas le rodaban por la cara. Quiso contenerse, pero fue en vano. Las lágrimas caían solas, no era algo que pudiera controlar.

El momento más intenso de la meditación llegó cuando Bebo les pidió —aunque ya en ese momento Reyna sentía que cada indicación de Bebo iba sólo dirigida a él— que pensaran en sus padres. Y más que en sus padres, que pensaran sobre todo en sus madres, que se concentraran al máximo, al punto de llegar a sentir aquello mismo que sus madres habían vivido durante el embarazo, durante el tiempo que ellos, los que participaban de la meditación, habían estado en sus vientres.

—Agradezcamos a nuestras madres —sugirió Bebo.

Reyna pensó en su madre, en aquella mujer tetona y de cuerpo esbelto. Sonrió. Quería mucho a su madre. Era una buena madre, una buena mujer. Le dieron ganas de estar con ella, de contarle de sus cosas. Tuvo ganas de estar en sus brazos, que su madre lo apretara

contra su pecho y le besara los cachetes. Eso hacía su madre cuando él era un niño. De tanto sonreír empezaron a dolerle la mandíbula y los pómulos. Trató entonces de volver a una expresión neutra, pero le resultó imposible. Parecía que tuviera la cara hecha un chicle, como de goma. Empezó a transpirar, más que nada por miedo. Temía que semejante ir y venir en las expresiones faciales desembocara en algún tipo de parálisis. Tampoco podía abrir los ojos. Lloró otra vez.

—Vamos otra vez: soy amor —la voz de Bebo con esa nueva indicación le devolvió algo de tranquilidad, pero no bastó para quitarle el miedo.

Con el nuevo arranque de "soy amor", Reyna se descubrió pensando en Sara. Aunque el mismísimo Bebo había hecho hincapié en la inconveniencia de enredarse más de la cuenta con una puta, a Reyna, en ese momento de meditación, los consejos de Bebo le importaron muy poco. Se había enamorado, no se podía hacer mucho. Se imaginó en brazos de Sara y volvió a llorar, esta vez de alegría.

Cuando dieron por terminado el asunto, Reyna estaba más bien aturdido. La meditación había durado más de doce horas.

—Pasa volando el tiempo —le comentó Ibáñez. El intendente se veía, por decirlo de algún modo, desprolijo: tenía la misma expresión de loco del comienzo, pero ahora también estaba despeinado y sudoroso, casi que Ibáñez no era la misma persona que había empezado la meditación. Reyna pensó que probablemente tampoco él era ya la misma persona.

Cargaron agua para el mate, directo del dispenser, y se metieron en la oficina de Ibáñez. Ahí, por comentar algo, Reyna habló de su encuentro con Müller, de la tarde que pasaron mirando películas pornos.

—Cuidate de ese porque dicen que se coge cualquier cosa —le dijo Ibáñez, y aunque Reyna entendió la advertencia como un chiste, no vio que el intendente se preocupara por aclarar mucho las cosas, sino más bien lo contrario: le dijo que se arrepentía de haberlo mandado a vivir en ese departamento. "Lo tenés muy cerca", le dijo.

—No parece un hombre peligroso —opinó Reyna, pero Ibáñez lo cortó en seco.

—Mata gente —le dijo—, por guita.

—¿Para tanto?

—Dicen que sí: para tanto.

Después Ibáñez cambió de tema, un poco abruptamente, y a la vez con cierto gozo:

—Me voy mi Reyna —dijo—, me tomo vacaciones. El intendente tiene que estar fresco, si no trabaja mal y los que se joden son los otros —hizo una pausa para chupar la bombilla del mate, después un

gesto raro, como si acabara de quemarse la lengua con el agua caliente, y siguió—: Hay que pensar en los demás Reyna. Y si no se piensa en uno difícilmente se pueda pensar en los demás. Bebo me lo hizo ver. No hay cosa más linda que sea tu hijo el que te enseña las cosas.

Reyna pensó en las palabras de Ibáñez y se dijo que sí, que el intendente no hablaba al pedo: cuando estuviera con Sara le hablaría de tener hijos.

Todavía le duraba el efecto de la meditación.

* * *

Sara, la última noche con Sara. ¿Cómo imaginan ustedes una última noche? ¿Nunca la imaginaron? No importa. La última noche con Sara no fue lo que Reyna hubiese esperado. De hecho no sabía, pobre, que sería ésa la última noche. Por eso es que tampoco se preocupó demasiado y se dijo que bueno, que para hablar con ella, para decirle todo lo que se había propuesto decirle, podía esperar a la noche siguiente. Además había pagado ya tantas noches, que una más o una menos casi no le hacían diferencia.

Sara había empezado por hacer explícita su preocupación:

—Tenemos líos acá —le dijo.

—Qué problema pueden tener ustedes —respondió él.

No había querido decir eso. Estaban los dos acostados, él había empezado a desnudarse y la respuesta le salió un poco mecánicamente. Disfrutaba Reyna. Ya le había perdido el miedo a El Cerquito, a esa habitación a punto de venirse abajo, al olor a humedad permanente, estaba cómodo. Pero ahora lanzaba una respuesta inoportuna, más bien frívola.

Sara lo miró con desdén. Él se acariciaba el vello púbico, un reflejo que le venía cuando estaba relajado, casi en paz. Ella sabía cómo ser odiosa con él, y lo fue: le preguntó, en un tono más bien violento, qué quería, si quería que se la chupara.

Reyna sintió, con pavor, cómo el miembro se le encogía, cómo retornaban las peores ideas, las más indeseables, a su cabeza. Manoteó la sábana y se tapó hasta la cintura.

—Sí quiero —dijo—, pero por qué hablás así. Por qué la mala onda.

Sara no le contestó de inmediato, parecía que esa expresión, “mala onda”, la desorientaba: no era un dicho frecuente en Reyna. Se tomó su tiempo, hasta que empezó a hablar. Dijo que el problema venía por el lado de los dueños de El Cerquito, la gente de la Fundación VIDAS:

—Se ponen violentos —dijo—, hay chicas que no sabemos dónde

están. Desde hace años nadie sabe dónde están —no quería, pero de a poco la voz se le quebraba, de un momento a otro se largaría a llorar —. Te toman el tiempo: que si trabajás tantas horas, que si trabajás menos. En este pueblo parece que hay cada vez menos gente, no es culpa de una si no se trabaja.

Reyna hizo memoria: estaba seguro de haber pagado cada noche. Eso lo dejaba un poco más tranquilo, lo hacía sentirse menos miserable también.

Se vio en la obligación, sin embargo, de preguntar por los dos ambientalistas. Por ellos había venido a Laguna Fría. Le daba culpa —entre tantas cosas que le daban culpa en ese momento— haberlos hecho tan a un lado entre sus intereses.

—Me dijeron que eran buena gente —dijo—, gente inofensiva.

—Quién te dijo —Sara parecía enojada.

—No sé… —titubeó Reyna—. Bueno, sí sé: Müller, el alemán dueño de mi departamento. Dijo que le daban trabajo y que les traían cosas a ustedes. Que las cuidaban.

Sara lo miró con mayor atención, como si de pronto le surgiera un nuevo interés por Reyna, como si de repente Reyna fuera otra persona. Más idiota o más estúpida, pero otra persona.

Se quedó quieta y en silencio, a la espera de que él siguiera hablando.

—…No me sonó raro —continuó él. Ahora miraba fijo el techo, parecía que le hablaba a la chapa o a algo más lejano, al cielo—: Dos personas que cuidan el medio ambiente pueden preocuparse tranquilamente por la situación de chicas como ustedes, que trabajan, si querés, en situación precaria.

Ella se movió, incómoda. Hizo un leve carraspeo; ya no parecía que fuera a llorar, más bien daba la sensación de que quisiera irse. Pero irse, adónde…

—Esos dos eran los que venían a controlar que trabajemos —dijo por fin.

No dio tiempo a que Reyna le contestara. Tampoco le quedaban ganas de escucharlo. Se volcó sobre él, pero de un modo mecánico, hasta burocrático —ya no con la ternura de las otras veces—, y empezó a acariciarlo.

Con ella encima, Reyna habló:

—No debe saber todo eso Müller —dijo.

—Ese puto es el peor —ella seguía su ritmo habitual, una especie de obrero cansado de todo.

Al final, no pasó nada. Hasta probó, Reyna, con el ejercicio respiratorio recomendado por Bebo. Pero nada de nada. Se quedaron callados y quietos.

La noche siguiente, Reyna esperaba que la noche siguiente fuese mejor.

21

Los policías estacionan el patrullero a lo que consideran una distancia prudencial de El Cerquito. Bendini no quiere levantar mucho el avispero. Quiere echar una mirada por los alrededores, siente que se acercan a un punto clave, o al menos al final de la jornada. Quiere, Bendini, que este día de mierda se termine rápido.

—Vamos a rodear el lugar —dice—: uno se queda en el frente y los otros dos vamos por los costados. Pero en silencio y con cuidado. ¿Estamos?

—El viento nos va a joder un poco —observa Gonzaga.

Pero Leiva piensa distinto:

—Con este viento y esta mugre no va a haber nadie afuera.

Bendini no les lleva el apunte. Les guste o no, con o sin viento, las cosas hay que hacerlas.

—Vamos —dice—: dejémonos de joder.

Bajan del auto cubriéndose las caras. Más que el viento, lo que molesta es la tierra que el viento arrastra consigo. Hay que hablar poco, abrir la boca lo menos posible, de otro modo esa mugre se te mete hasta las tripas. A Leiva, sin embargo, el asunto le divierte:

—Hasta por el culo nos va a entrar tierra.

Se mueven como habían planeado, con sigilo. Pero al llegar frente a El Cerquito, les viene el primer dilema: quién cubre los flancos, quién se queda en el frente. Gonzaga se ofrece para quedar él, pero es precisamente su ofrecimiento lo que despierta suspicacias en Bendini: ¿por qué se quiere quedar? ¿Es más seguro acá adelante?

—Mejor me quedo yo —dice—, vayan ustedes.

Pero otra vez se desconcierta: Gonzaga no opone resistencia, como que le da igual.

—Bueno a ver —resuelve—: se queda Leiva y vamos nosotros, uno por un lado el otro por el otro.

En eso están cuando ven acercarse un auto. El remolino de tierra que lo cubre parece más una bruma que una polvareda. El auto avanza hasta quedar a las puertas de El Cerquito, al lado de los policías, que se quedan impávidos ante tan repentina aparición. El auto, por supuesto, es el C3 de Bebo. Desde adentro sale música a un

volumen altísimo. Una chacarera, qué otra cosa…

Bendini hace un gesto de fastidio: tanto sigilo, tanto esmero puesto en ser discretos, y Bebo que aparece así, con este escándalo.

—Bajá —le grita—, bajá el volumen, pelotudo.

No sólo que el volumen sigue alto, sino que Bebo hace rugir el caño de escape, cosa que el ruido y la música se mezclen y se fundan con el ambiente. Ahora es inútil andar escondiéndose, es absurdo andar haciéndose el detective.

En medio de ese bochinche, Bendini tiene tiempo para indignarse, otra vez, con Gonzaga, que ha mirado con admiración el C3 y ha dicho: “Esta máquina debe volar”.

Bebo baja, por fin, del auto, entre carcajadas y gritos de sapucai. Sigue en calzoncillos, pero al menos agregó una musculosa blanca a su atuendo.

Al mismo tiempo que Bebo, bajan de atrás los tres chicos —Luis, Lucas y Damián—, y baja, claro está, la gallina Cocó. Bebo deja de reírse para decirles a los chicos que cierren rápido la puerta del auto:

—Que no se me ensucie adentro… —pide.

—La puta que te parió, Bebo —Bendini ya habla completamente sacado, no le importan ni la tierra ni el viento, quiere que se note su malestar—.Te voy a meter en cana…

—Pero Bendini… —Bebo, en cambio, no está para nada enojado, más bien da muestras de una tranquilidad que exaspera—… si yo estoy acá para ayudar.

—Y cómo ayudás vos — también Gonzaga quiere tomar parte en la discusión—. Encima traés a los pendejos estos…

Se quedan en silencio un rato, estudiándose. Es como que de pronto nadie sabe qué hacer ni qué decir. Es la imagen congelada de un grupo de personas, y una gallina, envueltas por el viento y la tierra. Bebo, con su sonrisa plácida, sonrisa de loco, quiebra el silencio:

—Qué les parece si respiramos hondo, nos relajamos…

Los chicos lo rodean, lo abrazan, le agarran la mano. Parece el tío preferido visitado por sus sobrinos.

—O de última entremos —propone, señalando la puerta de El Cerquito—, o qué, o ustedes les tienen miedo a las putas.

Después larga un sapucai, agudo y larguísimo. Cualquiera diría que semejante grito se escuchará en todo el pueblo.

Bendini sacude la cabeza en una negación; y es que no, esto no tiene más remedio. Se arrima a la puerta y golpea con fuerza. Golpea y grita, a ver si atienden o qué.

* * *

—Uno, dos, tres… —cuenta Hank y lanza puñetazos al aire—. Yo vi cómo el lagarto este le pegaba a la Peralta. Una piña, dos piñas… muchas piñas en la jeta.

Así es cómo se entera Reyna lo que pasó con Sara, cómo es que apareció tan maltrecha al costado de las vías. Escucha a Hank y mira hacia la cama. Daría la impresión de que Müller estuviera resignado. Ya cortó con esos gemidos exasperantes —esa retahíla de emes—, tampoco sacude el cuerpo, como hizo en algún otro momento. Hank le colocó la cotorra sobre el pecho y el ave se mueve a sus anchas. Dio un par de pasitos más bien tímidos, pero una vez que tomó confianza se largó a caminar a lo largo y a lo ancho de ese gran cuerpo lampiño.

Reyna y Hank están al lado de la cama, mirando el espectáculo sin mucha curiosidad.

Müller había venido para negociar con las putas, para advertirles, en realidad, que si no hacían algo por juntar más guita y, principalmente, si no cantaban qué había pasado con Wozcik y Reinoso, se les cortarían los víveres y la cosa se les iba a poner pesada en serio. Las chicas lo increparon: le dijeron alcahuete, botón, bufarrón y otras tantas cosas más. Müller les dijo entonces que así no era la cuestión, que con insultos no. Propuso que las chicas eligieran a una que las representara y que hablara por todas. “Hablamos y nos entendemos”, dijo. Sara tomó la posta.

—“Pero vamos a hablar a otro lado”… —cuenta ahora Hank que propuso Müller—, y la boluda de Peralta fue.

—Y por qué —pregunta Reyna—, para qué…

—No ves vos que este trabaja de lo que le den aquellos otros lagartos. —Hank señala con la cabeza hacia donde, se supone, estaría el aljibe.

A Reyna no le sorprendió encontrar a los famosos ambientalistas hundidos en aquel pozo. Ya le cansaba hasta el gesto de sorprenderse. Le llamó la atención, nada más, que hubiesen estado tan cerca todo este tiempo.

“No se pueden quejar estos”, le había dicho Hank mientras le mostraba el destino que les había tocado a Wozcik y a Reinoso, “agua y comida no les falta”.

Los tenían metidos en el aljibe desde hacía meses.

—Pero cuántos meses —quiso saber Reyna.

—No sé, capaz que un año ya.

Las putas se habían cansado. Mucho maltrato. Poca consideración. Miseria. La lista es larga…

—A mí ya me molestaba —dice ahora Hank—. Las minas son buenas y aquellos vinieron haciéndose los matones. Más que de

costumbre. Y entonces se les rebelaron…

La rebelión de la que habla el alemanoide, si estos ambientalistas hubiesen estado algo más despiertos, se hubiera prevenido. Pero por suerte —por suerte para las chicas, las putas— El Cerquito ya no le importaba a nadie. Casi no había quien quisiera hacer parada ahí. Reyna podía dar testimonio: en tantas noches fueron muy pocas las veces que se cruzó algún cliente. El Cerquito, de un tiempo a esta parte, funcionaba solo, sin gente que se hiciera cargo. Las chicas estaban ahí por miedo, de puro acostumbradas.

Reyna mira a Müller: le sorprende que un hombre de semejante tamaño tenga un pene tan chico. Aunque bien puede ser, piensa Reyna, que al estar así el pene se le encoja más de la cuenta. Puede ser el miedo también, o el cansancio. O tener un ave en la panza, paseándose como si nada.

El asunto, como bien dijimos, es que las putas se cansaron. Cuando Wozcik y Reinoso —con esas expresiones tan candorosas, "caras de pelotudos" al decir de Ibáñez— reclamaron plata, acabaron ahí, tirados en el aljibe.

—Primero lo tiré a él —explica Hank—, después la tiré a ella. Se me hizo la mala. Me arañó toda la jeta. Vino Peralta de atrás y le partió un termo de mate por la cabeza.

El alemanoide sonríe. Pareciera que rememora aquel momento, la arremetida de Sara, que a Reyna le cuesta imaginar. Apenas si alcanza a figurarse un termo de color azul —azul era el termo de Sara, el termo que usaban para el mate— estrellándose en la cabeza de Reinoso.

—Yo en cambio me quedé duro cuando este le dio a ella —Hank empuja con el pie el cuerpo de Müller, que con el contacto parece reaccionar de su letargo y vuelve a sacudirse y a gemir, lo que provoca, a su vez, que Coto, la cotorra, se incomode y amenace con saltar. Antes de que eso pase, Hank levanta a la cotorra.

Aquella vez, cuando Müller vino a negociar, se llevó a Sara en la camioneta. Ella iba decidida a solucionar las cosas, reclamaría un mínimo de respeto. El trabajo que hacían no les gustaba, por lo menos tenían que tratarlas bien. Pero Müller tenía otra idea. Sara ya había empezado a pronunciar su lista de reivindicaciones cuando el alemán frenó la camioneta junto a las vías y lanzó el primer puñetazo, directo a la boca. El último acto reflejo de Sara fue abrir los ojos bien grandes, como sorprendida. Después ya no tuvo tiempo para nada. A la segunda piña ya estaba inconciente. Ni se enteró de los zamarreos y sopapos que siguieron. Hank, que había seguido a pie el trayecto de la camioneta, llegó a ver la última parte de lo que fue una tremenda paliza. Y apenas eso es lo que puede contarle a Reyna.

—Pegarle a una mina el muy puto… —masculla ahora Hank,

mirando a Müller.

—Pero vos también le pegaste a una mina… Reinoso es mujer —observa Reyna, cuyo razonamiento, a Hank, le suena, además de estúpido, irritable.

Lo que le preocupa a Hank, que más bien es una preocupación de las putas, es que las cosas se hayan ido de las manos.

—De comedido —dice—, de puro alcahuete se la agarró este puto con Peralta. Y a mí tampoco me dio para traerla desde allá, pobrecita. Me iban a culpar a mí.

A Reyna le da la impresión de que Hank está a tiro de un sollozo, que de un momento a otro se quiebra. Pero en cambio, el alemanoide se acomoda y suelta un puntapié que se estampa en las costillas de Müller. Reyna se queda prendado de las sandalias de Hank: debe dolerle el pie, piensa, después de semejante patada.

Como sea, el gemido, las emes de Müller, se multiplican y se expanden por cada rincón de la pieza. Es un ruido insoportable.

—Callate, lagarto de mierda —Hank repite el puntapié.

Los ojos de Müller están a punto de estallar de tan abiertos. Le caen lágrimas.

—Salgamos un rato —propone Reyna.

Afuera de la pieza están las putas. Dispersas, en grupitos de dos o tres. No hablan, están ahí nomás, algunas acodadas en la barra, otras despatarradas en silletas o sobre colchoncitos.

Reyna las mira un poco avergonzado. Quisiera no estar ahí, teme que de un momento a otro lo hagan tirar al aljibe.

Por hacer algo, se sienta a una de las mesas que conforman el bar del cabaret. Ahí mismo estuvo sentado hace tres meses, la noche que conoció a Sara, aquella noche que a esta altura se le vuelve de un siglo pasado. El tiempo se le pasó volando. No lo aprovechó.

Hank se acomoda en una silla a su lado y le pasa una botellita de cerveza.

—Me voy a quedar con la cotorra —le informa—, yo la voy a saber cuidar mejor.

Reyna le dice que sí, que no hay drama, pero igual mira al ave con cierta nostalgia. De algún modo se encariñó con el bicho.

Toma un trago de cerveza y piensa en el departamento; le da pereza la idea de juntar sus cosas, por pocas que sean, y mandarse a mudar de Laguna Fría. Pero a qué se va a quedar. Ni siquiera queda Sara. No quiere pensar mucho en ella, teme que se le escape un llanto.

—Acá es así nomás —le dice Hank, y no agrega otra cosa.

Reyna piensa, mientras tanto, en la mejor manera de irse. Qué decir, qué cara poner. Como no se decide por nada, la mueca que hace al levantarse es de lo más extraña, un fruncimiento, como si hundiera

el rostro, como si se comiera a sí mismo.

Saluda a las chicas, sin mirarlas. Saluda también a Hank. Todas esas caras grises, apagadas. Su cara, piensa Reyna, también debe estar así. Tantos meses acá.

Y después empieza a caminar hacia la salida.

EPÍLOGO

Escándalo. Eso es lo que arman los policías. Ni hablar de lo que arman Bebo, sus tres chicos y la gallina. La tranquilidad de El Cerquito, esa especie de duelo en la que estaba sumido el ambiente, se viene a pique.

Gonzaga tiene a Reyna agarrado, con un brazo doblado en llave.

—Quieto, quietito… —le dice, pero la verdad es que Reyna no opone resistencia, se deja empujar por el policía, que hace movimientos aparatosos, sigue un procedimiento que ya ni él se cree.

Bendini se para delante de Reyna y le dice que no se preocupe, que esto es nada más que algo rutinario, una manera de barrer dudas. Pero es difícil tomar en serio las palabras de Bendini.

Bebo, en cambio, más animado, entra batiendo palmas y se planta, a los gritos, delante de las putas:

—Hola chicas, cómo están esas princesas… les traje unos amigos…

Por detrás pasa Luisito: corre tras la gallina, que en medio del lío se puso nerviosa y salió disparada como una loca. Las chicas, las putas, siguen la carrera de Luisito con indolencia.

Probablemente intimidado por el tamaño de Hank, que ni siquiera se ha movido, Bendini se apura a mostrar su arma reglamentaria. Leiva le copia el gesto y, de paso, se siente un poco más policía.

—No hay necesidad de todo eso —Miriam, la amiga de Sara, hermana de los zoófilos Lucio y Nerón, está cansada y triste. Como sus compañeras, ya no soporta el bochinche.

—Qué hablás vos —se apura a responder Leiva, pero lo cierto es que Miriam tiene razón. Y los policías, aunque no parezca, tampoco son tan tontos como para no darse cuenta. Con disimulo, para que no se note que hacen caso a la sugerencia de Miriam, Bendini y Leiva guardan sus reglamentarias. Prefieren ocuparse de los chicos, que a instancias de Bebo se han puesto a cantar la chacarera que Bebo ha escrito.

—Córtenla, pendejos —les grita Bendini.

Es Gonzaga el único que sigue en sus trece, con Reyna todavía tomado del brazo.

—Y soltalo vos a este boludo —Bendini no tiene problemas en

hablarle mal a Gonzaga. Con Leiva, desde luego, sería más cuidadoso, pero este otro no pega una.

La atmósfera pesada del ambiente les ha caído encima. Todos, incluido Bebo, incluida la gallina, guardan silencio y se quedan duros, como sin saber qué hacer. Si Gonzaga tiene a Reyna todavía agarrado es precisamente por eso, por la pesadez, porque no sabe cómo actuar.

Entonces Hank toma la posta y los invita a revisar el cabaret:

—Vengan que les muestro lo que tenemos en el fondo —dice.

Como en caravana, avanzan todos detrás del gigantón alemanoide.

Se quedan pasmados ante la figura de Müller, atado a la cama. Hank, como un guía de museo, les muestra y les cuenta. Y todos escuchan. Nadie habla, a lo sumo un balbuceo, una expresión de sorpresa o, incluso, de aprobación. Después siguen al patio.

Bebo se ve en la necesidad de mover a los chicos, que se han quedado frente a Müller con ganas de tocarlo.

—Vamos —les dice—, dejen a este hombre en paz.

Ya en el patio todos putean, una vez más, por el viento y la tierra. Se cubren la cara con los antebrazos. La tarde está cayendo, casi que ya es de noche, y cuando Hank corre los chapones que del aljibe —con la misma destreza y facilidad con que lo hizo frente a Reyna—, la oscuridad no permite ver lo que hay abajo.

Se asoman todos a la boca del pozo, turnándose. Primero los policías, por una cuestión de autoridad. Hasta los chicos se hacen lugar para ver. Pero no se ve ni se oye nada.

—Por ahí si traemos una linterna —propone Leiva. Pero quién se va a poner a buscar una linterna. Nadie.

De a uno se van metiendo, otra vez, en El Cerquito.

En la pieza de Sara, donde Müller sigue —y seguirá quién sabe cuánto tiempo más— prendido a la cama, Hank y Bendini intercambian impresiones, todo en voz baja. Mientras habla, Hank acaricia la cotorra. El suyo es ya un movimiento mecánico.

Los demás esperan en el bar. Leiva y Gonzaga jugando con los chicos —hacen pulseadas chinas o practican piedra-papel-tijera—; Bebo y Reyna tomándose una cerveza y hablando quién sabe de qué. De poesía, de chacareras, ya no importa.

Alrededor de ellos, las putas, cada una perdida en su mundo.

Se relajan aún más, cuando ven que Hank y Bendini han resuelto lo que les quedaba por resolver. Reyna aprovecha la ocasión y saca de la mochila su cámara fotográfica. Pero el entusiasmo que muestran todos ante la cámara, ante la posibilidad de ser retratados, se disipa pronto: no da el ambiente para fotos. Hay más tristeza que otra cosa.

—Che, miren qué lindo está afuera —dice Bebo, el primero en salir de El Cerquito—. Amainó el viento.

Pero afuera, ustedes también lo ven, no está nada lindo. Ya no sopla tanto viento, es verdad, pero en su lugar quedó como una pesadez, un ambiente denso. El mismo calor de siempre.

Pero Bebo es un muchacho optimista: para que el ánimo no caiga del todo, empieza con los chicos a entonar su chacarera. A los chicos les gusta, les parece divertido, aunque se trate de una chacarera tan apocada como esa. A sus espaldas, y una vez que todos han salido, Hank empieza a cerrar la puerta de El Cerquito.

Reyna estudia qué le conviene: que lo lleven los policías o que lo lleve Bebo. Se decide por Bebo, lo que supone que se una al canto de los demás.

Antes de subir al C3, alcanza a distinguir una seña de Gonzaga: el policía se toca el brazo, al parecer le pide disculpas por el agarrón de hace un rato. Reyna lo saluda, un poco desdeñoso, y después sube.

Por fin dentro del auto, se une al canto general. Un canto apagado y abatido. Y es que tampoco hay otra manera de entonar esos versos. Fíjense: probemos nosotros también, acompañemos el final aunque sea en voz baja, así, en un susurro:

Mi pueblo es un silencio que por las noches se siente…